

UN VIAJE A LA RUSIA ROJA



Sergio Garbó

UN VIAJE A LA RUSIA ROJA



EDICIONES MEMORIA

Carbó, Sergio

Un viaje a la Rusia roja : Sergio Carbó ; comentarios de Mario Ramírez. - 2a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Cultura Democrática, 2024.

186 p. ; 20 x 13.5 cm. - (Ediciones Memoria / Mario Ramírez)

ISBN 978-631-90398-2-5

1. Ensayo. I. Mario Ramírez, com. II. Título.
CDD 306.09

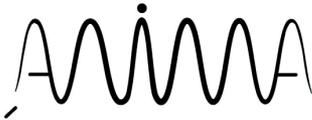
Edición y notas: Mario Ramírez

Diseño de cubierta: José Luis de Cárdenas

Primera edición: © Sergio Carbó, 1928

© 2024, de esta edición Asociación Civil Cultura Democrática

Esta edición es posible gracias a:



DE LA EXCEPCIÓN A LA MEMORIA



CULTURA
DEMOCRÁTICA

www.cultdemocratica.org
info@cultdemocratica.org



Sergio Carbó. En: *Bohemia*, 5 de junio de 1938, p. 73.

SERGIO CARBÓ EN RUSIA

Sergio Carbó Morera (La Habana, 1892- Miami, 1971) es un personaje de nuestra historia del que, como la mayoría de los cubanos de hoy, conocía muy poco. Supe de él por una antología de premios Justo de Lara —el más prestigioso de la treintena de lauros otorgados al periodismo en la República— donde figuraba su texto “A la salud de Cristo”, que en las navidades de 1944 sacudió la conciencia nacional de un extremo a otro de la isla. Tal era el alcance, como verifiqué después, de su periódico *Prensa Libre*, uno de los tantos rotativos que dirigió, pero sin dudas junto al semanario satírico *La Semana*, de los de mayor significación para la hercúlea tarea de construir una opinión pública responsable y útil.

La comunicación social es siempre un dilema en cualquier sociedad, aún más cuando se trata de una nación que se estrena en el uso de las libertades y el ejercicio de la democracia. Si hay un nombre de la República que encarna a cabalidad esa lucha constante por hacer de Cuba un país plenamente libre y consciente, ese es el de Carbó, quien desde joven —apenas tenía veintitrés años cuando asumió la dirección de su primer periódico— comenzó a pulsar todas las posibilidades de su condición cívica en beneficio de sus conciudadanos. Su lucha contra el periodo dictatorial de Gerardo Machado lo llevó a la insurrección armada en 1931 y posteriormente a un primer exilio en España, donde publicó *La tragedia cubana*, crítica social de pasmosa vigencia. Su influencia en el ámbito político le aseguró un puesto en el gobierno de tránsito conocido como “la Pentarquía”, en 1933. Fue, además,

periodista radial, editor, reportero, candidato al Senado, viajero, agricultor y benefactor de obras públicas.

El hombre de acción se combinó, *rara avis*, con el hombre de pensamiento. Esta fórmula, aparte de escasa, nunca es simple. Ya estaba a punto de decir que Sergio Carbó pudo ser uno de nuestros grandes escritores, cuando descubrí *Un viaje a la Rusia roja*, el libro que reúne las veintidós crónicas escritas por el periodista mientras visitaba a la entonces enigmática y recientemente conformada Unión Soviética¹. Se sabe, por él mismo, que antes estuvo en Japón, pero lamentablemente no tenemos noticias de un testimonio tan sensacional como estas “impresiones de un viaje al país de los soviets”. Con toda certeza, a Carbó no le interesaba pagar esa deuda que, según Francisco Ichaso, había contraído con el público: “la de escribir la obra de ficción que hay derecho a esperar de él”. Seducido por la realidad y la verdad, su personalidad literaria era más bien una consecuencia, casi un remanente, del fascinante mundo de un aventurero intelectual, cuya vida merecería una biografía a lo Stefan Zweig.

En la Rusia roja, precisamente, Carbó se aparta del estilo panfletario del periodismo político y adopta los aires de la crónica o periodismo narrativo que nos es familiar en la actualidad. Lo que distingue la visión de Carbó de otros viajeros de la época (Zweig, Wells, Gide...) es su fidelidad a los hechos, a lo que puede ver y documentar con

¹ El libro tiene veinticuatro capítulos; los dos últimos comprenden su parte en la polémica generada a raíz de un análisis del catedrático de Derecho Político, Dr. Juan Clemente Zamora, sobre la constitución soviética, aparecido en *Diario de la Marina*, edición del 10 de julio de 1928.

la sinceridad de un hombre curioso, pero no maniqueo. Haría falta la susodicha biografía para comprender cuán flexible era el sistema de ideas de este investigador incansable. Conservador, revolucionario, liberal, esa capacidad suya para cambiar de perspectiva en un estado de cosas en constante cambio, le permitió ver más allá de la pasión ideológica y la ficción literaria. Ser hijo de una joven república era un plus ventajoso para ahondar en la naciente sociedad soviética, por contrapuesta que fuera a la Cuba de los veinte —uno pudiera, desde luego, pensar lo mismo de otros viajeros a la Rusia roja oriundos de la isla, como Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena, pero la diferencia con estos entusiastas comunistas es obvia.

El itinerario de costumbre, preparado por la VOKS soviética para cautivar a sus visitantes, no pudo moldear la avidez de Carbó. El viaje de este cubano culto, amante de la libertad y promotor de las ideas más avanzadas en materia de arte y ciencia, se produce cuando ha cumplido ya sus treintaicinco años, como imitando la catábasis dantesca —*Nel mezzo del cammin di nostra vita*. No obstante, el sentido del viaje es doble: se descifra el enigma del estado anómalo, mientras el hombre de Occidente se mira en el espejo del otro. El otro es, muchas veces, nuestro futuro deformado, nuestro presente desatendido, el pasado en tinieblas que nos quema la mirada. Algunas décadas más tarde, y hasta hoy, Cuba se transformará en una Rusia roja, mientras Rusia continúa siendo inalterablemente soberbia, autoritaria y geófaga. Un libro como este adquiere su justo valor en la medida en que el tiempo ha venido cumpliendo sus predicciones: no hay justicia ni igualdad sin libertad, no hay fraternidad con opresión,

la revolución no es fuente indiscutible de derecho, el adoctrinamiento cría autómatas, la utopía conduce a la locura política y el maximalismo.

Imitemos, pues, a Carbó, en la búsqueda desprejuiciada de la verdad. No seamos como el aldeano vanidoso del que hablaba Martí: hay que salir al mundo, conocerlo, entenderlo, para volver cargado de esas savias al jardín de la casa. Nos queda pendiente aquí la anábasis martiana de esta deslumbrante figura, cuyo regreso a la patria estaría marcado por el *Viaje*. Esa correspondencia biunívoca con la realidad cifró en todo instante su entendimiento y le ganó para siempre un lugar en nuestra historia.

Mario Ramírez

UN VIAJE A LA RUSIA ROJA, de Sergio Carbó

Lo que escasea de Rusia no son teorías, mejor o peor intencionadas, sino informaciones verídicas: periodismo de altura. Tampoco el dato estadístico. El dato estadístico es arma de dos filos. Con largas galeras estadísticas unos han demostrado el éxito y otros el fracaso del régimen soviético.

Este libro de Carbó es un reportaje tridimensional. Periodismo de excepción en el trópico. Alguien podrá pensar que el empleo de estos términos, reportaje, periodismo, implica depreciación de la obra, alusión a ese “poco más o menos” tan peculiar de la llamada “literatura periodística”. Carbó, no. Carbó sabe hasta qué punto un reportaje sensitivo informa las letras actuales en todo el mundo. Morand, ese empedernido “viajante en literatura”, ¿qué es, sino un repórter más agudo, más imaginativo, más culto? La novela actual ¿qué es, sino una suerte de reportaje microfónico, que registra las más leves modulaciones vitales? Ya cuando Stendhal, puesto a describir la catedral de Milán, refrena su entusiasmo y comienza diciendo “voici des details exacts”, se siente un poco repórter a la manera moderna, rápido, sintético, objetivo, impersonal.

Carbó fue a Rusia y no se trajo el bolsillo del turista lleno de curiosidades y souvenirs pintorescos, sino la retina empapada de fuertes realidades. Lo que la pupila penetrante de un hombre inteligente e imparcial pudo ver en una breve estancia en el “sexto continente”, eso es este libro. No ha podido, claro está, el escritor, como hom-

bre de hombres que es, además de hombre de letras, sustraerse al comentario crítico y al epifonema sentimental. Pero este aporte subjetivo está tan bien balanceado, que el fiel de imparcialidad rigurosa no se altera. *Un viaje a la Rusia roja* es un libro perfectamente objetivo, escrito por un hombre que tiene su alma en su almario (desde las primeras páginas descubrimos el fervor humanísimo, la simpática comprensión, la larga generosidad con que Carbó se ha acercado al gran fenómeno ético-político-social de Rusia), pero que siente un respeto absoluto por la verdad. Las COSAS en Rusia pudieran o debieran ser de otro modo. Pero ¿no pudieran o debieran ser también de otro modo en el resto del mundo? De todas maneras, para un periodista veraz, hay algo previo a la organización ideal de las cosas y es su organización real. En Rusia, como en la Patagonia, lo primero es que las cosas son como son. Alterarlas con un propósito sectario es, tal vez, la única manera de contribuir a que sigan siendo como son. La equivocación del idealismo extremista (de izquierda o de derecha) es ése: forjarse un mundo ilusorio, en la absurda creencia de que sobre él gravitará automáticamente el mundo real. Todo lo contrario: encarguémonos de conocer el mundo real, de formarnos un claro concepto de él. Cuando le veamos deforme, desequilibrado, injusto, cruel, estaremos en excelente disposición para transformarlo en un mundo ideal. Mientras el universo sea como nos lo pintan las novelas piadosas ¿valdrá la pena luchar por él, afanarse en su mejoramiento? Carbó sabe de este panglossianismo, contra el cual se ha pronunciado reiteradas veces en sus editoriales de *La Semana*. Mientras Cuba sea la clásica “isla de corcho” viviremos mal. Hace falta pensar que el lastre de nuestros propios errores podrá hundirnos,

con todo el lujo botánico de ese “jardín de flores” que es nuestra tierra, según reza la copla optimista.

Divagaciones aparte, este libro está admirablemente escrito. Conocíamos la prosa panfletaria de Carbó, estremecida de nerviosos vocablos piafantes. Mucho de su dinamismo hay en estas páginas. Pero además una finura de matices y una riqueza imaginativa que esperaban esta oportunidad del libro para destacarse. Frecuentes hallazgos metafóricos de audaz belleza, revelan que el autor es un hombre para quien la nueva literatura existe.

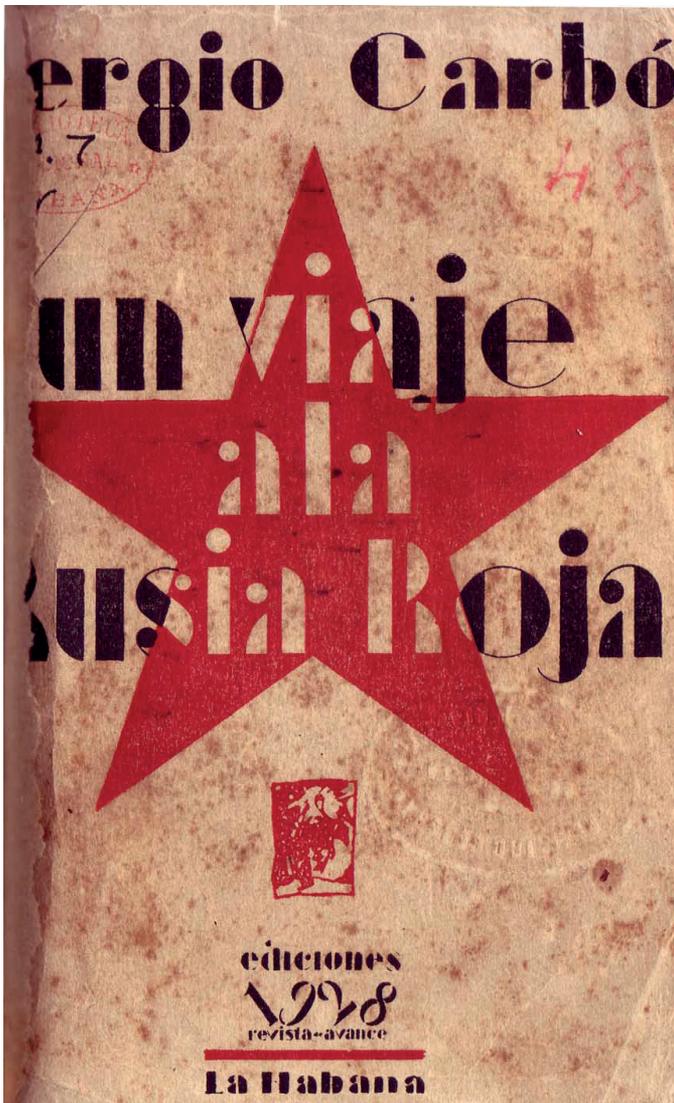
Después de este libro, Carbó ha contraído una deuda con el público: la de escribir la obra de ficción que hay derecho a esperar de él. Este viaje a la Rusia Roja fue una brava jornada en busca de su personalidad literaria.

Francisco Ichaso

(Publicado en *Revista de Avance*, 15 de enero de 1929, p.58)

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

En esta edición se ha respetado casi íntegramente el texto original, publicado por Ediciones 1928 de la *Revista de Avance*. Se mantiene la ortografía usada por el autor para las transliteraciones de nombres y palabras extranjeras, acorde al estilo de la época y en particular en el caso del idioma ruso, cuyos caracteres eslavos suelen transcribirse a las lenguas occidentales de distintas maneras. Las notas al pie, añadidas a las de Carbó, están orientadas a facilitar la lectura en la actualidad. Numerosas personalidades y hechos significativos en el tiempo del *Viaje* han perdido notoriedad y se conocen muy poco en el ámbito internacional contemporáneo. Otras aclaraciones se usan como complemento o razonamiento de lo narrado, siempre siguiendo el criterio de comentar aquellos datos que estimamos relevantes para la comprensión y actualización del texto. En la mayoría de los casos se ha recurrido a Wikipedia, en la versión online de esta enciclopedia pública.



Cubierta de la primera edición. Tomada de la versión escaneada por la investigadora Ana Suárez Díaz, sobre un ejemplar de la Biblioteca Nacional José Martí. (Cortesía de Axel Li)

Este libro contiene las crónicas que, bajo el imperfecto título de “Impresiones de un viaje a Rusia”, fueron publicadas recientemente en LA SEMANA. Les he agregado un prólogo y un epílogo.

Más que un estudio es un emocionario.

Desde mi atalaya panóptica de periodista he pretendido sólo transcribir, de acuerdo con la claridad verbal y con la verdad objetiva, lo que vi y lo que oí —y también lo que pensé— durante mi rápida trayectoria. El análisis científico así como la estadística son algo más vasto, más sedentario, más fatigante, y, sin embargo, más accesible para los especialistas —conocedores de la bibliografía del caso—, que borré de mi programa con toda premeditación.

Antes que nada, pues, éste es un libro de multitud.

S. C.

PRÓLOGO

En la última mitad del siglo XIV se escuchó una voz extraña en Inglaterra. Anticipándose a todas las declaraciones de derechos humanos y a todos los programas de igualdad, John Ball, “el cura loco de Kent”, ofendía desde el púlpito o la cristiandad medieval con este sermón revolucionario:

“Mis queridos feligreses: las cosas nunca marcharán bien en Inglaterra mientras los bienes no sean comunes, mientras haya villanos y caballeros. ¿Con qué derecho aquellos a quienes llamamos ‘señores’ son gente de más valía que nosotros? ¿Por qué razón nos mantienen en servidumbre, si todos venimos del mismo padre y de la misma madre, Adán y Eva, ¿cómo pueden decir ni probar que son mejores que nosotros, si no es haciéndonos ganar con nuestro trabajo lo que ellos malgastan en su soberbia? Ellos visten terciopelos y andan calientes en sus pieles y armiños en tanto que nosotros nos cubrimos de harapos. Ellos tienen vino y especias y buen pan fresco: nosotros tenemos penas y fatigas y lluvia y viento en los campos. Y sin embargo, la riqueza de esos hombres privilegiados sale de nosotros y de nuestro sudor.”

Y cada mañana el paisanaje del medioevo, solivianado por el primer comunista se diseminaba sobre el agro entonando una celebérrima canción que durante veinte años repercutió en los castillos altaneros de Britania:

“Cuando Adán cavaba y Eva hilaba —¿quién era entonces el caballero?”²

¹ When Adam delved and Eve span —who was then the gentleman?
(Nota de Carbó).

Fue John Ball, pues, el precursor rudo de Karl Marx. El movimiento ruso contemporáneo no es más que una nueva edición, corregida, ampliada y modernizada de aquella aspiración socialista que un día floreciera en los predios de Kent, azotados por el hambre y por la peste.

De entonces acá los hombres han padecido mucho sobre la faz irregular del mundo. Pero falta mucho todavía. Sin duda hay una vida mejor que advendrá desde lo hondo de los siglos futuros, que se está engendrando ahora, y que surgirá por fin a la luz radiosa del Sol como una isla coralina brota del fondo del mar. Todo lo que vive en el espíritu colectivo —nuestro sentido de especie— en forma de supremo deseo, es una nebulosa que se ha de condensar bajo la apariencia de un orbe sólido: no en vano Quien nos hizo —porque alguien es responsable de nuestro existir— nos dio la facultad de pensar, ilimitada y poderosa. No hay sueños: todo es anticipación. No hay utopías: todo es presentimiento. Algún día, —por este sendero de hoy o por el que aparezca mañana— encontraremos nuestro gran camino hacia la Justicia. Es cuestión de tiempo.

El prognato y ferocísimo Homo Neanderthalensis está de nosotros a una distancia aproximada de cuarenta mil años. Era peludo, lacertoso y desconfiado como un gorila. Si en el cerebro de alguno de aquellos sub-hombres ardió alguna vez la chispa genial, por mucho que fuera el desbocamiento de su imaginación ¿pudo “soñar” acaso en lo que fueron los asirios y los griegos, en lo que somos nosotros? Si no para el individuo, todo llega para la especie.

Nuestra civilización, más que nada, es asunto de velocidad: Quizás esto abrevie la ruta. La velocidad es el

libro, el periódico, el estado ecuménico, el lenguaje único, la televisión, la superproducción, el aprovechamiento integral de las fuerzas telúricas, hoy bravías, en beneficio de nuestra majestad sobre el planeta, todavía nuestro enemigo. ¡Ah, cuando los hombres sepan todo lo que necesitan saber, cuando el brazo electrificado del acero —un acero más duro que el que poseemos en la actualidad— muerda palmo a palmo la tierra inútil de la serranía y del desierto bajo el comando de la divina bestia omnipotente! ¡Cuando el radio distribuya ideas y calor, música y energía! ¡Cuando los navíos del aire, —“impulsados por una cosa más eficiente que la hélice”, según palabras de Lindbergh— hagan estallar los almacenes con los productos al mínimo de costo, libres de toda gabela, de todo plus-valor! Estas son las grandes líneas directrices de la alta mecánica y también del alto socialismo. Entonces todos seremos ricos. Entonces todos seremos tolerantes.

Aun permaneciendo igual la naturaleza humana —es probable que sea mejor, por ley biológica— la conciencia de la vida colectiva se habrá madurado ventajosamente. No habrá igualdad absoluta, pero sí franco acceso a las fuentes de la felicidad, tal como la conciben los que hoy no son felices. ¿Dentro de cuánto tiempo? Eso no nos importa a los seres de este siglo. Puede ser dentro de mil años, puede ser dentro de veinte mil...

Yo imagino la ciudad rectilínea del porvenir. Tiene una calle única, de longitud infinita, apoyada en las costas de dos océanos. En el centro hay una excavación, dedicada a auto-vía y a trenes de vertiginosa velocidad, sin cur-

vas ni pasos a nivel. A derecha e izquierda, detrás de los jardines geométricos, la hilera gris de talleres, de habitáculos, de laboratorios, de escuelas. Las montañas han sido demolidas para abrir camino a la Ciudad Lineal, por medio de una piqueta formidable, de fantástica potencia. Por detrás de la doble ringla urbana se extienden los campos, donde “la lluvia y el viento” de que hablaba el cura loco de Kent han sido encadenados y regulados, como todo el cultivo por aparatos misteriosos. El surco está bajo el control de los amperímetros, y de la tierra acosada se eleva una leve nube azul de abonos en acelerada oxigenación química. Las taras hereditarias, la degeneración y las enfermedades se han combatido con el cruce científico y la eugenesia, y la reproducción humana está regulada igual que la producción industrial. ¡Vosotros que me acompañáis en este avión profético, con la sonrisa en los labios! ¡Mirad, mirad allá abajo, aquello pequeñito que se mueve, que canta, que besa...! Es el Súper-hombre, que terminó su jornada de tres horas, no intentada aún por los audacísimos iconoclastas de Moscou. Se pasa por sus pensiles, a la sombra de sus monstruosos árboles injertados, amo total y definitivo de la Vida y de la Naturaleza.

Ya Cristo, y Napoleón, y Pasteur y Lenin se han borrado de todas las memorias. Como de algo mitológico se habla de los tiempos remotísimos en que la humanidad estaba desgarrada por mil pueblos y razas que no se entendían entre sí, resolviendo sus antagonismos con la herramienta del asesinato. Sólo el folklore, más persistente que la Historia, conservará trazos desvanecidos de la edad, presente, como nuestro folklore los conserva de la Edad de Piedra. Y los hombres que morían de hambre, y los que vivían, como los feligreses de John Ball, del

trabajo de otros, y los que organizaban terribles bandas de exterminio con cañones, gases asfixiantes y tratados de paz para esclavizar y matar a sus congéneres, serán fabulosas reminiscencias de nuestra época actual, adolorida, irredenta, bárbara y miserable.

I

Yo estaba en el dulce París, que no es precisamente el París de Montmartre. Yo estaba en el dulce París de la orilla izquierda, en el París del boulevard Saint Michel, del café Soufflot y de la Rotonda, en el París de Sacha Guitry y de los Pitoeff³, en el París de los *chansonniers* de allá abajo, donde no llega frecuentemente *l'étranger* —*le cochon d'étranger!*—, el París del Arte Nuevo, de Stravinski y de Rimsky-Korsakoff, ingentes animadores de la civilización postguerra, tan profundamente saturada del alma eslava, vertiginosa y audaz. Yo estaba adormecido por el embeleso ático de la armoniosa Lutecia, atisbándolo todo y escuchándolo todo, cuando un buen amigo me hizo la invitación al viaje, al gran viaje inesperado hacia “la sexta parte del mundo”, como llamó a la Rusia Soviética un trotamundos literario. La invitación era tentadora, y yo la acepté: se trataba de asistir al décimo aniversario del establecimiento de los Soviets, ese trágico ensayo general donde figuran como autores ciento treinta y cinco millones de almas. Los ases de la política internacional les vaticinaron una ruina inmediata y han durado una década.

² Se refiere a Georges Pitoëff (Tiflis, Imperio ruso, 4 de septiembre de 1884 - Bellevue, Ginebra, 17 de septiembre de 1939), actor, director de escena, traductor y escenógrafo francés de origen armenio y ruso. Director en la década de 1920 de los vanguardistas Théâtre des Champs-Élysées y Théâtre des Mathurins de París, y fundador de la

Desde la caída de Kerensky⁴ y la derrota de los mencheviques hasta nuestros días todas las fuerzas de la reacción interior y exterior se concitaron para reducir a escombros la pirámide del marxismo, y aún la pirámide permanece en pie. Catapultada por los Kolchak⁵, por los Wrangel⁶ y por los Denikine⁷ pareció estremecerse: la civilización occidental cerró contra ella con un alarido

³ Aleksandr Fiódorovich Kérenski (Simbirsk, 4 de mayo de 1881- Nueva York, 11 de junio de 1970) fue un político social-revolucionario, abogado de profesión y dirigente revolucionario ruso que desempeñó un papel primordial en el derrocamiento del régimen zarista en Rusia. Fue el segundo y último primer ministro del Gobierno provisional instaurado tras la Revolución de Febrero y su figura principal. Fue capaz de hacer fracasar el golpe de Kornilov, pero no pudo evitar la Revolución de Octubre en la que los bolcheviques tomaron el poder.

⁴ Aleksandr Vasilievich Kolchak (San Petersburgo, 17 de noviembre de 1874 - Irkutsk, 7 de febrero de 1920) fue un marino, militar y explorador del Ártico ruso, caudillo del movimiento antibolchevique conocido como Movimiento Blanco durante la guerra civil rusa que dirigió en Siberia un Gobierno opuesto al Gobierno de Lenin desde noviembre de 1918 a febrero de 1920.

⁵ Piotr Nikoláyevich Wránguel (Novo-Aleksándrovsk, ahora Zarsái, provincia de Kaunas, 27 de agosto de 1878 - Bruselas, 25 de abril de 1928) fue un noble y militar ruso, barón de Wrangel, comandante del Ejército del Cáucaso en 1919, jefe del Movimiento Blanco en Ucrania durante el período final de la Guerra Civil Rusa, como Gobernador y Comandante en jefe de las fuerzas armadas del sur de Rusia (11 de abril de 1920) y gobernador del Sur de Rusia y comandante en jefe del Ejército Ruso (19 de agosto de 1920).

⁶ Antón Ivánovich Denikin (Włocławek, Zarato de Polonia, Imperio ruso, 16 de diciembre de 1872 - Ann Arbor, Estados Unidos, 8 de agosto de 1947) militar ruso, fue uno de los principales líderes del contrarrevolucionario Movimiento Blanco durante la Guerra Civil Rusa.

unánime y aún, sobre su ápice de granito, ondea la bandera roja encalada por el pobrecito Ilich, la arañita infatigable que tejió su tela sobre el abismo, y que hoy duerme su sueño maravilloso de ídolo momificado al pie de las terribles murallas del Kremlin.

Yo no quisiera opinar, porque en pleno siglo XX la Reforma Comunista, tan respetable ideológicamente, ha merecido el tratamiento de las religiones prohibidas en tiempos de Galileo. Con un equivocado criterio policíaco, más exagerado en América que en Europa, —en Francia, por ejemplo, país ultra-burgués, funciona el Partido Comunista dentro de los límites estrictos de la Constitución—, se considera frecuentemente que el elogio de ciertos principios admirables del leninismo, cuyos medios de acción en muchos casos deben ser condenados, es perjudicial a nuestra ética colectiva; cuando lo prudente y lo útil consiste en analizarlos a la clara luz del sol para desechar definitivamente sus errores, para beneficiarse con sus enseñanzas, que pudieran ser incorporadas al caudal de nuestros conocimientos cívicos y filosóficos, algo retrasados en la marcha de la evolución de las costumbres. Yo no quisiera opinar demasiado, pero debo exponer libremente para contribuir a desnudar el fantasma comunista, mostrándolo en su verdadera personalidad a las masas, que apenas lo conocen más que por los panfletos de los agitadores y por los informes. sherlockholmescos de los agentes de la autoridad.

Ni el promedio del público ni los líderes rabiosos que huyen de poblado en poblado saben bien lo que es el bolchevismo. La propaganda adversa nos lo presenta como algo demasiado ominoso, y la propaganda clandestina como algo demasiado adorable y demasiado inminente;

y no es ni una cosa ni otra. Hay en él un inasequible y puro ideal tan extremadamente elevado, que sobrepasa el promedio de las posibilidades humanas al menos en la época presente. Eso lo hace digno de respeto. En él se refugian, como bajo un pendón de libertinaje, muchos malhechores y muchos desesperados que no lo conocen sino como algo que molesta a los gobiernos, y que son incapaces de sostener sobre sus hombros la pesada cruz de sacrificios continuados y de raro desinterés que supone el abrazar conscientemente esta nueva fe de resultados incompletos. Y el bolchevismo verdadero es otra cosa más trascendental, más alejada de la ira y de la venganza, más limpio aún que el mismo bolchevismo que hierve en las entrañas de Moscú, donde la lucha política empieza a obscurecer la exaltación de Marx, que construyó su edificio para una humanidad más homogénea, una humanidad de sabio inocente —porque los sabios son tan inocentes como los niños— donde la mayoría al menos tuviera la noción de la igualdad y del derecho y, lo que es más difícil aún, de la renunciación.

Hay en el alma del bolchevismo, que ha demostrado su capacidad para vivir por lo menos una década algo que no debe escapar a la conciencia de los hombres que aspiran a llamarse civilizados: este algo es el ansia de redención y de equidad que lo inspira vigorosamente arraigado en un espíritu de dignidad humana desconocido aún para los apóstoles de la Revolución Francesa. Este fenómeno de una vida nueva, de unas normas ignoradas hasta hoy —nada de lo que no pasa al terreno de la acción es conocido, en el amplio sentido de la palabra— para conducir el sufrido rebaño de los hombres hacia una hipotética dicha, impresiona hasta lo más profundo a todos los que

piensan. Por eso es un deber inaplazable que todo el que visite la Rusia de hoy diga honradamente lo que ha observado, aun contando con el fatal coeficiente del *arrière pensée* que acompaña a la descripción de todo lo que está fuera de nuestras costumbres y de nuestra educación. Por eso no asimilan bien el comunismo —y esto no es una paradoja— más que los analfabetos, los jóvenes de veinte años y los extremadamente miserables: los ex-hombres de Máximo Gorki. Puede haber un príncipe republicano: aun la democracia admite cierto “amateurismo”. Pero no se concibe un rentista que abrace la doctrina de Lenin ni aun ideológicamente. He aquí la desconexión de casi todos los periodistas franceses —con especialidad Henry Beraud⁸ y Georges Duhamel⁹, que han dicho las últimas frases— con el ambiente enrarecido que se respira detrás de la frontera polaca. Aun Wells¹⁰, el novelista de las anticipaciones inquietantes, buzo de todas las inson-

⁷ Henry Béraud (Lyon, 1885 - Saint-Clément-des-Baleines, en la isla de Ré, 1958) fue un escritor y periodista francés. Ganó el premio Goncourt en 1922 por dos novelas, *Le vitriol de la lune* y *Le martyr de l'obèse*.

⁸ Georges Duhamel (París, 30 de junio de 1884 - Valmondois, Seine-et-Oise, 13 de abril de 1966). Escritor y poeta francés. Famoso a partir de su *Crónica de los Pasquier*, fue elegido miembro de la Academia Francesa en 1935, de la que fue secretario a perpetuidad entre 1944 y 1946. Luego fue presidente y uno muy activo en lo tocante a la renovación de la Alianza Francesa de posguerra.

⁹ Se refiere a Herbert George Wells (Bromley, 21 de septiembre de 1866 - Londres, 13 de agosto de 1946), más conocido como H. G. Wells, escritor, novelista, historiador y filósofo británico. Viajó a Rusia en 1914 y en 1920, tras lo cual escribió la obra citada. En su segunda visita fue recibido por Lenin. En 1934 regresó para entrevistarse con Stalin, entonces en el poder de la Unión Soviética.

dables posibilidades de la ciencia y de la historia, pecó de ligereza cuando se enfrentó con el caos de la Rusia torturada y ensangrentada a raíz de la terminación de la Guerra Mundial. Se concretó apenas —*Rusia en las tinieblas*— a ensayar una enumeración visual de los aspectos de Petrogrado¹¹ y de Moscou y a insinuar una futura alianza entre la República de los Soviets y los Estados Unidos de América, es decir, entre el extremo comunismo y el extremo capitalismo. Apenas se dignó leer parte de lo que escribió Lenin durante su vida inquieta y prolífica, y lo condenó por las palabras vertidas en una alada *interview*...

Los demás viajeros, no siempre ilustres, han escrito con una ortodoxia burguesa lancinante: los apóstoles rusos, por su parte, escriben con una fe apasionada, con una intransigencia que no admite polémica. Ni se les comprende ni ellos se dejan comprender, atrincherados en su desconfianza y en su proteica e indescifrable psicología eslava. Los acontecimientos están muy cerca para juzgarlos en perspectiva, única forma de apreciar el supremo sentido estético de las arquitecturas. Son ciento treinta y cinco millones de seres espantosamente solos sobre la faz de la Tierra desorientada, que aún no sabe si calificar su temerario paso al frente de vindicación o de crimen: van contra los intereses creados de las grandes organizaciones políticas modernas, y el feroz instinto de defensa secular aconseja que se les fusile. Ellos, por su parte, para sobrevivir, tienen que fusilar a su vez. Por eso la humanidad antes de que termine la mitad de este siglo, padecerá una espeluznante carnicería sin cuartel, la más cruel y

¹¹ San Petersburgo.

más feroz que todas las brutales degollinas de que fueron testigos los siglos pretéritos; una vez más, y una vez que valdrá por todas en espanto y en confusión, los hombres se exterminarán en masa por no comprenderse y por no querer tolerarse. La transigencia es una amable utopía que desmiente la Historia: toda nueva modalidad en la manera de regular el trato entre los animales llamados de razón ha sido impuesta por la sangre. ¡Qué embrión de hecatombe futura encierra este gran país solitario, nebulosa no consolidada en el cielo de nuestros destinos, cometa lucífero que irradia sobre la anciana cultura su cárdeno escintilar, su magnética influencia de augurio problemático!

II

“¿Qué pasará en la nueva república?” “¿Cómo vivirán los bolcheviques?” “¿Es cierta la campaña de prensa que llueve sobre Moscou desde hace diez años con la terribilidad de un fuego preparatorio de artillería?” “¿Es verdad que allí gobiernan los iletrados, que el pensamiento y la inteligencia han sido condenados a la hoguera?”.

He aquí las eternas y redobladas preguntas que nos hacemos todos los días unos a los otros, ignorantes todos, no obstante lo mucho que se ha escrito, de lo que sucede más allá de la raya que estableció el escandaloso tratado de Brest-Litowsk¹². Nadie sabe nada —“nadie” quiere decir, claro está, la mayoría absoluta de los que en el mundo tienen un juicio formado sobre los asuntos sociales— del sentido íntimo de aquel estupendo ensueño capturado con los ojos abiertos por una minoría jacobina, potente hasta el extremo de hacer rodar por el fango un formidable imperio, con alientos bastantes para arrojar luego un guante de desafío al universo. Como los profetas de la Biblia, ellos han emplazado a Cosmópolis para un término inevi-

¹² La Paz de Brest-Litovsk fue un tratado de paz firmado el 3 de marzo de 1918 en la ciudad bielorrusa de Brest-Litovsk (entonces bajo soberanía rusa, actual Brest) entre el Imperio alemán, Bulgaria, el Imperio austrohúngaro, el Imperio otomano y la Rusia soviética. En el tratado, Rusia renunciaba a Finlandia, Polonia, Estonia, Livonia, Curlandia, Lituania, Ucrania y Besarabia, que a partir de entonces quedaron bajo el dominio y la explotación económica de los Imperios Centrales. Asimismo, entregó Ardahan, Kars y Batumi al Imperio otomano. Con este tratado, Alemania reforzó el frente occidental con efectivos orientales.

table que se está contando inexorablemente en su reloj de arena. Los Lenin, los Stalin, los Trotzky¹³, los Zinovieff¹⁴, los Boukharin¹⁵, todos los que han muerto, todos los que sobrevivieron a la lucha agotadora comenzada en los albores del siglo, a través de los destierros siberianos y de la *okhrana*¹⁶ zarista, ¿son epónimos que ilustrarán la crónica intermitente de la libertad o bufones lamentables que hicieron correr sangre inocente en una hórrida mascarada criminal, todavía sin castigo?

¹³ Su nombre original era Lev Davidovich Bronstein (Yánovka, Ucrania, 7 de noviembre de 1879 - Coyoacán, México, 21 de agosto de 1940), político y revolucionario ruso de origen judío. Inicialmente simpatizó con los mencheviques y tuvo disputas ideológicas y personales con el líder bolchevique, Vladímir Lenin. Posteriormente, se enfrentó política e ideológicamente a Iósif Stalin, liderando la oposición de izquierda, lo que le causó el exilio y posterior asesinato.

¹⁴ Grigori Yevséievich Zinóviev (Elizavetgrad, hoy Kropyvnytsky, 23 de septiembre de 1883 - Moscú, 25 de agosto de 1936) fue un revolucionario bolchevique y un político comunista. Fue amigo de Lenin y condenado al destierro y a la prisión. Después de la muerte de Lenin, formó el triunvirato directivo del Estado junto a Iósif Stalin y Lev Kámenev. El 25 de agosto de 1936 murió ejecutado junto a Kámenev por acusación de oposición a Stalin.

¹⁵ Nikolái Ivánovich Bujarin (Moscú, 9 de octubre de 1888 - ibídem, 15 de marzo de 1938) fue un político, economista y filósofo marxista revolucionario ruso. Fue el principal ideólogo de la Nueva Política Económica durante la década de 1920, se opuso a la colectivización agrícola forzada. Tras haber colaborado con Stalin en la derrota de la Oposición Unificada, fue apartado del poder por este en 1929. Reapareció en cargos menores a mediados de la década siguiente antes de ser víctima de la Gran Purga. Murió ejecutado en 1938.

¹⁶ La Ojrana u Ojranka (peyorativo) (del ruso Охранное отделение, Ojránnoyie otdeléniye, Departamento de Seguridad) fue el cuerpo de policía secreta del régimen zarista en el Imperio ruso fundado en 1866.

Cuando yo retornaba de la tierra de Kropotkin¹⁷ conocí en la estación de Negrolojé, junto a la marca polonesa, a un joven turco nacido en Tabriz, maximalista de los tiempos tormentosos, que se dirigía a Alemania con una misión especial. Este personaje, compañero mío durante cuarenta y ocho horas en un departamento de *wagon lit*, hablaba de modo sugestivo, y por un fetichismo que no quise aclarar nunca, acariciaba constantemente un grueso collar de cuentas de ámbar que llevaba en el bolsillo de su elegante americana, mientras leía con fervor un tomo de Rabindranath Tagore traducido al ruso. Había sido participante del drama de 1917, y con una sencillez de “camarada” —cosa imposible con un judío o con un eslavo— entretuvo su tiempo en relatarme escenas inolvidables de que había sido actor, y que justificaba en nombre de sus convicciones inalterables.

“Yo era soldado de la Guardia Roja cuando acampamos en el monte de los Gorriones, —donde acampó Napoleón después de la Moscowa—, y desde allí comenzamos a bombardear al Kremlin, —decíame en mal francés el hijo de Tabriz—. Del 7 al 17 de noviembre¹⁸ en las calles,

¹⁷ Piotr Alekséyevich Kropotkin (Moscú, 9 de diciembre de 1842 - Dmitrov, 8 de febrero de 1921) fue geógrafo, naturalista y pensador político ruso. Es considerado como uno de los principales teóricos del movimiento anarquista, dentro del cual fue uno de los fundadores de la escuela del anarcocomunismo, y desarrolló la teoría del apoyo mutuo.

¹⁸ Del nuevo calendario; el 7 de noviembre actual corresponde al 25 de octubre del antiguo régimen, fecha en la cual fue proclamada la Dictadura del Proletariado por el Consejo de Comisarios del Pueblo presidido por Lenin. (Nota de Carbó).

parapetados en la Puerta Ibérica, acosamos a los cadetes de la Escuela Militar, que se defendían detrás de las murallas con una terca bravura. Dos o tres cúpulas doradas se derrumbaron bajo la metralla y el incendio corría, sin que nadie osase apagarlo, por ese Kitai-Gorod que usted conoce, barrio donde no existe hoy una huella apenas de la conflagración. Cuando llegó el día de la rendición colmamos la cárcel de Butirsky de hombres hambrientos, de mujeres desencajadas, hasta de niños antirrevolucionarios que llevaban agua a las torres, desafiando las explosiones de *shrapnel*. La cárcel era insuficiente y se habilitaron almacenes saqueados mientras llegaban órdenes del Comisariato. Yo había ascendido en graduación y fui designado para custodiar un depósito de prisioneros en la Avenida Nikolskaya, viejo caserón donde ahora existe un flamante edificio de banca. Los presos más comprometidos estaban en el sótano, sin espacio apenas para moverse, y al cuarto día, cuando la ciudad estaba tranquila y el pueblo pasaba tocando músicas por la calle, recibí la orden de fusilamiento”.

“¿De fusilamiento, sin previo consejo de guerra, sin identidad de las personas?” —arguí yo a mi impávido interlocutor, que jugaba por milésima vez con su adorada joya de ámbar.

“No hacía falta. Habían sido arrestados del otro lado del muro, con las armas en la mano. Además, era imposible sacarlos, porque la turba los habría linchado. Era casi mejor anticiparles tranquilamente el cumplimiento de la sentencia. Y como se había recomendado que las cosas se hicieran sin escándalo para no alarmar con descargas a la ciudad que empezaba a sosegar, tuve que ingeniarme para cumplir las órdenes: mandé situar dos

camiones militares a la puerta de la casa, de modo que interrumpieran la circulación. Ordené echar a andar los dos motores a todo acelerar, con los *muffles* abiertos, y los soldados, a puerta cerrada en las habitaciones, estuvieron fusilando y rematando durante más de media hora. Por la noche cargamos los camiones de ‘blancos’ y los arrojamos en el río”.

He aquí uno de los miles de episodios que precedieron a la paz octaviana que yo admiré en Rusia hace unos cuantos meses. “Son cosas de la revolución que debemos olvidar”, dicen con la boca bañada por una amable sonrisa los maximalistas hospitalarios de hoy, cuando el extranjero indiscreto se retrotrae a toda aquella gran deshonra, inevitable quizás, pero imperdonable. “Aquello” no se puede olvidar. Aquello tiene un repetido eco en la sensibilidad mundial, tal vez hiperestesiada por la propaganda antagónica, que repite la palabra “asesinos” como un lema de admonición y de revancha. Han hecho cosas admirables, aparte del homicidio; pero el bello estandarte bolchevique no flota bien porque le pesa la sangre coagulada. El crimen, tan antiguo como procedimiento, era indigno de una gigante idealidad humana elaborada como un bálsamo para curar el dolor milenario de la especie. “Los frutos están maduros —escribía Nietzsche en una de sus clarividencias parabólicas— pero tú no estás maduro para tus frutos”. Para matar la muerte no es lo más recomendable administrarla. Cuando una doctrina de amor, para imponerse, requiere el imperativo categórico del hierro, es que los redimidos no quieren todavía redimirse, y aún es posible que luchen algún día, con el hierro también, contra el redentor. Esta es la brecha abierta en la armadura comunista, que con gran trabajo los teorizantes podrán tapan.

Es posible que este razonamiento mío peque de sentimental y no rime bien con el espíritu frío de la postguerra, pero lo cierto es que los humanos continúan abrigando un fondo denso de sentimentalidad con el que tiene que contar el reformador, aunque marche en extrema vanguardia. Yo sé que los exaltados marxistas, si es que alguno de ellos lee estas pobres letras mías lo hará con el desdén que florece en el cráneo de todos los que se creen en posesión de las verdades definitivas. Dentro del leninismo esto se llama “sensiblería burguesa”: pero ellos no sabrán agradecer nunca —el agradecimiento es también una virtud capitalística— que un periodista educado en principios que están en los antípodas de la novísima cultura, contra los hábitos de todos o de casi todos los visitantes que miran de cerca el tubo de ensayo donde hierve el metal fundido de la inaudita Reforma, a pesar de su educación, a pesar del ambiente dominante en las clases superiores de América, donde descuella como núcleo firmísimo del proletariado la Federation of Labor americana —la menos socialista y la más imperialista de todas las colectividades obreras del mundo—, ellos no sabrán agradecer nunca que un viajero, ciudadano de una patria burguesa, afirme sin atenuaciones que la concepción de Marx y Engels, llevada al terreno de la realidad por el pobrecito Ilich —que sólo se despojó de su gorrita de paño para dormir en la Plaza Roja bajo un mausoleo de madera— es la más refinada especulación que haya dado a luz la mente de un pensador, la más armoniosa réplica que haya podido darse al concepto del Estado, el más científico de los proyectos encaminados a aproximar el hombre a la justicia colectiva desconocida por el Derecho Romano y a las fuentes de felicidad excesiva-

mente monopolizadas por la fuerza de las armas y de las leyes de los poderosos, que establecen la jerarquía por encima de ese derecho casi divino que debiera amparar al hombre y que es tácito en él sólo por el hecho de nacer, de pensar y de sufrir.

III

Ya en los jardines de las Tullerías —que tan en vano quieren alegrar la tristeza negra de las piedras del Louvre— comenzaban a gemir los violines de otoño cuando yo dije adiós a París desde la Estación del Norte. La última tarde fue la más hermosa, tal vez porque yo escondía, detrás de la curiosa excitación que me produjo la partida hacia el gran viaje, el sabor voluptuoso de una saudade sin consuelo. La naturaleza hacía el regalo de su oro a los árboles; oro de hojas amarillentas, oro fluido de sol. Y yo, peripatético tropical, me alejaba aún más del sol. Por la mañana, en la arboleda del Luxemburgo, la cabeza pánica de Verlaine, bañada por la llovizna lenta que él celebrara en un sollozo inmortal, aparecía rodeada de un resplandor luminoso, beso autumnal de la luz sobre su cráneo mongoloide y asimétrico, —cráneo de “dip-sómano paroxístico e impulsivo” según la definición de Max Nordau. En el fondo de los bulevares, en el domo de los Inválidos y en las torres albarranas de la Cité colgaba la vaporosa decoración de la niebla polarizada por el sol, que da a las perspectivas un filete de irrealidad y de ensueño: y yo iba rumbo a un lejano país donde imperaba una temperatura de quince grados bajo cero en pleno octubre...

Heme ya en marcha hacia Berlín, la primera etapa del viaje. Por la madrugada, a través de los cristales del *wagon lit*, esmerilados por la condensación veo los uniformes de

los ferrocarrileros alemanes encimados por gorras erectas, reminiscencia del Imperio de combate, que se mezclan con los capotes azul “horizonte” de los soldados de ocupación. Es familiar para los viajeros este entrevero germano-francés de las estaciones que están entre Aix-la-Chapelle y los límites orientales del Ruhr. Vencedores y vencidos, militares del otro lado de la línea y burócratas renanos se mueven dentro del mismo espacio: pero a pesar de la sumisión temporal impuesta por el Tratado de Versalles, entre estos hombres se adivina una recíproca repulsión irremediable. No se hablan sino cuando lo exige el servicio; no se miran de frente jamás. Desde los tiempos de César hay algo que los obliga a no comprenderse: es el Rhin.

A las siete de la mañana, por fin, atravesamos el río wagneriano, saludados por las alegres campanas de Colonia que baten en el aire frío sus puras melodías de carillón. Ahora, entre los tules matinales, comienza el despliegue de los magníficos campos de Alemania. Hace un momento hemos dejado atrás el soberbio puente kaiserino, firme allá lejos entre sus majestuosas torres de gálibo medioeval: parece el reducto abarbacanado de un burgrave. Alarde de pujanza inútil, este puente sobre el histórico río es el símbolo de una defensa permanente contra los invasores, lanzando al espacio el grito mudo de sus torres almenadas y aspilleras que se miran en el espejo turbio del agua folklórica y épica, tantas veces enrojecida por la sangre de las batallas. ¡Campos alemanes, despotizados por el látigo de la afanosa superproducción, hendididos por la garra intensiva de los tractores, donde se multiplica el esfuerzo de los supervivientes de la inmensa hecatombe, condenados a prolongar la heroica trinchera en el

corazón de la patria para ablandar la cólera de las divinidades adversas! ¡Sorprendentes campos alemanes donde todos los alcores todos los taludes todos los barrancos están labrados y regados geoméricamente, donde hasta los criados están en la obligación de ser fecundos, porque la tierra tiene la conciencia del deber patriótico de ofrecerlo todo, hasta la entraña telúrica, en holocausto de la “Greater Germania” ideal, que el Tratado de Versalles no ha podido arrebatarse del alma de esta raza de hierro!

Cuando se traspone el Rhin cambia de súbito la decoración europea. Aquí se respira de nuevo el ardor constructivo de Norteamérica. Estos hombres tienen la arteria valerosa del bárbaro. Aún viven aquí, fabricando filamentos eléctricos y sublimando abonos y explosivos, los jinetes errabundos y lacertosos que escandalizaron a pedradas la Roma decadente. En la risa tranquila de las *gretchen* de las alquerías, en el estiramiento orgulloso de estos bípedos rubios de cabeza cuadrada y ojos zarcos que bajo distintos uniformes deambulan sobre el hormigón de las estaciones hay una afirmación de victoria anticipada, una increíble y madura sazón de fe. El concepto del mundo ecuménico se inicia sobre el Rhin; el Rhin es también la raya del odio entre dos inmensas masas de seres cuyas respectivas retaguardias están en San Francisco de California y Shanghái. ¡Qué desventura que esta corriente antropológica de Oriente a Occidente, movida por las hélices de Hong-Kong, de Moscou y de Berlín, sea incompatible con aquella “libertad del mundo”, falaz promesa de paz que cantaba su tierna canción en los catorce puntos de Woodrow Wilson!

IV

La locomotora alemana vuela sobre la tierra bárbara y maravillosa de los tintes indelebles, de los gases mortíferos y de los filósofos materialistas: aquí nació Karl Marx. Essen y Bochun pasan raudos, con sus altos hornos coronados de eterno humo, volcanes artificiales en plena actividad. Nos hundimos en los túneles retumbantes del Teutoborg para oxigenarnos nuevamente en la inmensa llanura hannoveriana. Sobre los celajes del crepúsculo los hilos eléctricos, como trayectorias de balas invisibles, se multiplican en paralelismos y convergencias delirantes: son los nervios del prodigioso cerebro que se aproxima. Son los nervios de los negocios, de la gobernación, de la prensa. Por esos filamentos negros Stresseman¹⁹ expande sobre el poniente su incoercible política de resistencia. A derecha e izquierda del camino hay taquicardia de martillo y disnea de válvulas de vapor. Los conductores piden boletines; en los pasillos se amontonan maletas de cuero, ventradas como cabras próximas a parir; a los diez minutos entramos en Berlín, andén de extra muros. A los veinte, después de irritar hasta hacerles dar alaridos a las angulares de acero de un elevado, llegamos a la estación de Friedrichstrasse.

Berlín es una ciudad sosegada y rectilínea; intocada por la horda chabacana del grueso turismo que desper-

¹⁹ Gustav Stresemann (Berlín, 10 de mayo de 1878-Ibidem, 3 de octubre de 1929) fue un político alemán nombrado en 1923 canciller y ministro de Asuntos Exteriores, cargo este último que conservó hasta su muerte. Fundador y dirigente del Partido Popular Alemán (DVP), fue una figura prominente de la República de Weimar.

sonaliza a muchas otras gran des ciudades del mundo. Ante el industrialismo pleno de esta urbe, de una disciplina social metódica, surge inevitablemente el recuerdo de New York. ¿Cuál de ellas fue la maestra de la otra? Con las estadísticas de emigración a la vista, yo creo que New York es la discípula de Berlín. Aquí como allá son los nativos los amos del dinero. Son ellos también los que se lo gastan abundantemente. El comercio y los espectáculos están sostenidos por la pujante burguesía teutona, que ingiere océanos de cerveza y fuma unos abominables cigarrillos con sabor de metal. En Berlín se trabaja con ardimiento: los hombres que acuden a los cafés son hombres de negocios, con espejuelos y redondas cabezas afeitadas, procedimiento eficazísimo para no llegar a calvos jamás.

Este es el Berlín de la virtud y de la fuerza: pero junto a él se agita otro Berlín inaudito y monstruoso en vicio y en perversidad.

Es cerca de la noche; yo he depositado mi equipaje aventurero en un suntuoso hotel que tiende su marquesina sobre la calle aldeaña a la estación. Yo he cenado y me he lanzado al azar por el original empedrado de las aceras, con el cual el municipio ha previsto los mortales resbalamientos en época de helada. ¡Moralistas pacatos que desde el laboratorio del pudor teórico regeneráis a la humanidad a contrapelo, sin conocer las investigaciones contemporáneas alrededor de este problema sin solución, pero real, tan real como trágico! Si no fuera porque ya Don Gregorio Marañón, el aventajado disci-

pulo de Freud, se ha arriesgado a platicar de estas cosas interesantes ante públicos selectos, yo os aconsejaría que os cubrieseis los ojos miopes para no leer lo que escribo, duro y cierto, pero doloroso, porque es la verdad. Atended, pues: a lo largo de Friedrichstrasse, la médula de la capital, desfila una muchedumbre vespertina en la cual el bello sexo prevalece por su seducción inmortal e infinita. Mecnógrafas en asueto, hetairas y burguesitas que salen de los tés danzantes, garbosas como valquirias y ondulantes como canéforas —algún día diré, harto de erudición, por qué la suprema armonía en el andar era privilegio exclusivo de las antiguas canéforas de pies desnudos— marchan a menudo galope en dirección a la esquina del Unter den Linden. No son tan “chic” ni tienen los labios pintados como las sonrientes gallinitas de la Rue de la Paix; sin embargo, a su alrededor flota el mismo halo de magnetismo sexual. Pero no os dejéis arrastrar por esa gravitación magnética: es pura fantasía literaria. Tened cuidado en esa verde hora berlinesa con mirar demasiado fijamente a las esbeltas figuras ebrias de gracia que se deslizan a lo largo de los escaparates iluminados. A los dieciocho años la diferenciación de los sexos no se manifiesta sólo por un vestido elegante, ni por unos ojos de largas pestañas, ni por un pie menudo, ni por unos labios vibrantes y apasionados en forma de corazón de póker. El psicoanálisis, esa ciencia exploradora nacida hace pocos años y que tantas cavernas revelara en el subsuelo espiritual, ha despejado ésta incógnita inexpugnable para los siglos pretéritos. André Gide, en un libro escandaloso que recogió —colmo de los colmos— la policía de París, pedía la alternativa sentimental para

los efebos socráticos²⁰. Y si los ampara la ciencia y la literatura los exalta ¿qué mucho que el estado alemán, haciendo gala de un tradicional practicismo, los autorice para exhibir en Friedrichstrasse y en los bailes del Casino Tanz, mediante una módica contribución, su andrógina adolescencia, única en el mundo. sus torsos ambiguos envueltos en rica seda, sus manos ojivales y sus finos rostros color de marfil?...

Después de una pequeña temporada en Berlín, durante la cual me proveí de toda la minuciosa documentación y respondí a todos los severos cuestionarios exigidos para traspasar la lejana barrera infranqueable, partí de nuevo hacia el Este. La “Sociedad Panrusa de Relaciones Culturales con el Extranjero” —la VOKS, en una palabra, según la abreviatura moscovita— tiene su más fuerte oficina en Berlín. Allí —Shadowstrasse 15, si mal no recuerdo— conocí a “Billy” Mumzemberg, diputado comunista en el Reichstag. Berlín es la antecámara de Moscou: desde Shadowstrasse se hacen las últimas preguntas antes de franquear el paso a los bolcheviques en el exilio y a los periodistas invitados por la VOKS.

Estoy otra vez sobre la vía férrea, a lo largo de la columna vertebral del continente. Conmigo viaja una turba cosmopolita que habla en las lenguas más absurdas; el inglés y el francés, en esta Torre de Babel, cobran la

²⁰ Se refiere a *Corydon* (1924). André Gide fue también, sobre todo en la década del '30, un entusiasta de la revolución bolchevique. Tras su visita a la Unión Soviética publicó el testimonio de su desilusión en *Regreso de la URSS* (1936).

prestancia de un lenguaje maternal, con sonoridades familiares. Bohemios de amplia melena y sombrero haldudo, chinos de aventajada estatura, una bulliciosa juventud rusa, alemana, francesa, americana, mujeres de ademanes viriles y pensamientos de poeta, “camaradas” todos, inflamados todos por un rojo entusiasmo, tomaron pasaje rumbo a la tierra prometida donde todos los hombres debieran ser iguales. Al arrancar el tren oí cantar por primera vez la Internacional. En un paso a nivel el orfeón de los *sansculotte* se enfrenta con la *landwehr* en maniobras, y por los ventanillos flamea la llamarada púrpura de cien pañuelos revolucionarios, de mil voces de sedición: pero los soldados alemanes, con los rifles de Hindenburg en bandolera, miran indiferentemente al tren que pasa rumbo al otro mundo.

V

Stentch. Frontera polaca; nueve de la noche; en la gélida oscuridad sentimos un convoy que pasa, cargado de ocas; las bestezuelas saturan el espacio con sus gritos de espanto. Si supieran organizarse en silencio tal vez podrían escapar al cautiverio y a la muerte. A las doce de la noche suben los soldados de Pildsudzki, membrudos y con sables pavorosos al cinto, para revisar los pasaportes. Revuelven los equipajes y a la delegación francesa le quitan una bandera roja: Billy Mumzemberg recomienda que se oculte el salvoconducto bolchevique y que nadie ose cantar la Internacional. A la mañana siguiente desembocamos en la vasta planicie polonesa. Las labradoras, con pañuelos grises en la cabeza, recogen el heno en carros que parecen de juguete; piedras blancas sobre túmulos de tierra espaciados de hito en hito delimitan las pequeñas propiedades. Hay un otoño dulce y un aire fresco y delgado que acaricia la inmensa sabana verde punteada de chozas y de pequeños bosques. Otra vez el frenesí de los hilos eléctricos: es Varsovia que llega.

En el andén se entremezclan los viajeros de la Comuna, seres venidos de todos los continentes y perseguidos por todas las policías, con los oficiales de la autocracia polaca, buenos mozos de barbilla mefistofélica y relucientes armas damasquinadas en el cinturón, que dan besos versallescicos en las manos de señoras exquisitas, las más bellas señoras del universo, sin discusión de ninguna clase. Suena el silbato y proseguimos por la dramática llanura que tantas veces ha cambiado de soberanía. El paisaje es de abanico: en los bosques, sobre la alfombra

de hojas secas, sonríen pastorcillos de égloga descollando sobre la blancura inmaculada de los rebaños de ocas. En el ambiente flota una infinita melancolía musical, y el fondo agreste de los horizontes, arreglado por el mismo Demiurgo inefable que inspirara a Ignacio Paderewski, finge lujosas decoraciones de ópera. Todo es armonía y sentimiento en esta tierra polaca, que yo vi después, tal vez más fastuosa, arropada con los armiños del invierno; follajes de esmeralda y árboles de oro, “villas” indolentes, cruces votivas en la linde de los caminos, retablos que guarecen del sol pálido a Cristos adornados de rosas...

En una de las mansiones dispersas por el valle patriarcal, por encima de las bardas de un vergel, he visto un niño, un niño señorial y delicado con cara de principito triste, que acariciaba a un colosal perro de Terranova echado a sus pies de joven divinidad. La imagen de este impúber misántropo y altivo como los infantes pintados por Van Dyck no se ha borrado de mi memoria: es el símbolo viviente de Polonia la aristocrática, cogida entre las mandíbulas feroces de dos civilizaciones enemigas que se preparan a cerrar con estruendo. ¿Qué innmerceda maldición se abate sobre ti desde la cuna de los tiempos, oh, hermoso país de guerreros de leyenda, de condes artistas y de aventureras políglotas y espirituales?

El panorama cambia, porque la tierra se ondula gradualmente. Son las cuatro de la tarde y ya se está poniendo el sol. Desde que abandonamos Varsovia apenas hemos visto seres humanos. El escaso paisanaje se rusifica y las aldeas solitarias nos saludan con la cabeza piadosa de sus

torres bizantinas. Cuanto más nos acercamos a la frontera más se agudiza este aspecto de abandono, de amargura y de desolación. Sobre la estepa yerma van muy despacio las *troikas*, grandes cunas infantiles con ruedas; van muy lejos: pasarán tal vez andando toda la noche; pero no tienen ninguna prisa: sus conductores son rusos. Bajo el cielo de plomo, en este frío desierto de inacabable pesadilla, los procesos mentales por fuerza tienen que ser lentos. Yo pienso en el desgarrador infortunio de un temperamento nervioso, de una imaginación viva, a quienes se condenara a vivir aquí, atormentados por la cacofonía de la desesperanza y el aburrimiento. Aquí las almas son inmóviles, sombrías y escuetas como los pinos misérrimos que perpendicularizan la línea del horizonte. A las cinco de la tarde reina ya una completa obscuridad. A lo lejos se escuchan aullidos de lobos hambrientos. En Stolbzy, la última población polaca antes de llegar a la línea rusa, hay flores detrás de los ventanales de cristal.

Súbitamente, suspendida sobre el camino de hierro, en el pizarrón de la noche emerge una formidable y eléctrica estrella roja de cinco puntas.

“Salud eterna para la República de los Soviets!” — grita la caravana delirante, lanzando los cuerpos fuera de los vagones. Los gorros puntiagudos de los soldados bolcheviques alineados en el terraplén se estremecen en lo alto de las bayonetas. Ellos gritan también:

—*¡Dasdrás doyé, sovietskaia Respúblika!*

VI

En un paradero más allá de Negrolojé —plena Rusia soviética— descendemos todos reventados por el peso de las gruesas maletas, que nadie nos ayuda a sacar del tren. Ya todos somos *tovarish*, es decir, compañeros, y aquí la servidumbre es una cosa muy escasa y muy relativa. El andén está endemoniadamente tenebroso; se oyen órdenes extrañas en ruso; personajes invisibles nos señalan la ruta, que seguimos al tacto hasta que por fin, al extremo de un largo corredor castigado por la llovizna helada irrumpimos en un edificio de madera sin pintar, en cuyo salón principal prevalece sobre atributos y rojas banderolas el busto de Vladimir Ilich, llamado Lenin. Mientras permanezcamos en la patria de los iconoclastas la efigie del ídolo será una obsesión: el culto del héroe de Simbirsk, en tierras del Soviet, asume proporciones de fanatismo.

Está a punto de servirse una cena suculenta: pero antes es preciso escuchar la bienvenida interminable que ha confeccionado el presidente del comité de recibimiento, repetida por los intérpretes en alemán, inglés y francés. Con ligeras variantes, las frases de este ruso de chaqueta negra y tez pálida son idénticas a todas las jaculatorias políticas del universo: la humanidad es monótona y homogénea. Habló de un hermoso país sin fronteras, en el cual no hubiera ricos ni pobres donde imperase la razón y la justicia, exento de especulación y de imperialismo, horro de la ambición y de la guerra, donde todos los hombres fueran dichosos. Condenó la campaña sofística y calumniosa con que la prensa de Occidente quiere deshon-

rar la obra formidable del comunismo militante. “Aquí estáis, hermanos de todo el planeta, para ver con vuestros propios ojos, para juzgar con vuestras inteligencias si hay razón en que se nos llame salvajes y asesinos”, insinuaba el anfitrión en la sonora lengua de Dostoievski. Su gesto era distinguido y sus ademanes delicados. Su nariz delgada y recta, haciendo sombra sobre la mejilla recién afeitada y azul, recordaba el perfil del osado mozo de Nazaret —imaginaos un Cristo rasurado— en aquellos tiempos en que fustigaba a los fariseos y soliviantaba de paso el corazón de la Magdalena con sus ojos aterciopelados y su palabra viril. El orador bolchevique terminó su filípica brindando por la revolución universal. La orquesta rompió a tocar la Internacional coreada por toda la concurrencia y los oficiales del Ejército Rojo, con largos capotes kaki y terribles *parabellum* en el cinto, se cuadraron militarmente.

En derredor había una triple fila de curiosos, tipos eslavos y semitas, casi todos con altas botas y blusa con cinturón, traje clásico del pueblo, que miraban atónitos a los extranjeros, silenciosos ellos e inmutables. Ni un gesto ni una palabra ni una sonrisa. Son los *mujiks* taimados, tradicionales esclavos del feudalismo rural, que antaño —no hace de esto mucho tiempo— elevaban los brazos suplicantes al “padrecito” Zar, y que ahora, en plena apoteosis del proletariado adoran al “padrecito” Lenin, nuevo símbolo del absolutismo tradicional. En el cerebro del *mujik*, pobre analfabeto tiranizado y exaccionado desde los tiempos de la dominación tártara, la autoridad remota de la capital no se concibe sino como una divinidad rapaz y cruel que llega periódicamente a caballo para exigir el pago de la contribución y llevarse los hombres útiles

con destino al servicio militar. Desconfía del comunismo como antes desconfiaba del imperio. Cuando los primeros agitadores se lanzaron a través del país predicando la rebeldía e inflamando la hoguera de la libertad encontraron hostil al campesino ruso. Los apóstoles perecían en el cadalso y los *mujiks*, endomingados, se peleaban por los pedacitos de la cuerda del ahorcado, “que da buena suerte”. Ivan Turgueneff, en *Senilia*, ha escrito sobre estas escenas tristes una página inolvidable. El *mujik* es el enemigo histórico de todos los regímenes: de su ideología es imposible arrancar el concepto de la propiedad. El Consejo Supremo de Comisarios está convencido de que el día en que estalle una contrarrevolución será movida por los *mujiks* irreducibles de la estepa, que siembran “su” trigo en la campiña, antizaristas y antimarxistas por naturaleza, más peligrosos mil veces que los aristócratas arruinados que en el extranjero sueñan con el retorno de la despreciable dinastía de los Romanoff.

Nuevo cambio de tren. Mi compañero de departamento es un comunista francés, André Colomer, desertor del ejército y licenciado de la Santé, temperamento primitivo e idealista cuya especialidad es redactar proclamas sediciosas para edificación de las tropas de todos los pueblos. Mis pantalones planchados y mis camisas de seda le producen mal efecto. Observé que todos los que acudían a Moscou se extremaban grotescamente en el desaliño, convencidos de que parte de la calentura estaba en la ropa. Después se percataron de que en Rusia Soviética, donde las mujeres usan melena a la garzona y se visten *a la dernière*, el bolchevismo no es cuestión de hábito: en las fiestas y en los teatros toda esta gentuza despechugada hizo el ridículo. Fue para ellos una gran

desilusión constatar que el leninismo no consistía en la abolición del cuello limpio...

Una hora de marcha, entre bosques de abedules blancos barredados de negro como cebras vegetales, y llegamos a Minsk.

Después del Rhin, la segunda frontera de Europa está en el meridiano de Minsk. Sin murallas ni torreones, pero impenetrable al desplazamiento de la horda humana, Minsk es el tabique que separa las dos civilizaciones; no se comprende el enigma psicológico eslavo al occidente de Minsk; en Minsk se detuvo el desbordamiento de los tártaros; a la altura de Minsk Napoleón el Grande comenzó a sentir el peso de la adversidad; fue aquí que los ejércitos alemanes dieron el alto durante la Gran Guerra; aquí los polacos sorbieron el néctar y la cicuta del triunfo, y de la derrota alternativamente. De la invisible linde de Minsk hasta la cuna remota del Sol hay un hervor de humanidad nueva, obediente a dogmas oscuros de incalculado dinamismo y de trascendencia impredecible.

Yo veo a Minsk con los ojos del recuerdo, blanca de nieve e iluminada por la luna. Tuve sed y un buen soldado con rostro de manzana me hizo tomar mi primera copa de vodka.

VII

¿No habéis tenido jamás un amor inédito, una pasión en estado de nebulosa por algo o por alguien desconocido y muy lejano a quien no es permitido amar, a quien es peligroso osar amar? Acaso hay una novela con ese título de interdicción y de pecado: “La que no se debe amar”. Yo amaba así a Moscou²¹. Hay una eufonía misteriosa en el nombre de las ciudades de leyenda que hiere dulcemente el aparato sensorial de los espíritus inestables, que en algunos se transforma en acción y da origen al aventurero, al turista de especie superior y al *globe-trotter*. Los conquistadores de hace cuatro siglos se trastornaron con los nombres embriagantes que escribió aquel gran mixtificador que se llamó Marco Polo y descubrieron la América. Y siempre, por una fatal disposición asimétrica de nuestros deseos, que se prolongan sobre el vacío más allá de nuestras realidades —he aquí el secreto del dolor— amamos la ciudad distante donde se vive la vida que no podemos vivir, donde se habla el lenguaje que nunca lograremos entender, en los antípodas de nuestra educación, de nuestras costumbres, de nuestros fieles afectos, que nos atan innumerables — como los hilos que aprisionaban al gigante Gulliver— al suelo de un pequeño pedazo de planeta amable y propicio, dispuesto siempre a perdonarnos nuestra negra ingratitud. ¡Qué dulces sois, oh, besos de la boca que no debemos besar!

Hace años yo tuve la pasión de Tokio, y conocí a Tokio. Después tuve la pasión de Moscou, y conocí a Moscou.

²¹ No “Moscú”, como dicen los franceses. (Nota de Carbó).

Henri de Montherlant ha dicho: “Cuando me gusta una casa sufro la doble pena incurable de no poseerla y de pensar cómo me aburriría de ella si la poseyera ya”. Por eso el amor de las ciudades lejanas, el amor de las mujeres, el amor de todas las cosas asequibles debe ser entrar y salir en seguida; llegar, deslumbrarse y partir. Sólo así podremos enriquecer el tesoro del recuerdo, ya que la vida no es más que un pasado omnipresente, tiempo que no figura en la gramática. Persistir es echarlo todo a perder. Sólo la primera visión es anastigmática.

Sabemos algo de las ciudades solamente por los relatos de los viajeros inteligentes, jamás por lo que cuentan los habitantes de ellas; porque la ciudad igual que la amante demasiado amada, es infiel al ciudadano y sólo descubre al extranjero que la mira sin detenerse la más íntima expresión de su mirada y el enigma olvidado de su corazón.

Ya estoy en “la madrecita Moscou”, grande y célebre desde que sentara en ella sus reales, hace ahora exactamente seiscientos años, el Gran Príncipe Iván Danilovich Kalitá, de corvo yatagán y largos mostachos plañideros, filtro sedeno para las horrendas injurias. En la estación nos recibe la multitud abigarrada, el entrevero clásico de paisanos y legionarios rojos tocados estos con el gorro militar de invierno, puntiagudo y con carrilleras recogidas sobre los flancos. El capote de lana les llega a ras del suelo y en el ancho cuello ostentan pequeños distintivos esmaltados y galones de diversos colores según la graduación y el cuerpo a que pertenecen. Corrajes amari-

llos, pistolas en bandolera y bayoneta de sección triangular. El rostro de estos moscovitas sonrosados denota buen humor y juventud. “Estos, por lo menos —piensa el viajero— están afeitados, bien alimentados y bien vestidos”.

Se ha hablado tanto de la miseria y de las barbas rusas que el aspecto agradable del andén es para mí una sorprendente novedad. La estrella roja de cinco puntas irradia su poderío centrífugo por todas partes: en los uniformes, en los estandartes, en los pañuelos de las mujeres del pueblo, en las fachadas de los edificios. Una orquesta, amplificada ensordecedoramente por las bóvedas del edificio ferrocarrilero, inicia los acordes de la Internacional. Los soldados reprenden de manera familiar a un grupo de muchachos que no se han quitado los sombreros. Hay un ambiente popular absolutamente latino: la misma curiosidad sonriente por los recién llegados, la misma nerviosidad indisciplinada y gárrula de nuestras multitudes en las fechas de los grandes acontecimientos. Llueve a cántaros, y los empleados de la VOKS nos conducen hacia la puerta de salida, donde se ha improvisado un mitin entusiasta bajo la inclemencia del aguacero: estamos en presencia de un pueblo de oradores. La revolución, en todas partes, es hija legítima de la palabra. Pero mientras se gobierna es necesario también fabricar ideas para consumo de la colectividad, cuyo silencio es siempre peligroso: he aquí el más apropiado antídoto del *jus murmurandi* comentado por Mussolini.

La orquesta, manejada hábilmente, pone punto final al abominable torneo de arengas en el preciso instante en que uno de los demagogos descendía de la tribuna como un semidiós. Ahora todo el grupo capitaneado por Alexandra Kantarovich, una rubia esbelta y elegante que habla

inglés y francés, rellena los auto-bus alineados a la salida de la estación. Por las aceras de las calles, anchas e irregulares, hay un desfile bisexual de transeúntes cubiertos con inmensos paraguas, que entran y salen en establecimientos coronados por letreros absurdos y se detienen en escaparates donde, sobre la aglomeración de la mercancía impera el retrato de Lenin orlado por estofas purpúreas. La venerada efigie nos atisba con sus ojos mongólicos en los botones, en los mangos de los cortaplumas, en los anuncios lumínicos, en los paquetes de cigarrillos, en las altas banderolas, en los frontispicios, en el busto turgente de las mujeres, en las gorras de los niños. Jamás en ninguna parte la iconografía de un superhombre ha florecido de modo tan proteico, tan desbordante, tan abrumador. En la metrópoli del maximalismo la efigie del pobrecito Vladimir Ilich es como la visión del Crucificado para la colectividad humana de la Edad Media. Es el dogma amartillado en la subconsciencia por la repetición visual: el método, no puede ser más moderno ni más pedagógico.

Un comunista ruso en la hora de la agonía, para atenuar esa violencia irrevelada que debe ser la definitiva bifurcación del pensamiento y la materia, tiene por fuerza que morir tarareando la Internacional y apretando sobre su tórax anhelante el retrato de Lenin. ¡Oh, Padrecito Rojo, que estás en los cielos!

VIII

El hotel donde habito, debajo de la atolondrante e ininteligible muestra rusa empotrada sobre su marquesina, tiene otro letrero en caracteres occidentales que dice: GOROSTINITZA IN TERNATIONALE BELGIUM. Es, como todos, un hotel del gobierno. Me dieron una habitación tibia y confortable y un compañero de vivienda quisquilloso, dominante y majadero hasta el vértigo; revelaré su apellido para que me maldiga si estas líneas llegan a su áspero conocimiento: se llamaba Bidenkampf. Germanoamericano, residente en Brooklyn, manco y metalúrgico. A los tres días, después de varios rozamientos motivados por el grado de abertura que debía darse al postigo, logré convencerle de que se marchase a Leningrado. Allí cogió una gripe providencial y volvió manso y tierno como un San Francisco de Asís. Bidenkampf, yo te recuerdo como al símbolo materializado del “pesado” universal. Si alguna vez nos encontramos de nuevo por los caminos del mundo tuerce a la derecha y no me saludes, porque nuestras almas son incongruentes, y tu presencia, oh arquetipo de la densidad psíquica, me hace el aire irrespirable. Por lo demás, que la paz sea contigo, Bidenkampf.

Después de responder a otro cuestionario minucioso y de declarar mis generales al “comandante” de la *gorostinitza* —comandante, en Rusia, es todo delegado oficial al frente de un hotel—, me pongo mis zapatos de goma, mi abrigo ártico, mis guantes de piel velluda y echo a anidar por la Tverskaia, una de las más populosas avenidas de la capital.

A todo lo largo de las amplias aceras el pequeño comercio —revendedores con los que transige el Estado,

propietario único— despliega la hilera inacabable de sus puestecillos ambulantes. Vendedores de manzanas, de higos secos, de cigarrillos —esos cigarrillos rusos, de largas boquillas de cartulina, en las que se consume hasta la última partícula de tabaco—, vendedores de zapatos, de guantes, de dulces, tocados con gorro de astracán, saltan sobre el pavimento para no helarse los pies. Por el adoquinado, haciendo piruetas entre el público numeroso, van los *izvotchiks*, tirados por jamelgos miserables, para los cuales llegará algún día la revolución del motor, posible ilusión social de todos los irracionales. Hace un frío que lancina el rostro sin piedad. De todas las narices brota un cómico chorro de vapor. Las mujeres, vestidas a la última moda parisién, se arrebujan en sus abrigos con coquetería: sólo desentona en su indumentaria las anchas botas grises que llevan sobre los zapatitos menudos, deformadoras de la bella silueta femenina, tan frágil en Moscou como en cualquier otra parte del mundo.

Antes de franquear la doble arcada que da acceso a la Plaza Roja me detengo en los umbrales de una capillita minúscula —aquí todos los cultos religiosos son tolerados— donde un pope dice misa ante un limitado grupo de feligreses. Es la Capilla Ibérica. Alexandra Kantarovich me hace notar un letrero enorme, colocado sobre el muro de un edificio que da sombra al santuario. Es la célebre frase de Lenin: LA RELIGIÓN ES EL OPIO DEL PUEBLO.

Hay un criterio definido sobre las religiones en el programa revolucionario, pero no se violentan las creencias de nadie.

“En el lugar ocupado ahora por ese letrero de piedra —díceme Alexandra Kantarovich— existía antes un

ícono milagroso; y algunos fieles analfabetos, siguiendo la costumbre inveterada, llegan y se arrodillan piadosamente ante la frase de Lenin, orando con todo el fervor de su alma con los ojos puestos en las palabras demoledoras de Ilich.”

IX

Aunque habitado por proletarios, el Gran Hotel es pródigo en mármoles ricos. Los altos capiteles iluminados por una luz indirecta arrojan sobre los rostros su cárdena blancura pentélica, últimos destellos de una Rusia sepultada para siempre. Aquí los oficiales del Imperio bailaron los últimos vales de su trágica vanidad en los días incomprensibles en que Rasputín libidinoso hacía danzar a las princezas desnudas en los bosquetes de Tsarkoetselo. Pisos de maderas preciosas que crujen bajo la alfombra escarlata. Candelabros de arañas versallescas tórnanse hacia los plafones como iracundos racimos de serpientes cautivas. Alrededor de las columnas, a lo largo de los muros, sillas y veladores a la manera de un cabaret. Esta noche la VOKS ofrece a los visitantes una fiesta verbal, acompañada de música selecta y de buffet gargantuesco: nadie en el mundo sabe obsequiar a sus huéspedes como los moscovitas. En el fondo, dando la espalda a un cuadro inmenso donde esplende la soleada y esmeraldina brillantéz del Cáucaso, está el Presidium²², cuya figura central es la *tovarish* Ka-

²² El Presidium del Sóviet Supremo de la Unión Soviética era uno de los más importantes órganos de gobierno de la Unión Soviética, que ejercía una jefatura de Estado colectiva. Electo por el Sóviet Supremo en sesión conjunta de sus dos cámaras, tenía potestad legislativa cuando este no sesionaba (el Sóviet Supremo solo se reunía en dos períodos anuales). Su sede estaba ubicada en el Kremlin de Moscú. Los diputados electos al Presidium duraban en sus cargos cuatro años, lo mismo que cada legislatura del Sóviet Supremo. El Presidium estaba integrado por el Presidente, un diputado por cada una de las quince repúblicas, un secretario y veinte miembros ordinarios. Todas sus actividades estaban sujetas a revisión por el Sóviet Supremo, a quien debía reportar. Cada república socialista soviética

meneva, presidente de la VOKS, que inicia el acto con un discurso lleno de viriles acentos no obstante su voz grata de soprano y las mariposas intermitentes de su sonrisa: el triunfo del comunismo es también el triunfo de la mujer, el desdoblamiento generoso de su capacidad. Iguales derechos para los dos sexos, incluso el del voto. Y como un mentís vigoroso a los antisufragistas —aún quedan por el mundo unos cuantos, cuyos cerebros troglodíticos enriquecerán las colecciones de los museos— las mujeres-magistrados de la U. R. S. S. no han dejado de ser mujeres. El marimacho tradicional, de feminidad reseca y zapatos de doble suela con que los enemigos del feminismo ridiculizan grotescamente la aspiración política de la mujer, es privativo de ciertas razas, entre las cuales no están incluidas la eslava ni la latina. Además —y permítaseme aquí esta digresión tan de actualidad— el decantado peligroso de que el instinto sexual perturbe las relaciones cívicas entre las dos mitades del género humano, sobre todo en pueblos de una voluptuosidad congénita, es puramente imaginativo. Ni los hombres ni las mujeres normales llegan a la madurez reflexiva que se requiere para la vida pública en la edad de los madrigales. La ciudadana-diputado de hoyitos en las mejillas y tez de melocotón no pasa de ser una elucubración genésica de los artistas y una esperanza vana de los caciques enamoradizos.

Atalayemos ahora, desde la mesilla adonde se me ha conducido, el panorama del vasto salón, mientras los oradores bosquejan el panorama del mundo, agitando en los aires el rojo banderín de la revolución universal.

o república autónoma tenía además su propio Presidium del Sóviet Supremo, cuyas funciones estaban determinadas por las constituciones locales.

Antes que nada, la presencia de unos cuantos *jaquets* en plena velada —inesperados soles de media noche— nos llama poderosamente la atención. Lunatcharsky²³, el célebre comisario de Instrucción Pública —tipo de amable propietario burgués, rostro dulce y fino, rematado en una corta barbilla en punta—, ostenta uno sobre su rolliza humanidad de novelista. Es extraño, puesto que aquí la etiqueta está olvidada: la U. R. S. S. pide uniformidad en las almas, no en las indumentarias. Georges Duhamel, en *Le voyage de Moscou*, declara no haber visto más que un solo smoking durante su visita a los Soviets: yo tampoco vi más que uno sólo en una *soirée* de la Universidad; quizás fuera el mismo que anotó Duhamel. El *jaquet* nocturno, sin embargo, se observa con relativa frecuencia en esta sociedad a contrapelo donde son admisibles todas las extravagancias.

Allá lejos, junto a la mesa del Presidium, Billy Mumzemberg habla con la Kollontai²⁴, que disimula sus ojos antiguos bajo la sombra de un sombrero negro: el gran corazón de esta mujer superior, irremediamente femenino, ha sido impotente para estrangular la vergüenza de envejecer. ¿Dónde quedó tu juventud, Kollontai, tu juventud de ojos de gacela con los que miraste a los sabuesos de la Okhrana, tu juventud de manos liliales tendidas hacia la aurora de las ilusiones?

²³ Anatoli Vasílievich Lunacharski (Poltava, Ucrania, 23 de noviembre de 1875 - Menton, Francia, 26 de diciembre de 1933) fue un dramaturgo, crítico literario y político comunista ruso.

²⁴ Aleksandra “Shura” Mijáilovna Kolontái (San Petersburgo, 31 de marzo - Moscú, 9 de marzo de 1952) fue una destacada política y marxista rusa. Comunista y revolucionaria, fue la primera mujer de la historia en ocupar un puesto en el gobierno de una nación.

El agitador japonés Akita, cuya melena lacia y gris recuerda la cola de un caballo, contrasta su estatura de simio con el elevado continente de Scott Nearing, publicista *yankee*, vecino mío en la *gorostinitza*. “Scott Nearing — me dijo alguien— hace la limpieza de la habitación y arregla las camas de sus compañeros todas las mañanas, con objeto de hacer ejercicio.” Para asistir al Decenario vino desde New York, atravesando el Pacífico y toda el Asia, en el ferrocarril transiberiano, “siempre en tercera”, con objeto de conocer la vida de los miserables... No cabe duda, pues, de que Scott Nearing es un ejemplar digno de admiración. Es bueno hacer constar que el gobierno de Moscou le ofreció los pasajes desde su país hasta aquí, en primera, costeándole todos los demás gastos. En cierta ocasión yo me interesé en saber su opinión sobre el comunismo, y el conocido socialista norteamericano me dio esta definición certera, que no se borrará jamás de mi memoria:

—El comunismo, por lo pronto, es la única réplica triunfal que pueden ofrecerles los pueblos pequeños a las grandes naciones imperialistas.

Continuemos nuestra revista acuciosa en el salón de mármol. Allí está el hijo de Shang Kai Shek, que maldijo a su padre cuando el caudillo chino abjuró del Kuomintang por considerarlo pernicioso para su vasto plan de reivindicación puramente nacionalista. Junto a él se agita en una inconsistente e interminable charla el joven rifeño Ahmad Mattar, personajillo vagabundo y osado, en el cual un enorme gorro de piel blanca es la única flor de su figura. Más lejos, felino, silencioso y nostálgico, caído más bien que sentado en su asiento, igual que una cinta de terciopelo, el sobrino de Rabindranath Tagore fuma y sueña, extático como algún héroe sedentario del *Rama-*

yana. Junto a mí está una japonesita residente, que estudiaba en la Universidad. Alguien le pide perdón por algo, y ella sonde con los labios, con la mirada, con su busto de muñeca, con todo su espíritu y con toda su envoltura carnal, como sólo sonríen las japonesas. Tenía una pequeña cicatriz en la piel del rostro: dijérase la huella de un golpe que ha saltado la porcelana de un jarrón. Clara Zetkin, la comunista alemana, es el eje de un grupo de delegados teutones: tiene un rostro aldeano, agravado por un pañuelo rojo atado a la cabeza. Manuel Ugarte, el escritor argentino, de tez aceitunada y grandes bigotes erectos; Salvador de la Plaza, abogado venezolano, todo inteligencia y todo rebeldía, figura romántica del buen Montparnasse... Aquí termina la enumeración de mi cuadernito de notas.

Agregaré sólo que aquella noche, en el Gran Hotel, había hombres y mujeres de todos los países: nunca he visto yo aglomeración más cosmopolita. Chinos fornidos del norte, cantoneses vivarachos de rostro cadavérico, negros del África del Sur, toda la América, toda la Europa, todas las culturas: pero los concurrentes más interesantes eran los indostanes; sus cabellos negros hasta azulear sus ojos hipnóticos, velados por una neblina de tristeza, su delgadez espectral, su color de arrecife, subyugan y se graban en el cerebro con una tenacidad misteriosa. Son graves, con litúrgica gravedad elefantina, y tienen la terrible fuerza potencial de los que saben esperar más allá de la muerte. Cuando las razas blancas terminen de ajustarse las innumerables cuentas pendientes a golpe de espada, cuando los cañones dejen de rugir sobre las trincheras ensangrentadas de la próxima guerra, ellos quedarán esperando acontecimientos aún más lejanos, acontecimien-

tos inauditos que están escritos ya en los milenios de la historia extremadamente futura, y que sólo ellos ven con sus pupilas fosforescentes, plenas de pasión intraducible, de soñolienta ironía y de subconsciente desdén.

Nada existe más aristocrático, más harmónico, más majestuoso ni más bello que la silueta de las doncellas indostanas que ésta noche adornan la fiesta de la VOKS; sus delgados brazos cubiertos de brazaletes; sus túnicas azules, violetas y amarillas orladas con grecas alucinantes; sus mantos áticos que envuelven la cabeza como los de las antiguas suplicantes esquilianas, tienen un valor decorativo muy por encima de los conceptos estéticos de la mujer occidental. Todo es en ellas exótico, eurítmico y luminoso; hasta sus nombres. He aquí dos, compañeras mías de hotel: son dos hermanas de Benarés: Sujais-Ni y Loksh-Mi. Por la noche, al volver a la “gorostinitza”, sus hermanos ingleses —porque un inglés comunista es hermano de un indio comunista, tales son las normas de este mundo sin fronteras— las hacen cantar canciones de la patria del Buddha; y ellas cantan, en el extremo de la mesa, con una voz susurrante; y sus caras gemelas vibran de tal manera, sus bocas violáceas se agitan tan dolorosamente, sus cejas se enarcan de modo tan patético, que yo, sin comprender, adivino que el cancionero de la tierra de los *rajahs* es, como el de todas las tierras de sol, una reiterada queja de corazones sin consuelo y de achares que dan la muerte, los mismos amoríos emponzoñados a los que no se puede sobrevivir, la misma enloquecedora e incurable neurastenia sexual.

X

Los oradores han terminado, y, súbitamente, estalla en una galería contigua el coro alegre de las balalaikas. Ahora empieza la fiesta, que durará, según costumbre inveterada de esta raza trasnochadora, hasta altas horas de la madrugada. Yo he sido presentado a Henri Barbusse²⁵, la más alta cumbre quizás del pensamiento contemporáneo; y mientras otros toman vodka y devoran frutas, él y yo hablamos en un rincón, es decir, él habla, acosado por mi interrogatorio. Para empezar a conocer el comunismo de hoy yo he querido acercarme al escritor extranjero que mejor lo ha comprendido; aunque la palabra “extranjero” es aquí meramente convencional, porque el autor de *Clarté* es bolchevique...

Barbusse posee una estatura quijotesca, unos ojos profundamente cansados, una cara pergaminosa que se acaricia sin cesar con el racimo de sus nerviosos dedos hipocráticos. Viste una chaqueta negra de paisano, cuyo cinturón cierra una hebilla de plata. Del labio superior cuelga un cigarrillo de larga boquilla de cartón, y los lazos mechones de su cabello gris, haciendo sombra a sus ojos de mirar infinito, caen sobre sus mejillas exangües. “La vida es una enfermedad”, ha dicho alguna vez este hombre de visibilidad superior, y, en efecto, él parece enfermo, terriblemente enfermo de vivir. Cuando habla, sin embargo, atraviesa por todo su cuerpo una sorprendente

²⁵ Henri Barbusse (Asnières-sur-Seine, 17 de mayo de 1873 - Moscú, 30 de agosto de 1935) fue un escritor, periodista y militante comunista francés.

corriente continua de juventud: hay naturalezas desclasificadas que constituyen un oscuro enigma. Barbusse, que habita en la URSS²⁶ desde hace mucho tiempo, acaba de llegar hace dos días de un extenso recorrido por Armenia, Ucrania, Georgia y Azerbaiyán. Sus impresiones son vastas y recientes.

—“En la República de los Soviets —le digo yo— hay fraternidad e igualdad, pero falta la libertad, tal como se concibe en Inglaterra y Francia en épocas normales. ¿Será compatible esta hermosa aspiración de la actual civilización con el sistema igualitario, pero férreo, que se ha implantado en Rusia? ¿Es aceptable la igualdad cuando ha muerto la libertad?”...

—“Hablar de libertad en general —responde Barbusse— es algo pueril. A usted le extrañarán mis palabras, pero sepa que son las palabras de la vida cierta, las palabras que es necesario escuchar en esta vida que necesariamente tendremos todos que vivir... Ni en Francia, ni en Inglaterra, ni en ninguna parte la libertad es verdadera. Existe la libertad de pensar, pero solamente como piensa la clase dirigente; la prueba de ello es que todas las ideas y acciones que salen de las ramas de la legalidad burguesa son perseguidas y castigadas. En la actualidad el mundo está casi todo bajo la dictadura: dictaduras de derecha o de izquierda. La Historia no conoce ninguna sociedad donde la libertad reinara en absoluto: toda colectividad humana que desea vivir y desarrollarse fatalmente

debe imponer leyes generales que refrenen los impulsos individuales. Como medida de defensa y conserva-

²⁶ Carbó utilizó indistintamente las abreviaturas URSS y U. R. S. S. para la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

ción —agrega mi interlocutor con aire altanero de hombre convencido— el organismo soviético está obligado a emplear medios de coerción contra todos aquellos elementos que desean destruirlo. Vea usted: la libertad de imprenta y libre examen para los elementos anti-proletarios está limitada; pero lo contrario equivaldría al suicidio. La libertad, en una forma amplia, puede solo existir en la sociedad del futuro, donde hayan desaparecido las clases sociales; la restricción de la libertad en la Rusia de hoy conduce precisamente a la libertad amplia y absoluta de lo porvenir. Si reconocemos en Rusia un bello esfuerzo en pro de la humanidad es preciso también aceptar las consecuencias de la lucha por estas aspiraciones, es decir, la limitación transitoria de todo aquello que signifique un obstáculo al triunfo integral del socialismo en marcha”...

—“Pero Rusia —insisto yo— está acosada por las potencias, y la Revolución es obra de una minoría enérgica, encabezada por Lenin. Cuando se extinga esta minoría vigorosa, ¿serán capaces las nuevas generaciones de resistir el ataque de los enemigos del comunismo, que atacarán no solo con las armas, sino con las ofertas de financiamiento, con todo lo que la civilización burguesa constituye una fuerza hasta hoy irresistible? Usted sabe que no es la primera vez en la Historia que...”

Barbusse me interrumpe, arduosamente. —“¿Acaso la Revolución —exclama agitando su melena color tormenta— es la obra audaz de una minoría enérgica solamente, es decir, del Partido Comunista? ¡Si hay una forma errónea de interpretar el fenómeno social ruso, es esta precisamente!

¡Nosotros no conocemos en la Historia nada parecido a lo que ahora está sucediendo, compañero! Los Soviets

son la obra de “todos” los explotados contra todos los explotadores... Desde el punto de vista ideológico el ideal de la “comuna de productos” no presenta nada nuevo... ¡Lo que sí es nuevo en el mundo es la realidad en marcha de nuestras aspiraciones! He aquí por qué esta obra no es la obra de una minoría, como usted cree, sino la de todos los trabajadores manuales e intelectuales del Universo... Los caudillos de la Revolución, la “minoría energética” — vamos a calificarla así—, no caen del cielo, camarada, son el producto de los anhelos seculares de las masas, sin su barómetro; ellos concretan estos anhelos en forma de programa, y las impulsan, dándoles la voz de “adelante”... Abstractar el Partido Columnista del total de los trabajadores es artificial: la realidad rusa nos enseña todo lo contrario. El Partido Comunista —que consta solo de un millón doscientos mil miembros, como usted sabe— es la avanzada del proletariado, pero es este la fuente inagotable de su rejuvenecimiento y de su inmortalidad. Y en lo que respecta al supuesto retorno de la Unión Soviética hacia la sociedad capitalista —Barbusse se ciñe su cinturón de lucífera hebilla de plata— eso no pasa de ser una vana esperanza de la burguesía liberal, imbuida por las ideas de Nitti, Lloyd George y demás capitanes del viejo Estado... Yo acabo de llegar de recorrer las comarcas más remotas de este gran país y puedo asegurarle que el entusiasmo, por todas partes, es tan vivo como en los primeros días de Octubre. Hoy como ayer no hay más que una idea fija en todos los corazones”...

Las balalaikas inflaman el ambiente con un peán de cuartel, jaleado por “hurras” estentóreos. Es una cantilena de marcha acelerada, de amenaza, de reivindicación, de culatazos despiadados contra la puerta del mundo le-

jano y querido. Los guitarristas se ponen de pie, y cantan con una sonrisa feroz e inocente la canción del terremoto social que advendrá, derribador de las graciosas piedras negras de antaño.

Yo insinúo una pregunta, la última pregunta, la más interesante tal vez.

—“¡Ah, si fuera posible sovietizar la vida americana y europea por la evolución, puestos todos de acuerdo, sin carnicería!”

—“Es difícil —respóndeme el bolchevique parisién—. Son dos sistemas, dos principios cordialmente opuestos en batalla. El capitalismo no cederá sus privilegios pacíficamente. Son dos ideas en pugna: el choque sangriento es algo secundario; un nuevo accidente... *Son los opresores los que hacen la revolución, no los oprimidos.* ¡Y en todo caso —así cerró la entrevista mi ilustrísimo interlocutor— la responsabilidad de los muertos no caerá precisamente sobre nosotros los que queremos matar la guerra, aunque no tendremos más remedio que aceptarla por última vez en el nombre venerado de la paz!”

XI

Es el día del aniversario grandioso. Hace hoy diez años —un día como hoy, de otoño transparente, de aire frío y excitante— que los obreros y soldados dieron el asalto definitivo y sangriento —excesivamente sangriento— contra las tropas desmoralizadas de Kerensky, apóstol de la guerra, cuya es toda la responsabilidad de la derrota espantosa infligida a los mencheviques, socialistas de extrema derecha que en la demolición del zarismo pretendieron representar el papel de los girondinos en la Revolución Francesa. Eran demócratas y antiterroristas. Soñaban en una república “donde todos fuéramos felices”, limpia de homicidio, como la que esbozara un día Camilo Desmoulins. Kerensky, contemporizador desorientado, pretendió ser el Dantón de los thermidorianos rusos: pero no logró ser más que su caricatura. No pudo reeditar la gloria del gran guillotinado ni en los momentos de su caída. Ignoraba la ciencia de saber morir. Además, tenía como adversario a Vladimir Ilich Oulianoff²⁷, llamado Lenin, el mas egregio de los agitadores de todos los siglos, que con ojo certero escogió aquellos días para dar la arremetida decisiva: “ahora o nunca”, fue su palabra de combate. Sus disposiciones estratégicas, seis párrafos que son seis redobles de tambor y que se han hecho célebres bajo el rótulo de “Consejos de un ausente”, parecen la obra de un generalísimo. Merecen reproducirse, y los transcribo a continuación, para dar una idea del carácter fulminante que revistieron los acontecimientos de Octubre:

²⁷ Actualmente se escribe Uliánov, pero Carbó sigue la ortografía francesa para las transliteraciones.

Combinar nuestras tres fuerzas principales: la escuadra, los obreros y las unidades militares con objeto de ocupar antes que nada y conservar a todo precio: a) el teléfono; b) el telégrafo; e) las estaciones de ferrocarril; d) los puentes.

Seleccionar los elementos más decididos de nuestros grupos de asalto, escogidos entre la juventud obrera y los marineros, y organizar con ellos pequeños destacamentos encargados de ocupar todos los puntos más importantes y de participar en todas las operaciones decisivas, por ejemplo:

Cercar a Petrogrado e incomunicarlo con los demás centros de población, apoderándose de dicha ciudad por medio de un ataque combinado de la escuadra, los obreros y las tropas; tarea que exige “arte” y “una triple audacia”.

Formar destacamentos compuestos con los mejores obreros que, armados de fusiles y de bombas marcharán sobre los centros vitales del enemigo y los cercarán (academias de oficiales, telégrafo, teléfono, etc.). La consigna —mot d’ordre— será: morir hasta el último antes de permitir el paso al enemigo.

Esperemos que si la insurrección tiene éxito sus dirigentes sabrán aplicar los grandes preceptos de Dantón y de Marx.

El triunfo de la revolución rusa y de la revolución mundial depende de dos o tres días de lucha.

Sin embargo, los días de lucha no fueron tan breves. Rusia se vio desgarrada por una terrible confusión. Aún la historia de aquellas jornadas tormentosas no se ha puesto en limpio: ni los mismos bolcheviques la conocen verdaderamente. El ejército —a quien faltó un jefe resuelto

y de autoridad moral— estaba dividido. Los alumnos de las escuelas militares perecieron heroicamente aplastados por la artillería de la Guardia Roja. En Petrogrado los cosacos intentaron un asalto sin éxito. En medio de la oscuridad los automóviles blindados recorrían las calles haciendo fuego sobre todos los transeúntes, ametrallando las casas sospechosas. El último reducto de la resistencia de Kerensky fue el Palacio de Invierno, bombardeado a media noche por el crucero *Aurora*. “Desde el puente de Trotzky —cuenta un testigo presencial— una enorme multitud contemplaba el angustioso espectáculo. El palacio se hallaba sumido en tinieblas, sin la más débil luz en las muertas ventanas; luego, súbitamente, aparecía iluminado con violencia, antes de cada disparo, por los potentes reflectores de los rebeldes”. El bramido lúgubre del cañoneo duró toda la noche, sin que fuera advertida la bandera blanca de parlamento, que había izado la guarnición moribunda. A la mañana siguiente la turba feroz penetró en el local derruido y alfombrado de cadáveres: el Príncipe Tumanoff, ayudante del general en jefe, que trató de hablar a los revolucionarios no obstante hallarse gravemente herido de bala, fue levantado en las puntas de las bayonetas y arrojado, entre alaridos ensordecedores a un río cercano.

Las escenas de aquellos días tristes degradaron el puro idealismo de la revolución: la hez miserable de todos los bajos fondos, entregada a una saturnal inmundada no contenta con el derrocamiento de Kerensky, dieron mueras al propio Lenin, que trataba de organizar algo que se pareciese a un poder ejecutivo en el Instituto Smolny, donde era, más que el jefe, el prisionero de quince mil milicianos rojos, borrachos de sangre, de anarquía arrasadora y

de vino. El hijo ilegítimo de la victoria de Octubre fue el Terror, con su cortejo espantoso de fusilamiento, de estupro y de profanación; en Moscou los atropellos alcanzaron el máximo horror de la tragedia, calificada por Máximo Gorki, enciclopedista del maximalismo, como “horrible degollina de inocentes”. El gran Lunatcharsky, corazón revolucionario, pero humano, se espantó de tal manera ante la destrucción del Kremlin —mil años de arte y de historia desmoronados a golpes de cañón— que amenazó con retirarse para siempre al extranjero avergonzado por la salvajada cometida.

“Celebremos el triunfo del proletariado, creador de la nueva cultura”, dijo el periódico *Pravda* a raíz de los desórdenes rabiosos de Octubre. No: aquello no fue el triunfo del proletariado. Las muchedumbres homicidas que durante dos semanas saquearon las tiendas de vinos en Petrogrado y Moscou, agrediendo a botellazos “y pasando horas y horas entre charcos de lodo y sangre, revolcándose como cochinos” —palabras de Gorki— no eran proletarias. Los verdaderos socialistas, discípulos de Marx, que repudiaron el exceso antisocial de los amotinados, su brutalidad inaudita y su desprecio cobarde a la vida humana, fueron también atacados y encarcelados como “enemigos encubiertos de la revolución”. Quizás el proletariado comienza a triunfar ahora, en esta nueva generación eslava que no figuró en la orgía, de la cual muchos sienten el arrepentimiento. Aquello —que Lenin juzgó con una aterradora frialdad de hombre sin escrúpulos— fue no más la victoria del asiatismo incorporado al espíritu ruso, de su crueldad hereditaria, de su inferior psicología de siervos atávicos del desconocimiento — que hoy persiste en aquella raza extraña y grandiosa— de

lo que significa el concepto de libertad. Por eso el comunismo “ruso” es un material inapropiado para la exportación: no es más que un germen, un fenómeno revelador de próximos cambios de frente en la civilización, pero no un árbol que pueda trasplantarse íntegro a otras temperaturas espirituales, como sueñan los jóvenes ortodoxos del nuevo culto moscovita.

XII

“Ilusha” Rubinstein y yo hemos venido a la Plaza Roja, cerrada por patrullas del ejército, para asistir a la gran parada obrera y militar con que se conmemora el glorioso decenario: “Ilusha” —diminutivo de Elías— es un joven nacido en Kazán, de origen judío, dotado de una alegre e inagotable verbosidad. Nos acompaña la *tovarish* Naddya Kuotikova, intérprete morena y menuda, que presume de su parecido prodigioso con Francesca Bertini: aquí también prevalece el prestigio mundial de las estrellas de la pantalla.

Moscú está desierto; todos los habitantes están sindicados, y por lo tanto todos han concurrido a la manifestación. Bajo nuestros zapatos de caucho el hielo de las aceras cruje como sal en grano. Hay un aire crudo, irritador de las mucosas, que viene de la estepa lejana; es una tortura extraer las pobres manos de los bolsillos del grueso gabán. “Ilusha” se detiene ante el negro uniforme de un policía, le interroga, y luego nos lanzamos a una larga caminata para rodear el Kremlin y situarnos en el extremo opuesto de la plaza, con nuestras invitaciones color de rosa entre los dedos insensibles, distrayéndonos para hacer tiempo, en la contemplación de la mole monstruosa, irisada y mili-nanochesca de la Catedral de San Basilio.

Al fin ocupamos nuestros puestos en la gran tribuna de los invitados, dando la espalda a las tumbas alineadas junto al murallón, donde los octubristas, hace diez años, pagaron su tributo abundante a la muerte.

El Gobierno casi en pleno, está sobre el mausoleo de Lenin: en primer lugar, la figura fornida y morena de Sta-

lin, de nariz sólida y gesto de animal de presa dispuesto a avanzar; tiene ojillos agudos y se defiende del frío con un abrigo de cuero valerosamente entreabierto en la garganta. Junto a él está Boukharin, el exégeta ardiente de la revolución, escritor apocalíptico cuya palabra late en toda la propaganda clandestina difundida sobre la tierra; Boukharin es nervioso, va cubierto con un gorro de piel, usa una barba en punta aguda y su mirada es relampagueante como la de un hurón. Detrás de ellos, entre las cabezas inquietas del mar multitudinario, apenas distingo el gesto cauteloso y tranquilo de Rikoff²⁸, presidente del Supremo Consejo de Comisarios de la U. R. S. S. (algo así —aunque no exactamente igual— como el presidente de la república soviética), y el pañuelo rojo de Clara Zetkin²⁹, invitada a título de reliquia. ¡Parecen tan desguarnecidos, tan inermes, tan olvidados de la posibilidad de un atentado absurdo en medio de la alegría fanática del pue-

²⁸ Alekséi Ivánovich Rýkov (25 de febrero de 1881 - 15 de marzo de 1938) fue un destacado revolucionario bolchevique y político soviético. Tuvo un papel notable en el establecimiento del Gobierno soviético tras la Revolución de Octubre y fungió como presidente del Sovnarkom (Soviet de Comisarios del Pueblo) entre 1924 y 1930. El representante más destacado de la corriente moderada bolchevique, se opuso a las “tesis de abril” de Lenin en 1917 y defendió más tarde infructuosamente la creación de un Gobierno socialista de coalición. Fue ejecutado por orden de Stalin durante la Gran Purga de 1938.

²⁹ No sólo reliquia, para la época Clara Eißner (Zetkin) (Leipzig, 5 de julio de 1857 - Moscú, 20 de junio de 1933) era miembro del Reichstag, representante del Partido Comunista de Alemania (KPD) en la República de Weimar desde 1920. En 1933, con la llegada de Adolf Hitler al poder, la ilegalización del KPD y el incendio del Reichstag, Zetkin se exilió en la Unión Soviética, donde murió poco tiempo después.

blo que en estos momentos saluda con aplausos y hurras la primera oleada de tropas que desemboca por la Puerta Ibérica, marchando al son bronco de los atambores! Yo me he acercado disimuladamente para ver mejor sus rostros, tan impresionantes tan acariciados por la celebridad. Pero al tratar de franquear el pasadizo que hay entre la tribuna y el sepulcro del gran jefe muerto, me quedo atónito. Detrás del mausoleo, con la bayoneta triangular encalada en la boca de los rifles, un piquete inmóvil custodia a la Dictadura. Adosada a la pared, otra línea de soldados, altos como los antiguos granaderos, mantiene en la diestra sus terríficos sables fuera de la vaina; el loco que intentara agredir sería instantáneamente despedazado.

Las baterías del Kremlin, llenando de humo y de estruendo la Plaza Roja, hacen reiteradas salvas de cañón. Todas las murallas, todos los balcones, todos los postes, todas las plataformas cinematográficas están engalanados de rojo. Hoy Moscou es una devoradora e inmensa llama. Entre descarga y descarga los altavoces eléctricos, de amplificación cavernosa, dicen cosas ininteligibles que la masa ovaciona y comenta. Frente al sitio que ocupamos una banda de música a caballo —una más entre las innumerables— preludia los compases alegres de la Internacional: ahí vienen los marinos, cerrados de negro. Después desfilan nutridas e interminables masas del Ejército Rojo, desplegadas por compañías con sus originales capotes color oliva casi barriendo la nieve, rifles a la espalda, perpendiculares al suelo, colgados del porta-fusil, lujosamente equipadas en su admirable disciplina de formación. Las charangas se suceden, tocando pasacalles marciales. Una de ellas —detalle curioso— da a los aires las notas de “Double Eagle” de Sousa.

El desfile es grandioso; algunas unidades, en lugar del clásico gorro puntiagudo con carrilleras van tocadas con cascos de acero; el piso helado, bajo sus pies, cruje con un fragor sincronizado que domina el ulular rumoroso de los espectadores. Los escuadrones de caballería —ingentes bridones de Transcaucasia— irrumpen con un trote corto, agarrándose al adoquinado resbaladizo por un milagro de arena. La artillería pasa al galope, con sacudidas escandalosas de vigas de hierro, arrastrada por lujosas cuadrigas de caballos bancos: bajo el látigo y las voces de los artilleros estos grupos de bestias excitadas y de hombres jóvenes que las arrear frente a la gradería hacen pensar en los espectáculos del circo romano, gallardías olímpicas que nunca más volverán. Es todo el boato de la agresividad extendida ante el pueblo asombrado, toda la pompa de la guerra agitada con insolencia por el pacifismo ilusorio. Desde el sepulcro del pobrecito Ilich los omnipotentes magistrados sonríen a cada relampagueo de las armas que saludan. ¡Tal vez todos estos hombres altivos, a quienes el hábito del acero matador invita a gallear peligrosa mente, están condenados a morir como los gladiadores de César!

Se va a terminar el alarde militar con algo inolvidable. En los confines de la secular explanada avanza una línea oscura de jinetes coronada por un erizamiento de lanzas erectas. Este desbordamiento se acerca rápidamente en medio de un vocerío salvaje, de un esgrimir furioso de cimitarras enormes, que despiden un resplandor muerto de luz otoñal. Cuando cierran distancia con la tribuna observamos que adelantan a carrera tendida, pero he aquí el milagro: no pierden la alineación. Los caballeros azules inclinados sobre las aladas cabalgaduras, van perseguidos

por el drapear magnífico de sus capas negras banderas al viento; los pechos están cruzados por varias cartucheras, y en la cintura ostentan costosos puñales adamasquinados en plata fulgurante: son los cosacos. Siguiéndolos con la mirada y cerrando instantáneamente los ojos para estudiar la imagen, he sorprendido, entre las bufandas que las defienden, sus fisonomías feroces, de rasgos mongólicos, su aliento de centauros en riña, su desenvoltura indomable de hijos del desierto que hoy, quizás por qué proceso mental habilidosamente provocado, están dispuestos a hacerse matar por la hoz y el martillo como hace veinte años por las águilas de los Romanoff, como hace seis siglos al amparo de los mostachos de Iván Danilovich Kalitá. “¡Hurra!” gritó la fantástica cabalgata, cincuenta, cien veces tantos gritos unánimes como escuadrones.

Entonces tronó el cañón por última vez, cerrando con humo de pólvora la demostración de pujanza mortífera.

XIII

Y cuando el postrer cosaco se perdió allá lejos, envainando su arma y refrenando la marcha de su corcel entre la ovación de la multitud que idolatra la fuerza brutal, comenzó el despliegue pacífico del proletariado de Moscou. Era una masa nutrida, sonriente, bien vestida y bien calzada, de hombres y mujeres de todas las fábricas y de todos los sindicatos, un río humano que estuvo afluyendo hasta las once de la noche. La reserva obrera de los talleres iba armada con fusiles. He aquí a la Juventud Comunista, llevando en un catafalco alegórico el cadáver de la Segunda Internacional. En grandes carrozas ornadas con carteles admonitorios se caricaturiza a Briand³⁰, a Mussolini, a Coolidge³¹, pero sobre todo a Chamberlain: en estos instantes el comunismo está saturado de

³⁰ Aristide Briand (Nantes, 28 de marzo de 1862 - París, 7 de marzo de 1932) fue un político francés, primer ministro durante la Tercera República Francesa, considerado uno de los precursores de la unidad europea. En 1926 obtuvo el Premio Nobel de la Paz, junto al ministro de relaciones exteriores alemán Gustav Stresemann, por figurar ambos entre los impulsores de los Tratados de Locarno, destinados a reforzar la paz en Europa después de la I Guerra Mundial.

³¹ John Calvin Coolidge Jr. (Vermont, 4 de julio de 1872 - ibidem, 5 de enero de 1933) fue el trigésimo presidente de los Estados Unidos (1923-29). Ganó las elecciones de 1924, se granjeó fama de conservador favorable a un Estado reducido y una mínima intervención gubernamental en la economía estadounidense. En política exterior impulsó el Pacto Briand-Kellogg, en 1928, que pretendía eliminar la guerra como sistema de resolución de conflictos. Aunque no logró sus objetivos, sí sirvió de principio a la legislación internacional que se aprobó tras la Segunda Guerra Mundial.

anglofobia. Soldados fuera de servicio van mezclados con el pueblo, que da “vivas” a la revolución universal, y “muera” a los personeros aborrecidos del imperialismo. Los *pionners* —es decir, los niños bolcheviques de las escuelas— tremolan banderitas rojas, e invitan a la rebeldía inmediata a todos los niños del mundo: las generaciones recientes son la verdadera savia de esta Rusia en tren de combate.

A eso de las seis de la tarde estalla un molote en la Tverskaia; pronto llegan los partes de avance trasmitidos por mil bocas gárrulas: alguien, desde la impunidad relativa de un balcón, dio un viva subversivo a León Trotzky, el rebelde. La turba atacó la casa, y gracias a la policía no hubo un linchamiento.

La gran parada continúa inacabablemente; los chinos hacen una exhibición de cuento de hadas, con faroles de kermesse cerebral y dragones de pesadilla, celebrando las sublevaciones recientes de Cantón.

Nunca jamás, en las tierras de occidente, se ha contemplado una fiesta semejante. El entusiasmo definitivo de este millón y medio de proletarios que yo vi desfilar por la Plaza Roja el día de la efeméride gloriosa es inolvidable y conmovedor.

Haré observar un detalle ejemplar: durante la gigantesca parada obrera *no hubo un solo viva a los hombres del gobierno allí presentes*: la representación del pueblo no tenía ninguna importancia. Sólo se vitoreaba a la República y a la enorme obra realizada, en una década, por la revolución. Sin duda alguna, en muchas cosas fundamentales los bolcheviques pueden ser nuestros maestros.

XIV

Los bolcheviques son demócratas y antiliberales: el ejercicio del poder público absolutamente entregado a la colectividad, adolece de una triste ausencia de libertad. Las repúblicas griegas, por ejemplo, eran ominosamente absolutistas. El concepto del derecho privado, es decir, de la limitación del principio absorbente de la soberanía frente a los umbrales de cada ciudadano —la “libertad”, en una palabra— es producto del ambiente jurídico de la Edad Media, tan desconocida y tan calumniada. Para encontrar los orígenes de los “derechos del hombre” —contra la opinión de muchos de nuestros tratadistas contemporáneos— es preciso retrotraerse, no a Atenas y a Roma, tan bellas, pero tan despotizadas por la autocracia del tirano unipersonal o del tirano colectivo llamado “pueblo”, sino a los pequeños señores feudales cubiertos de hierro que defendían sus privilegios ante el Rey haciéndole comprender, lanza en ristre, que existe una porción respetable de la propia individualidad que no pertenece al Estado, que es anterior a él, jardín de libre determinación, de propiedad y de franquía ante cuyas altas murallas tienen que refrenarse y descubrirse los gendarmes del poder público.

Esta antítesis de las ideas de Libertad y Estado, y lo que parece más peregrino aún, de Libertad y de Democracia —ha dicho Ortega y Gasset, el eminente filósofo español, cuyas son las teorías que anteceden— es puramente germánica. A los bárbaros pues, y no a los helenos, debemos a fin de cuentas la inviolabilidad de domicilio, la libertad de palabra y aún el habeas corpus. Es a la Edad Media, “enorme y delicada”, según el verso de Paul Ver-

laine, a quien debiéramos estar reconocidos por el goce, cada vez más perturbado, de la rebeldía ingénita que nos corresponde en virtud de la divina e inarrebatable suerte de haber nacido hombres.

Las dictaduras de extrema de derecha o de extrema izquierda, informadas por la necesidad colectiva que aspira a prevalecer sobre la necesidad personal, se expanden sobre todo el globo como un estado de transición previo a la gran *edad de las muchedumbres* que se avecina. Se respira, cada vez con más fuerza, un inaudito concepto de *Estado supernacional*, cuyo generador más potente funciona en Moscou. Hablando de esta inmensa transmutación que ilumina como una aurora los campanarios del mundo, ha dicho el Conde Hermann Keyserling, especialista en problemas de extrema vanguardia: *Jamás desde la época de la invasión de los bárbaros, pareció tan joven como hoy la estirpe humana... El estado psíquico de todos los hombres, históricamente determinados, ha cambiado de modo tan profundo que ya no hay posibilidad de una unificación en el sentido tradicional.* Todos los síntomas acusan terriblemente que asistimos a la agonía dolorosa de los derechos individuales, sacrificados en holocausto de la humanidad desencantada por las viejas culturas, que no supieron atender a la material subsistencia: en el fondo no es más que una triste cuestión de alimentos mal repartidos.

Los que sufren agitan los brazos con ira, y lo afirman así. Pero hay algo en los rincones de la sensibilidad que llora como en presencia de una gran desgracia. Apresuraos a decir todo lo que no habéis dicho todavía, pensadores del mundo que muere, porque después será ya tarde. ¡Ved cómo se hunde el hermoso y viejo trirreme de la libertad, de velas color de sueño azul, de resplandecientes remos de plata!

XV

Una orden súbita venida de lo alto, y fundada en razones que no se me ofrecieron claramente jamás —es posible que no se tratara más que de un detalle en la distribución de los alojamientos— ha hecho que, en menos de una hora, yo me encuentre trasladado de hotel. Alguien ha empaquetado de prisa mi exiguo equipaje; al volver a la *gorostinitza* he hallado sobre la cama una tarjeta firmada por el “comandante” con las señas de mi nuevo domicilio: Hotel Passage, calle de Snamensky, frente por frente al bloque del nuevo edificio de Telégrafos, cubo gigante de cemento armado, modelo de *art nouveau* en cuyas líneas audaces la mirada reposa. A la entrada del inmueble se pasea noche y día un soldado que tiene la apariencia de un plantígrado monstruoso. De su espesísimo abrigo de piel, monumento piramidal donde su cabeza y sus miembros desaparecen, no emerge más que el colmillo vaciado y agudísimo de la bayoneta. Es un capote de guardia siempre tibio, que se entrega al relevo junto con la consigna.

Hoy el camarada Georges Masel me acompañará a visitar una fábrica, de acuerdo con la petición que he hecho a la VOKS. El automóvil que nos aguarda bajo la marquesina del hostel ostenta una marca rusa en los neumáticos.

“El automóvil también —me hace notar Masel— es de fabricación soviética. En nuestra Rusia el 90 por ciento de la producción está controlada por el Estado. Somos el único país del mundo —agrega con orgullo— que nos lo fabricamos todo, que producimos todo lo que se consume, sin empréstitos, sin ayuda ninguna del extranjero”.

A derecha e izquierda de la gran avenida que comienza a desperezarse, las vitrinas de los establecimientos son un himno de gloria a la industria nacional. Masel me hace observar las cámaras fotográficas, las máquinas de escribir, los equipos de radio, los implementos de todos los oficios, producto de la industria rusa desarrollada enérgicamente en diez años de bloqueo. Con las fronteras herméticamente cerradas, sin créditos, sin maquinarias —este es el problema, aún latente, sobre el que hacen hincapié los elementos moderados para sugerir una avenencia transitoria con las Potencias— la República Comunista se ha visto obligada a fabricárselo todo, con una disciplina económica y una organización en el trabajo dignas de estudio y de admiración. Como el Estado es el único patrón y el único propietario, como son los organismos oficiales los que regulan la producción sin los inconvenientes de la concurrencia en el mercado — causa de alternativas de precio y de elevación de costo en los países burgueses— no es temerario afirmar que, si no surge una catástrofe internacional esta será dentro de unos cuantos lustros la colectividad humana más próspera del universo.

Georges Masel, igual que todos los guías que se ponen a disposición de los escritores visitantes, es un ruso directo, conocedor fiel de los asuntos, expositor conciso del fenómeno sorprendente que tantos vienen a contemplar de cerca. Como todos los bolcheviques, es un enamorado de las estadísticas, es decir: de las síntesis. Si queréis merecer su desdén habladle del tópico pintoresco, de los museos de arte infinitos donde se conserva la estéril belleza del régimen asesinado: la U. R. S. S. es ahora un laboratorio de líneas rectas, de paredes blancas, lleno

de retortas y de cálculos; el tesoro del tiempo no puede malgastarse en especulaciones sublimes. Es preciso trabajar aprisa, sin mirar a la decoración: los artistas son el ingeniero, el organizador, el estadista, el jefe de la fábrica y más que nada el obrero átomo precioso de la nueva existencia geométrica que surge. “Nuestra civilización radica en la fábrica”, decíame hace pocos días Tomsky³², Secretario General de los Sindicatos.

Mientras el automóvil corre por las calles yo observo curiosamente el paisaje urbano de Moscou, que fue para mí una constante fuente de emoción durante todo el tiempo que permanecí en la Metrópoli del marxismo. Las vitruallas se exhiben con frenesí en los escaparates, donde pantagruélicas torres de jamones curados, de arenques, de quesos, de cacharros rebosantes de caviar negro y rojo son el pedestal succulento de Lenin, ícono sagrado y obsesionante. Frente a las cooperativas un ejército matinal se alinea, cesta al brazo, en espera de los víveres que adquirirá con descuento mediante un *ticket* de sindicato. Se lee mucho: las librerías son numerosas y las ediciones, a precio de costo, además de la divulgación de toda clase de conocimientos prácticos, contienen el elogio de los héroes, los testamentos del maximalismo donde se cultiva el odio al pasado, espíritu distintivo de la nueva generación. Como el chicle en Norteamérica, aquí se mastica semillas de girasol; la costumbre tiene un abolengo asiático: en Cantón los chinos mastican semi-

³² Mijaíl Pávlovich Tomski (Kólpino, 31 de octubre de 1880 - Bólshovo, 22 de agosto de 1936) fue un sindicalista y revolucionario bolchevique. Fue el máximo dirigente del Consejo Central de Sindicatos de Rusia entre 1918 y 1929.

llas de sandía. Los restantes agujeros comerciales están ocupados por dulcerías y panaderías; Mob, en Rusia, es goloso y sensual.

La temperatura salta vertiginosamente: a las llueve de la mañana frente al Hotel, mis orejas —termómetro infalible— podían gozar del aire libre con toda impunidad; una hora después, en llegando a la verja de “Octubre Rojo”, fábrica de chocolates, hay una temperatura de dieciséis grados bajo cero. Lo que se siente cuando el mercurio se contrae detrás de ese número es difícil de comprender para la mayor parte de mis compatriotas.

En la puerta se nos atraviesa un soldado. ¡Qué mortificante es la omnipresencia del soldado! ¡Qué humillante es la vida cuando para circular, para respirar el céfiro sin dueño de la naturaleza, para mirar, para pensar, para sobrevivir es preciso enseñarle a cada instante los papeles al soldado! El soldado en la ciudad es la patente de nuestro individualismo indomable, de nuestra incapacidad para admitir las verdades impuestas por la violencia. El soldado es la probabilidad latente del motín, de la apostasía y de la revolución. Indudablemente, los que han ideado el estado de cosas más de acuerdo con la dignidad personal son los anarquistas.

Entramos, por fin: haré gracia a mis lectores de la descripción de la chocolatería, poco más o menos igual a todas las chocolaterías bien montadas; en esta, no obstante, el material humano tiene una significación especial. Está contento. No hace “sabotaje” ni conoce la palabra “huelga”. Algunos obreros y obreras dedicados a menesteres

elementales se quejan del salario, pero su queja es el baido de la oveja perdida en el bosque. Por encima de estos seres no existe un propietario ni una empresa anónima que lucre con el sudor de su frente, es cierto; pero la potencia que regula la producción, los gastos del Estado y la distribución equitativa es tan eminente, tan inescrutable y tan inaccesible, que el lamento reiterado pudiera interpretarse peligrosamente como una blasfemia contra la implacable divinidad. En la patria de la igualdad el proletario es un accionista sin control que debe someterse a la voluntad férrea de la mayoría. A la hora de votar delegó en el Soviet, que administra y manda; pero ya no le resta ni el derecho a la murmuración ¡Oh, cruel absolutismo de la Democracia!

“Entre nosotros —dícame el compañero Masel— todo el mundo tiene derecho a emitir su opinión y a impugnar, en los términos más rudos, las opiniones de los demás, ya sea en el seno del Soviet de fábrica, elemento fundamental de nuestra organización, en el Soviet que pudiéramos llamar municipal o en los Soviets nacionales; pero una vez que el proyecto, depurado por la discusión —*prenya*— se convierte en ley por la acción cristalizante de las mayorías soberanas, no puede combatirse sin incurrir en un grave delito. La Mayoría es nuestro déspota, nuestro Dios todopoderoso. El ciudadano que la desacata o la hiere, aunque sea con la lengua nada más, es considerado como un odioso traidor a la patria: ahora comprenderá usted por qué León Trotsky³³ ha sido irradiado del Partido Comunista, a pesar de haber sido un apóstol de la Revolu-

³³ Carbó utiliza indistintamente Trotzky o Trotsky. Actualmente se acepta Trotsky.

ción: va contra los acuerdos en firme de las mayorías; si su patriotismo no le ilumina y continúa agravando la discordia, nada de extraño tiene que algún día, con dolor de nuestro corazón, nos veamos obligados a fusilarlo...”

Los chocolateros trabajan alegremente en las máquinas de hacer bombones, las mujeres, mozas garridas que dejan transparentar el busto mórbido bajo una blusa escotada de tela blanquísima, nos ofrecen la golosina negra manipulada por sus manos junto con la golosina aún más tentadora de su sonrisa, roja y húmeda como granos de granada. Es una horda de juventud satisfecha de la vida. La U. R. S. S. las trata con dulzura, las ha dignificado y en parte les ha resuelto —en otra ocasión diré cómo— sus problemas pasionales, que en las pobres mujeres son la única razón de existir. Yo, a través del ruso Georges, les hago toda clase de preguntas.

“Ganamos bastante, tenemos voto, en la fábrica tenemos escuela, club, y *nursery* y *kindergarten* para nuestros hijos y nuestros hermanitos. ¿Qué más podemos desear?”

Estas palabras son vertidas por un rostro sincero y radiante que borra toda sospecha de mixtificación. Hay una cuestión inocente que se me plantea sin cesar por estas lysistratas de inquietos ojos negros, más abundantes en Rusia que los ojos azules, tan engañosos y tan llenos de luz:

“¿Cómo viven las mujeres en su país?... ¿A qué esperan para reclamar sus derechos, para ser como los hombres?... ¿Cuándo se lanzan, por fin, a la revolución?... ¿Por qué demoran tanto en sublevarse, *tovarish*?”

Y cuando evocan la tormentosa rebeldía, cuando sugieren la turbulencia roja que sus padres y sus hermanos y sus maridos consideran como la única medicina eficaz para aliviar el dolor de los que gimen y esperan siempre, atalayando en las lejanías el sol de la justicia perfecta que no surgirá jamás, en sus manos ágiles de proletarias hay un relampaguear de armas desenvainadas...

Pero no hay nada que temer: son los papeles de plata con que envuelven las pastillas de chocolate.

Entre las máquinas transitan estudiantes que hacen su curso industrial; se nos acercan; son amables, con esa cordialidad espontánea que tienen los rusos, la raza más hospitalaria y más acogedora de todas las razas.

Cierta noche, frente al Teatro de la Ópera, un militar ebrio —conste que fue el único borracho que vi en Moscou— me dio un pisotón digno de la inmortalidad: aquel mastodonte me trituró el pie. Tales fueron las excusas que me brindó en su lenguaje claro, musical pero ininteligible, tal fue la pena honda del soldado por la torpeza cometida, expresada con gestos tan delicados, con frases que debían contener disculpas tan finas, que no sabiendo cómo corresponder para calmar su inconsolable confusión, no pudiendo hacerme entender de otra manera, lo abracé estrechamente como se abraza a un hermano querido, y poco faltó para que estampara en sus mejillas el ósculo de la paz. Quién sabe la muchedumbre me tomó por loco, pero íntimamente yo gozaba la satisfacción del deber cumplido.

¡País maravilloso, país único donde el fuego del sol se esconde, por un milagro, bajo la blanca mortaja de la nieve, y azota los pensamientos y los corazones en una carrera velocísima hacia la meta de las cosas inespera-

das! Rusia: yo no te comprendo bien. Nadie tampoco te comprende bien. Eres un peregrino terco y valeroso que tantea desesperadamente sus caminos, con una agria y santa fe en lo que ha de suceder. Todavía no es este el sendero tuyo, el sendero de nosotros: pero algún día lo encontrarás Yo creo en ti.

XVI

El panorama de la noche. Cuando se está lejos es necesario defenderse de la soledad, peligroso enemigo: nuestro espíritu es un inmenso hotel habitado por los ausentes, fantasmas exigentes que no quieren dormir, que golpean sin tregua en la puerta del corazón, a los cuales es preciso sacar a paseo como si fueran niños turbulentos, para que no nos hieran demasiado. Esta es la soledad: el imperio de los recuerdos, el motín nervioso de los ausentes. La soledad es, pues, una excesiva compañía que no resiste nuestra sensibilidad.

Los espectros que viven en nosotros nos llaman, nos acosan, nos preguntan, a veces se irritan y nos aprietan el cuello hasta asfixiarnos, y hay que llevarlos a la calle, arrastrándolos por la escalera tumultuosamente, porque son fuertes y astutos, para vencerlos en complicidad con la ciudad y con la noche. ¡Dichosos aquellos a quienes sólo visitan los muertos! En ese mundo cuatridimensional que ahora Einstein explora, cuya existencia han demostrado ya las matemáticas, se mueven, según todos los informes, los seres que no tienen ya existencia tangible. (He aquí un emocionante conocimiento de vanguardia, que pasará a los textos universitarios antes de que termine el siglo). Pero las voces perdidas que de él nos llegan contienen la dulzura consolatrix de las grandes transfiguraciones: no hay por qué temer la exquisita palabra de los muertos, tan serena y tan alta como las estrellas. Son los ausentes quienes nos esclavizan. Nuestros enemigos son los ausentes a quienes amamos y que nos aman con todos los egoísmos de la tierra, cuyo cerebro, poderosísima antena, nos trasmite toda

clase de mensajes sin cesar, a través de distancias infranqueables todavía para el radio.

Cuando estamos lejos, cuando estamos solos —¡nunca estamos solos cuando estamos lejos!—, cuando la noche comienza a desvanecer el filo de las neuronas excitadas convirtiendo maravillosamente el óleo vigoroso de la vigilia en las acuarelas del sueño, vibra de repente la campana alarmante de los pensamientos que vuelan sobre el mar... Por el techo, por las paredes, por la puerta cerrada de nuestra habitación se filtra una horda salvaje... ¡No son los recuerdos! ¡Son los ausentes que llegan, agitando los brazos como una tripulación sublevada! ¡Son los ausentes, nuestros dueños, que nos recriminan, que nos observan, que nos llaman, que nos vigilan, que nos envuelven con el manto de su influencia subconsciente y prodigiosa! ¡Lágrimas de Calipso y piedras vengativas de los cíclopes sacuden la nave de Ulises, huidor de las orillas! ¡Levántate y anda, viajero! No importa que la nieve te azote el rostro, que el frío te haga sangrar la nariz, amiga de los tibios perfumes de la patria. ¡Agarra a tus ausentes, que no te dejarán dormir hasta el alba y empújalos a la calle; defiéndete de ellos mostrándoles la ciudad desconocida, cegándolos con las luces eléctricas, aturdiéndolos con el ruido y con la música de la noche!

Para dar tiempo a que comience el teatro, entramos en el café cantante. El ambiente está recargado de humo: es el rubio tabaco de Crimea, que arde en el turíbulo de mil bocas. La concurrencia bebe y come de firme. No se concibe un ruso ante una mesa sin un plato y un cubierto delante.

El aspecto de todos es saludable y satisfecho; se trata de una raza aldeana, de carrillos sonrosados, plena de fe en sí misma, con una terrible confianza en su poderío y en su indestructibilidad. Lenin les dijo que eran fuertes, que serían los mentores del universo, que serían invencibles, y ellos lo han creído con toda el alma. Hay soldados —¡siempre los soldados!— obreros de las fábricas y empleados del Mussoviet (Soviet de Moscou). Poro todos son de la misma, de la única casta proletaria, todos son *tovarish*. Georges Masel y yo nos sentamos junto al tablado que hace de escena, alrededor de una mesa que nos indica el camarada que funge de *maitre*, al cual Masel trata con la confianza de los parroquianos que no faltan jamás. En la mesa contigua un ciudadano de alto gorro de astrakán lee el *Pravda* a dos amigas, que ríen de buena gana: debe ser un chiste ruso. Las mujeres llevan sombrero en su mayor parte, pero los hombres usan frecuentemente gorra: en un país frío esto es más lógico y más barato. Sobre el tablado, un grupo de cantadoras en semicírculo, realzadas en su gitana belleza por mantones de seda —parece que estamos en Andalucía— entona endechas que una, la más fea del conjunto, de voz de contralto, termina con un *leitmotiv* acompañado por las guitarras y las balalaikas. Hay un jefe en el coro: es un tipo gordo y saltarín, vestido con una túnica negra y una chaquetilla roja. Cuando una de las muchachas se pone a bailar —trigueña, magra, de pelo de endrina pegado a las sienes—, recordamos a la Pastora Imperio en el momento solemne y litúrgico del garrotín. Las mismas figuras, el mismo ondular de ofidio en las manos morenas, el mismo vaivén de caderas, el mismo contoneo del torso. ¡De qué manera tan profunda el Asia ha influido en la Europa, desde los Urales hasta Gibraltar!

Ahora la bailarina, poseída por un *shimmy* velocísimo, agita los hombros vertiginosamente; su rostro sonriente se torna grave, por una contracción refleja entre los pectorales y los músculos de la faz. Afuera, una compañía de soldados pasa cantando. Las voces acompasadas y viriles de la tropa en marcha es algo característico de Moscou.

“Es el Ejército del Mundo”, dice sentenciosamente Masel. La universalización de todas las fuerzas nacionales es algo aquí muy característico también.

Nos vamos; es tarde ya. Pero antes de partir recibo una sorpresa: una de las muchachas, acompañada por la orquesta, cantó la habanera “Tú”, de Eduardo Sánchez de Fuentes. Después la oí con mucha frecuencia: era la canción de moda en toda la República de los Soviets. La letra, en este idioma tan claro, pronunciado ardientemente con los labios semiabiertos ¿será el mismo madrigal que se desliza a lo largo de la celeberrima composición musical, tal como nosotros la conocemos?

XVII

Bajamos a la Tverskaia, florecida en el bullicio pleno de la nocturnidad. En las esquinas, el timbre largo y agudo de los tranvías se trenza con los gritos de los conductores de *itzvoschik*. Sobre la línea de las tiendas, en las altas ventanas, flores tristes miran a los focos eléctricos a través de los cristales, como niñas castigadas a quienes la madre no permitiera salir de paseo.

Después de recorrer un laberinto de callejuelas tenebrosas en cuyas encrucijadas de leyenda fulguran pálidamente dorados íconos, despojos conmovedores de la tradicional, nuestro automóvil llega al Teatro Experimental de Meyerhold³⁴. En el vestíbulo se mueve un entrevero popular, si no vestido de etiqueta, por lo menos correctamente vestido, bien abrigado y perfectamente aseado. La compostura y el buen humor habitual prevalecen aquí como en todas partes. Hay *vestiaire*, como en París.

“La finalidad del comunismo, observa Georges Maset, no es que todos andemos en blusa, sino que todos por igual estemos bien vestidos. Si usted vuelve dentro

³⁴ Vsévolod Emílievich Meyerhold (Penza, 28 de enero de 1874-Moscú, 2 de febrero de 1940) fue director teatral, actor y teórico ruso, impulsor de la biomecánica teatral y otras técnicas vanguardistas del teatro del siglo XX. Meyerhold se opuso al academicismo y al realismo socialista. En 1930, cuando Stalin atacó todo arte de vanguardia y experimentación, sus trabajos fueron considerados “alienantes” para el pueblo soviético. En 1938 se cerró su teatro y un año después fue encarcelado. Siguiendo el método de las purgas estalinistas, se lo obligó por la fuerza a confesar y arrepentirse de su “desviación política”. El 2 de febrero de 1940 fue fusilado.

de unos cuantos años verá con sorpresa que el aspecto exterior de nuestras multitudes es perfectamente burgués; y es posible que, si demora su próximo viaje unos cuantos lustros, nos encuentre a todos con automóvil... Todo depende del aumento de la producción en los tiempos próximos.”

Ojos negros, cabellos oscuros por doquier. Mujercitas curiosas, que cuchichean y sonríen; un público latino, en fin, con toda nuestra movilidad imaginativa.

La escena, de un simplismo ultramoderno, representa un muelle de Hongkong, junto al cual se ve el puente de un acorazado. Mientras los tramoyistas y utileros arreglan la *mise en scène*, operación que se realiza siempre a la vista del espectador, como en el teatro chino, uno de los actores se adelanta hada el público, a manera de los prólogos griegos, para explicar el argumento.

—*¡Tovarish!*...

Pero la sala es un mosconeo confuso, que no permite oír distintamente lo que dice el compañero comediante.

—*¡Tovarish!*...

Al fin logra colocarnos su arenga, que termina como de costumbre por un grito de salutación a la República y por las notas de la Internacional, coreada por el auditorio. La Revolución no pierde un instante en su labor de enardecimiento y de propaganda.

La obra que se representa está dedicada a revelar a las masas —eterno tubo de ensayo de la química marxista— el trato inhumano que padecen los culíes en las factorías del Pacífico asiático, expoliado ávidamente por las grandes potencias. En el muelle simbólico de Meyerhold los ex-hombres amarillos, abrumados por el peso excesivo de los sacos de arroz y del golpe crudelísimo

de los latigazos, se confabulan para la rebelión. Hay un americano —*amerikanski*— y un inglés —*angliski*— que los explotan, los vejan y los pagan. Cuando los infelices jayanes desmayan en su esclavitud, rendidos por el cansancio, el castigo recrudece y los gruesos cañones imperialistas giran hacia la costa, listos para barrer al proletariado subversivo, cuyo único delito consiste en pedir clemencia a los amos todopoderosos. Después de mil incidentes desgarradores, la cosa termina, como es de suponer, en un irrefrenable motín, capitaneado por el *leader*, egregio perfil en el ambiente de las nuevas ideas avasalladoras. Son cuatro larguísimos actos que la reunión vitorea cálidamente, siempre ardorosa cuando, en el teatro o en la vida, el siervo bate al amo o el proletario aplasta al burgués.

Pero este aspecto pedagógico y tendencioso no es lo más interesante en la escena experimental del Teatro Meyerhold; Rusia, como país de sensaciones imprevistas, es una cantera inagotable. En Meyerhold esplende victoriosamente el arte nuevo, tanto en la decoración como en la ejecución. La simplicidad es rigurosa: cada cosa no es la copia del objeto que se pretende exhibir, sino su evocación, su símbolo condensado. Igual que en la nueva escuela pictórica que tuvo su prístina fuente en las doctrinas estéticas de Guillaume Apollinaire, de las cuales derivó Picasso su obra cerebral y grandiosa, en los teatros “experimentales” de Moscou la *mise en scène* descriptiva y minuciosa ha desaparecido de modo radical: repetimos una vez más que los chinos, mucho antes de que aparecieran Picasso y Apollinaire, fueron los precursores.

Pelucas rojas, verdes, violetas, azules —resplandores de *music hall*, la más avanzada de nuestras manifestacio-

nes escénicas— caracterizan a los distintos personajes, haciéndolos gratos a la lógica de los sentidos, tan olvidada por la cultura que hoy resbala hacia la decadencia. Hay un conjunto brillante y armonioso que obliga a fijar la atención de los más indiferentes. En algunas obras — yo fui un asistente fanático en la sala de Meyerhold— letreros proyectados en una pantalla, como en las películas, aclaran las tesis de los distintos cuadros: la ficción no tiene mixtificaciones infantiles: el telón permanece en alto desde el principio hasta el fin de la representación, y las distintas mutaciones se hacen bajo la mirada del espectador, al cual no hay por qué tomarle el pelo.

Y ahora viene lo más sorprendente: la simultaneidad en la acción. El escenario, potencialmente, tiene una extensión enorme en el espacio. Dentro del estrecho palco de madera, tormento de nuestros más ilustres dramaturgos, ocurren sucesos concomitantes, imprescindibles al desarrollo del proceso dramático, que en la vida se desenvuelven en lugares diversos; pero que en la realidad psíquica resultan sincronizados por el pensamiento, factor decisivo en el trabajo del escritor y del artista. Es el cubismo aplicado al teatro.

Esto, desconocido hasta ahora, es invención exclusiva de los rusos. A primera vista parece confuso para nuestras mentes reacias y antibolcheviques; pero arroja una inmensa claridad sobre el campo limitado del arte, cuya finalidad es la emoción perdurable por un milagro de síntesis. Cosas hay en la naturaleza que guardan una íntima relación entre sí, cuyo efecto depende principalísi-

mamente de que *están ocurriendo al mismo tiempo*. Esto es completamente real: esto es la vida, en una palabra. ¿Por qué exponerlas cronológicamente, en una absoluta sucesión que violenta el sentido del vivir? ¿Por qué no *sincronizarlas*, ensanchando los horizontes del teatro, tan aherrojado por los más inaceptables convencionalismos, y ofrecer así una visión isócrona y concurrente del vasto mundo, la más extensa que pueda caber dentro de las dos horas que tiene disponibles el espectador?

En un mismo espacio de tiempo contado por el reloj —he aquí la relatividad de Einstein— los autores y los actores de Meyerhold acumulan mayor cantidad de vida que los animadores de cualquier otra escena en el Universo, por medio del sincronismo prodigioso en la acción. La situación preparatoria del próximo acto —esta es la técnica— se realiza en el acto primero y en los segundos términos del tablado: sólo el desenlace definitivo brilla solitario, destacándose del tumulto de los hechos pasados como la joya resplandeciente que surge, terminada ya, de entre las herramientas del orfebre.

Es claro que nada de esto sería posible sin una predisposición especial del público, que goza —por lo menos el que concurre a Meyerhold— de una comprensibilidad inquestionablemente superior.

Fallecida la libre determinación individual a golpes de culata de fusil, no queda más que lo que ofrece el Estado, fuente única de sabiduría, de iniciativa y de riqueza. Espanta el pensar la cantidad de rigor que sufre un pueblo desde el momento en que se erige en su propio monarca absoluto, asfixiado por todos los deberes y todas las responsabilidades. Por una paradójica ecuación cuyas incógnitas han despejado los maximalistas, el obre-

ro convertido en patrón deviene el más despotizado de los hombres: todas las fórmulas que elaboró se vuelven contra él; en la Revolución Rusa, movida por un criterio radical que segó sin piedad todo lo que no coadyuvase a la felicidad colectiva de “la masa”, se ha reglamentado hasta el puro goce del arte: hoy prevalece por virtud del ukase de las mayorías un placer de muchedumbre, al que debe forzosamente adaptarse el paladar del hombre-hormiga.

El criterio colectivo, en esto como en todo, tiene que permanecer paralelo a las bayonetas. Se formará un gusto nuevo, sin embargo, que ha de trascender más allá de la frontera, válvula de corriente irreversible.

¿Cómo actuará esta nueva emanación del bloque ardiente sobre los públicos de la Europa peninsular, sobre la América hambrienta de orientaciones ideológicas?... ¡He aquí un problema que dejo a los exégetas, a los arúspices y a los nigromantes de la Belleza Inmortal!

XVIII

Instintivamente, los rusos tienden al colectivismo. El espíritu de jerarquía es en ellos congénito: como los patos, que emigran en bandadas persiguiendo la primavera, los rusos vuelan a través de la historia siempre en formación triangular. Hay en ellos algo subconsciente que los impulsa al coro ucraniano; sin embargo, las orquestas de cuerda constituyen una excepción de la regla: no tienen director. La causa de esta anomalía es un misterio para mí. Todo obedece al sistema simétrico del Soviet, concéntrico y piramidal; todo, menos la música. El viajero no olvida jamás la tempestad deliciosa de los violines rusos, oída mil veces, tan emotiva y tan patética que sus resonancias afectan al corazón: pero nunca se explicará por qué y cómo aquellos conjuntos pueden trabajar sin jefe visible, sin una batuta reguladora de la expresión y del ritmo. Es un milagro de anarquía armónica que sólo es posible en el arte.

He aquí una de mis meditaciones durante el banquete ofrecido por la Asociación de Artistas Revolucionarios durante las fiestas del Aniversario, “revolucionarios” nada más que de nombre —tal vez sus miembros fueran todos distinguidísimos comunistas—, porque los cuadros que colgaban de las paredes tenían todos un inconfundible sabor académico. Cuando más, algunos se aventuraban hasta el impresionismo nervioso de Monet. (Monet, el exquisito Monet, a quien se acusó de matar la perdurabilidad de la vida en holocausto de la emoción instantánea, hecha de movimiento y de luz.)

Pero la Asociación de Artistas de Moscou no está compuesta exclusivamente de pintores: sus miembros

son hijos espirituales de casi todas las Musas. Se han recitado versos en ruso y en francés, el más literario de todos los idiomas, el más insigne también de todos los instrumentos de declamación. Se ha cantado. Se ha bailado la danza campestre de Ucrania, dionisiaca y acrobática. Alguien se extralimitó en el uso del vodka y fue irradiado vigorosamente del local, sin escándalo, sin un grito, sin un comentario: un atentado contra la buena educación no se soporta nunca por estas gentes corteses y respetuosas.

La comida fue selecta, como de costumbre: gelatinas policromadas dignas del paladar de Lúculo, caviar del Volga, cuyos glóbulos de ámbar, polarizados por las lámparas eléctricas, cobran el fabuloso prestigio de un tesoro de gemas orientales, orgullo senil de un poderoso Khan. Y en redor de la mesa, el florilegio inmachito de las mujeres, fiesta para los ojos, galardón omnipresente del maximalismo, que les abrió las puertas de la dignidad cívica.

Aquí el tipo humano es múltiple: este, de melena lacia y negra, recuerda a Gorki en su juventud, cuando era amigo inseparable de Chaliapin. Aquél, de cabeza braquicéfala, debe tener ascendencia teutona. El ejemplar combativo y prognato de los hombres de Cromañón junto al fino lebrél intelectual, producto intermitente de la raza, que procede por saltos. Hay manos gruesas y rojizas, hombros sólidos y alientos de acción: ¿será el *bárbaro tecnificado* que señala Keiserling como representativo humano del mundo que nace? En resumidas cuentas: no existe un tipo “ruso”. Si algo se puede identificar en esta mescolanza étnica es el perfil judío, nervio de la revolución; la idea universalista, el principio de supernacionalidad que distingue toda la obra ingente de Lenin y sus compañeros es algo exclusivo de la psicología de los hijos de Israel.

Sus rostros de ojillos perforantes, sus narices aguileñas y ávidas prevalecen en los dominios de Demos Imperator, saltando de la extrema belleza a la extrema fealdad.

¡Y las mujeres! ¡Volvamos los ojos al espectáculo grato de las mujeres! ¡Leamos en el libro extraño de sus ojos, sepamos sus nombres, pero pronunciado por la buena palabra de su boca! El nombre de las mujeres, su nombre, síntesis de su personalidad, compendio de su pasado y de su alma, no es como nosotros lo pronunciamos: su nombre es exclusivamente como lo dicen ellas, que se miran por dentro y se exaltan un poco cuando lo revelan. Lo demás es un distintivo, un número de registro civil, de cárcel o de cuartel... *La llaman María...* Pero *su* nombre, *su* nombre grandioso, envolvedor de todo un mundo introvertido hacia el cerebro y el corazón, es ese pequeño grupo de sonidos harmónicos que florece en sus labios —y que nadie podrá interpretar— cuando ella dice no cómo la llaman, sino cómo ella se llama. Es lástima que esta bella observación, tan mía y tan original, no sea comprendida y premiada por alguna academia.

He aquí algunos nombres de las damas que concurrieron a aquel banquete, tal como ellas los han escrito en mi cuaderno de notas:

Heléne Pavlovna, Fior Shlossberg. Olia Rashinskaya. Katinka, Galia, Maroussia, Sonia, Valia, Lisa, Moussia, Winochka, Raichka, Ania, Irochka, Naddya, Lenochka, Varia, Alexandra, Dounia...

¡Qué difícil es describirlas, aun escogiendo como sujeto las más hermosas! Caras planas de hembras del

Turkestán, que ocultan espíritus inéditos de la campiña, lamidas por una llamarada de rosa que sube desde la mandíbula hasta la sien, en una gradación cromática de manzanas bien maduras. Caras ovaladas, de frente amplia e intelectual, de bordes superciliares altos como arcos triunfales, dando sombra a pupilas violeta: así era la mujer que pintaba siempre Leonardo de Vinci. Caras más espirituales, más largas aún, caras de almendra, de mentón parabólico, montadas sobre largos cuellos de cisne, vistas en los cuadros de Botticelli. “Madonnas” peinadas en bandós negros que se recogen sobre la nuca, de cejas muy finas, bellezas aristocráticas con una aristocracia que no pudo destronar el pobrecito Ilich, de ojos pardos, hondos y tristes, defendidos por la marquesina de las pestañas, a cuya sombra parece que duerme un dulce mirar. Cabelleras rubias, lujosos cascos de oro grueso y rico, bajo los cuales alumbran unos ojos azules del color celeste y fresco de los hontanares en la montaña, gratos a los dioses con sed. Recias colas de potro salvaje, mutiladas por la moda a la altura de los zarcillos, luctuosas y relucientes con el aceite de la juventud. Cabellos de rútilo; encrespadas melenas de jacinto; pupilas verdes de sirena; pupilas irisadas como piedras preciosas —tales eran las que buscaba el Señor de Phocas—; ojos claros que mirados de lejos parecen oscuros; pupilas negras, con ese negro rojizo del té de Ceilán, alargados con el lápiz azul y engrandecidos por el *rimmel*... ¡Amplias carnes rubicundas de Rubens en extraña convivencia junto a enjutas y morenas andaluzas de Zuloaga! ¿Bajo qué sol se tostó esa epidermis de Katinka? ¿Qué filtro de hechicería pulió, hasta hacerlas brotar sangre, las blancuras perlinas de los hombros de Maroussia? Algunas tienen el hieratismo

perlático de los Buddhas de ojos de ranura, vistos en los santuarios de Kamakura y de Kioto; otras, dinámicas y sensuales, poseen tal expresión de ansias insatisfechas en la húmeda inquietud de los labios, que parece que van a hablar en el lánguido castellano de América. Unas son pequeñas, como bibelots; otras son amazonas pujantes. Las hay gorditas, de insuficiente secreción tiroidea; pero las más son flexibles, ondulantes, descoyuntadas igual que las bacantes ingravidas del ballet...

XIX

Sentada junto a mí está una *tovarish* sorprendente: es rubia, fornida y jocunda. Hay unos cuantos moldes humanos que se repiten en todas las razas de la especie, pero esta es una hembra desclasificada: su melena es de fibra de oro lacio, tan pálido que casi es ceniciento; su nariz es correcta y delgada, pero sus labios son gruesos, y tienen unos pómulos y unos ojos terriblemente mongólicos. Se llama Ilá-riyá Dimitrievna: la extraña cadencia de su verdadero nombre, es decir, de cómo ella se nombra a sí misma, ya sabéis que es cosa intransferible. Nació en el Ural; sus padres son rusos, pero tiene dos abuelos tártaros.

—Ilá-riyá Dimitrievna —aventuro yo en francés, que ella domina bastante—, usted debe saber que yo vengo de muy lejos, y que he venido, como todo el mundo, para aprender muchas cosas. ¿Sería usted tan bondadosa que me hablase algo de los asuntos femeninos de la República... la cuestión del matrimonio, por ejemplo?

Estuve largo tiempo hablando con la tártara gentil. Intentaré reconstruir sus respuestas de aquella noche imborrable en la sucesión de las noches.

—Nosotras nos casamos y nos descasamos con facilidad asombrosa —dijo Ilá-riyá Dimitrievna— y para que me comprenda bien voy a ponerle un ejemplo: usted y yo nos queremos casar...

—Un poco difícil, Ilá-riyá Dimitrievna...

—¡Es un ejemplo, *tovarish*! Usted y yo nos queremos casar y mañana por la mañana, a primera hora, sin más formalidades. que la presentación de nuestros papeles de identificación, nos aparecemos en el buró de Estado

Civil, contestamos a un pequeño cuestionario, se levanta un acta, y ya está...

—¿Y si a los quince días nos queremos divorciar?

—Pues volvemos al buró, hacemos constar nuestra voluntad de deshacer lo hecho, sin más explicaciones... y ya está.

—Pero supongamos que yo soy para usted un pésimo marido, que me emborracho, que no duermo en casa jamás, que la maltrato...

—¡Maltratarme! ¡Engañarme! ¡No dormir en casa!... Eso quiere decir entonces que usted no me puede soportar, que ama a otra, que no me ama ya... Y en ese caso la ley soviética corta por lo sano, economizando penas inútiles y adulterios inevitables: el cónyuge inconforme, entre nosotros, no necesita inventar historias ridículas ni preparar fantásticos negocios en el campo para “correrla” impunemente con la dama de sus pensamientos: estamos casados, ¿verdad? pero a usted le gusta otra ¿verdad? o no le gusta ninguna determinada, ni yo tampoco... Pues usted va muy tempranito al buró y dice: “yo me llamo Fulano de Tal y estoy casado con Ilá-riyá Dimitrievna; estoy harto de mi mujer, porque ronca mucho, o porque me he convencido de que me gustan las mujeres con muchos lunares y ella no tiene más que dos. ¡Quiero divorciarme, vaya!” Se levanta un acta, la firma usted y a mí me remiten una copia, con objeto de que yo sepa que estoy de nuevo soltera y que puedo irme con la música a otra parte. ¡Asunto concluido!... Como supondrá, yo tengo el mismo derecho de dejarlo plantado en el momento que me dé la gana. ¡Tranquilidad absoluta en el matrimonio! ¡Seguridad plena de ser amados! El matrimonio debe ser lo que es, amigo mío; dejémonos ya de vivir en las nubes:

un negocio de amor, y nada más... Cargar a lo largo de la existencia con el cadáver de una pasión, bajo el látigo de vuestras leyes hipócritas que violentan los principios naturales en obsequio de las miserables cuestioncillas económicas... ¡Qué asco, qué depravación!

—Un momento, Ilá-riyá Dimitrievna. No discuto que esas concepciones sean bellísimas: pero vamos a imaginar que, en el momento de nuestra facilísima separación, usted está en cinta, o tenemos ya un pequeñín, revoltoso y rubio como usted, perfectamente inocente de nuestras equivocaciones o de nuestras veleidades...

—Muy bien. Analicemos el caso. Usted se va de mi lado, sin más motivo que sus caprichos, hiriéndome en el corazón, al cual nosotros tratamos de reformar un poco, borrándole ciertos sentimentalismos demasiado... latinos, que estorban bastante la felicidad, única meta de la U. R. S. S.: pero usted queda obligado a mantenerme y a mantener al pequeño y a educarlo hasta la edad de ocho años, tiempo durante el cual los códigos soviéticos — orientados hacia la protección de la maternidad y de la infancia— consideran que una madre está incapacitada para trabajar.

—¿Y si yo no reconozco al pequeño...?

—Si nos hemos divorciado antes del parto y usted no quiere reconocer a su hijo, no importa: aun cuando no nos hubiésemos casado nunca, *en Rusia no hay hijos ilegítimos*. Lo reconoce usted o lo reconozco yo o lo reconoce el Estado, que se encarga de seguir educándolo hasta la Universidad, si es preciso y el muchacho lo quiere así, a partir de los ocho años de edad. ¡Pero permítame suponer que usted es un redomado sinvergüenza, o un enfermo, y que yo no quiero echar al mundo un niño abrumado

por taras hereditarias, que no me conviene tener un niño, vamos, por razones de trabajo, de estudio o de familia!...

—Es interesante saber cómo se las compondría usted en ese caso, llá-riyá Dimitrievna...

—¿Cómo? Pues voy a la clínica, como antes había ido al Buró de Estado Civil, hago patente mi voluntad de desembarazarme de lo que me estorba, y si los médicos dictaminan que la operación no es perjudicial a mi salud y no tengo más de siete semanas... ¡Zas! ¡A otra cosa! Aunque le advierto que el asunto va adelante de todas maneras si, después de enterada de los peligros que corro, yo insisto en ser operada: la única diferencia es que, en este segundo caso, yo tengo que pagar los gastos de mi bolsillo. En Rusia, la mujer es dueña absoluta de su cuerpo, y por lo tanto no puede ser obligada a soportar una maternidad que la contraría, cualquiera que sea el motivo. Estamos protegidas por el derecho al aborto, amigo mío, nosotras, tan buenas madres como las primeras que pueda haber en el mundo...

—¡Permítame que no lea jamás esa aterradora estadística, llá-riyá Dimitrievna!

—Léalas con toda tranquilidad, *tovarish*. Las estadísticas, sin embargo, prueban que aquí, donde los abortos están autorizados, son menos numerosos que en la civilizadísima Francia, país en que eso se persigue y castiga con rigor. El soviét fomenta la procreación y defiende como ningún otro país en el universo a la madre y al niño: pero concede absoluta libertad a la mujer. La que tiene un hijo es porque así lo quiere, no por accidente lamentable, como ocurre tantas veces entre ustedes... los burgueses. Y hay más toda vía: una comisión de médicos reputadísimo está en estos momentos estudiando cuáles son los

productos anticoncepcionales más inofensivos y más seguros, para recomendarlos al público por medio de los periódicos. Es injusto dejar a las clases laboriosas de la libre Rusia sumidas en la ignorancia de conocimientos tan importantes. ¡La igualdad por encima de todo, camarada!

—¿Y qué diferencia hay —insisto yo una vez más— entre un matrimonio legal y una libre unión, puesto que todos los privilegios le corresponden al amor, augusto soberano?

Ilá-riyá Dimitrievna ríe con el teclado sonoro de sus dientes blanquísimos, con sus claros y profundos ojos de miradas magnéticas, como los ojos de los intersexuales.

—Es usted demasiado preguntón, y mejor sería que bailásemos este *fox* en lugar de filosofar tanto... La vida debe vivirse y no comentarse; el más emocionante de los deportes es vivir la vida... Mire: en Rusia no existe ninguna diferencia entre dos casados y dos “arrimados”. Un hombre y una mujer que se aman no conocen más norma que la de su mutua ternura, cualquiera que sea su situación marital; esto, aceptado gustosamente por la sociedad, da por resultado que lo que ustedes llaman desdeñosamente “concubinato” sea cada vez más numeroso, puesto que la unión civil y religiosa no ofrece ventajas de ninguna clase. Este es el paraíso de los enamorados, amigo mío...

*¡Amémonos, amémonos! De la hora pasajera
gocemos, retardando su inevitable adiós...*

Usted, que es escritor, conoce seguramente los versos apasionados de Lamartine... Pues bien: la legislación soviética en materia de relaciones sexuales no es más que

un delicioso madrigal. Por eso trabajamos; por eso estamos alegres; la vida del mundo está envenenada porque el amor, en todas partes menos aquí, está perseguido como un crimen... ¡Bailemos un poco, *tovarish*, que la existencia se acaba pronto!... ¿Recuerda usted cómo continúa la estrofa?

*El hombre no halla puerto ni el tiempo halla ribera;
huye, y nos lleva en pos!*

Así se piensa y se actúa en cuestiones sexuales allá en el inquietante país donde se lucha sin tregua para materializar todos los sueños de ventura. Pero existen principios inmutables que limitan las ficciones de los hombres, principios inherentes a la naturaleza congénita: las mujeres, sintiéndose libres en medio de la bacanal, no han perdido el pudor, piedra angular de la dignidad femenina.

La vida rusa de hoy no es una vida inmoral. La hembra bolchevique tiene un honor altanero que contrasta con la ligereza —algo desencantadora— de otras muchas mujeres de la América sajona y de la Europa continental. ¡Usted recordará que yo puse punto final a nuestra entrevista de aquella noche con esta vindicativa afirmación, y que usted me la agradeció mucho “como maximalista y como mujer”, oh adorable y mongólica Ilá-riyá Dimi-trievna!

XX

—*¡Tovarish piribotshi!*

Una voz varonil, en los corredores del Palacio de los Sindicatos, llama a los camaradas intérpretes.

—*¡Tovarish piribotshi!*

Tres o cuatro muchachuelas, vivarachas y elegantes como *flappers* neoyorkinas, se acercan cuaderno y lápiz en ristre. El gran Boukharin va a contestar unas cuantas preguntas que le han hecho los periodistas extranjeros y quiere que sus palabras sean oídas y entendidas por todos. Los hombres de esta democracia tienen una reciedumbre tal, una pujanza moral tan inmensa, una autoridad tan absoluta cuando hablan y cuando actúan; hacen tal contraste con los políticos despreciables de nuestras decadencias, descalificados por la opinión, mentirosillos y desconfiados, que el mero hecho de acercarse a uno de ellos constituye para el extranjero un inolvidable espectáculo. Su grandeza está cimentada en su sinceridad, en su energía heroica y en su honradez personal. Hasta la popularidad excesiva empañaría el cristal de su magnetismo: en Rusia no se conciben las adulaciones abyectas de América, donde el nauseabundo incienso de los turiferarios empequeñece a los gobernantes, haciendo que las almas verdaderamente viriles rehúyan por irrespirable el que debiera ser purísimo ambiente del Acrópolis del poderío. Los Dictadores rusos, los más fuertes y más legítimos dictadores de la era presente, no toleran ni que se les vitoree en público, porque tienen la fina intuición de que toda mojiganga aparatosa pondría en ridículo su férrea omnipotencia. Los “¡Viva Fulano!” los homenajes

y los artículos elogiásticos están en la U. R. S. S. completamente retirados de la circulación.

Por eso, cuando aparece Boukharin, discípulo de Lenin, apóstol del Terror, ex-presidente de la Tercera Internacional y Ninfa Egeria del Supremo Consejo, nadie osa congratularle ni aplaudirlo, porque equivaldría a ofenderlo: todos, rusos y extranjeros, estrechamos cordialmente su mano, su mano pulida y gentil de Robespierre redivivo. Lleva como indumentaria una modesta chaqueta color khaki, cerrada hasta de cuello. En su diestra sostiene una gorra de piel. Es cortés, sonriente. su cara es algo luciferina —como la de Vladimir Ilich—, y sus ojos, sujetos en el fondo del cráneo, denotan que sus pensamientos íntimos son lobos cautelosos que no asoman jamás sin una orden premeditada de su dueño.

¡Boukharin va a hablar! Ya no son las palabras interesantes, pero sin autoridad política, de los *tovarish* amigos míos, de los obreros de la fábrica, de Ilá-riyá Dimitrievna, la estenógrafa de ojos prendidos que hiperbolizara sobre el amor bolchevique en el Banquete de los Artistas: son las palabras de un Jefe.

Un profesor alemán inicia el diálogo. Los alemanes van a lo profundo de todas las cuestiones con una ilustración previa sobre el asunto que maravilla. En Europa, después de los rusos. nadie conoce los problemas comunistas como los alemanes: tampoco en ningún país del mundo se edita sobre tales materias la cantidad de libros y periódicos que se edita en Berlín, metrópoli de las grandes ideas políticas de extrema izquierda, como lo es París de la nueva ideología estética.

Boukharin habla durante largo tiempo sobre el discurso que acaba de pronunciar Lobe, presidente del Reichstag,

con motivo del decenario de la Revolución de Octubre. Analiza también otro discurso reciente: el de Otto Bäuer, menchevique teutón, célebre en el mundo de las nuevas doctrinas y campeón de la Social-Democracia, que preconiza la necesidad de abolir los métodos de violencia con los que Moscou pretende soliviantar las masas de la Europa occidental. Bäuer, especie de San Francisco de Asís de la flamante doctrina socialista, se desvanece ante la vista de la sangre y aboga por una táctica de combate incruenta para posesionarse del poder, sin consumo de pólvora, sin represión. En una palabra: Otto Bäuer es un socialista vegetariano.

“Es un profundo error —dice Boukharin— creer que existen métodos ‘especiales’ que no puedan ser trasplantados sobre el suelo de Europa. Se nos acusa de violentos; se moteja de ‘asiáticos’ nuestros procedimientos de lucha. Pero ¿qué han logrado los social-demócratas en Suecia, en Inglaterra y en Australia? ¿Dónde están los gobiernos que ellos quisieron imponer por medio de sus métodos pacíficos, anti-bárbaros, europeos, humanitarios y evolucionistas?”

Al hablar así, el ex-presidente de la Tercera Internacional desnuda sus dientes con una sonrisa de terrible ironía.

“En efecto —continúa diciendo— nosotros no empleamos ningún método especial; somos discípulos del comunismo alemán, de Marx y de Lenin, el más consecuente de los marxistas... Los social-demócratas de antaño, con Engels a la cabeza, eran los más enérgicos, los más decididos paladines de la dictadura, los más encarnizados enemigos de ese evolucionismo que hoy enternece a Otto Bäuer... Hoy, los social-demócratas son desertores co-

bardes del marxismo auténtico; ahora es Mac Donald, lacayo de Su Majestad Británica, el jefe espiritual de la Social-Democracia Internacional... Como marxistas creemos que dentro del régimen capitalista las guerras son inevitables: las guerras constituyen la suprema ley del desarrollo capitalístico... Los social-demócratas han abandonado las enseñanzas de Marx, triunfantes en nuestra gran patria, demostración viviente de la bondad de nuestra estrategia. ¿Por qué acusarnos, pues, de emplear ‘métodos especiales’, improcedentes según ellos en cualquier otro país del globo que no sea Rusia?... ¿Olvidan acaso que el marxismo, nuestro marxismo, es una mercancía de importación?... Y después de todo ¿con qué derecho moral se nos critica, si nadie dentro del socialismo ha hecho nada tangible, excepto nosotros? La existencia de la dictadura del proletariado, desde hace diez años, es un hecho real que ha pasado ya al dominio de la historia del mundo... ¿Qué han hecho, durante todo ese tiempo, los ‘evolucionistas’ de Otto Baüer? ¿Con qué autoridad científica o humana los fracasados pueden enseñarnos nuevos caminos de rectificación sentimental?”...

Igual que todos los hombres fuertes, el ilustre bolchevique no se excita ni mucho menos al hablar de cuestiones ya juzgadas y resueltas, a las cuales su pensamiento descende en atención a sus interlocutores. La efectividad de los métodos revolucionarios es algo que no se discute desde hace muchos años en la U. R. S. S., donde todos los principios gubernamentales son dogmas intocables. Cuando un extranjero de buena voluntad se interesa y merece ser atendido, se le ofrece una atenta explicación sobre estas cosas rudimentarias que allá conocen hasta los niños de la escuela, con la misma galante compla-

cencia del oficial de artillería que expone a un curioso la recámara de un cañón.

Terminada la docta disertación sobre el discurso de Otto Baüer, yo insinúo una pregunta sobre el desarrollo futuro de los acontecimientos en vista de la tirantez creciente de las relaciones entre la República y los países burgueses.

“El porvenir... ¡Qué bello es el porvenir! —responde Boukharin, entornando sus ojos de ave de rapiña— El porvenir es nuestra victoria. Todo el mundo contemporáneo está en decadencia; por eso está triste, nervioso, irritado: nosotros estamos alegres, aunque el triunfo no llegará sino después de un choque espantoso. Está a punto de estallar un conflicto entre toda la burguesía y todo el proletariado: pero nosotros nos preparamos ardorosamente para el combate; la guerra es odiosa, pero se ennoblece cuando se pelea por los fueros de la libertad. La victoria del comunismo significa salvar a la humanidad de la espantosa barbarie del capitalismo y del imperialismo, deshonor de la civilización y de la especie que deben ser aplastados implacablemente y cuanto antes, mejor...”

“Estableciendo el reinado de la libertad por medio de la Dictadura” —agrego yo, tratando de borrar toda sombra de ironía en la entonación de mis palabras, cuya única intención es provocar una interesante respuesta.

“Tal es la única medida práctica para consolidar el terreno conquistado —asiente pausadamente Boukharin—. La transformación comunista de la sociedad tiene como antagonista furioso la resistencia de los explotadores, a los cuales no se puede dominar si no es por medio de la

fuerza. Ríase usted de las predicaciones ‘evolucionistas’ de los social-demócratas: a nosotros no se nos toma el pelo como a los mencheviques. Una vez entronizado el poder proletario, la tarea más importante, la más larga —todavía, después de diez años, nosotros estamos entregados a ella— es reprimir despiadadamente la reacción burguesa: he aquí por qué la Dictadura es ineludible. ‘Dictadura’ quiere decir un gobierno particularmente severo y resuelto en la represión de los enemigos: bajo un estado de cosas tal, usted comprenderá que no se puede hablar de ‘libertad’ para todos los hombres; la dictadura obrera es irreconciliable con la libertad de la burguesía, a la cual es necesario atar de pies y manos para arrebatarle toda posibilidad de luchar contra el comunismo revolucionario... A medida que la resistencia de la burguesía es mayor, más peligrosas y más desesperadas serán sus tentativas para recuperar la autoridad, y más dura, más sangrienta debe mostrarse la dictadura para aplastar a los enemigos del pueblo, *sin vacilar, en caso extremo, ante el establecimiento del terror...* ¡Ya ve usted que no podemos ser más francos, y que no tratamos de disimular nuestras intenciones hipócritamente, como lo hacen los gobiernos capitalistas!”

Nunca jamás, en un pueblo moderno gobernante alguno se ha expresado de manera semejante. Las frases terribles de Boukharin, despreciadoras de la jerga oficial a base de “respeto a la democracia” y otras zarandajas sin existencia tangible fuera de la fementida tribuna de los políticos profesionales, tienen por lo menos el severo prestigio de la verdad. Y yo estoy en la obligación como escritor de transcribirlas fielmente, haciendo constar de paso que en estas crónicas, cuyo único mérito radica en la

fidelidad de mi testimonio, he sacrificado muchas veces la amenidad del discurso a la exactitud de la observación. Estas líneas, como todas las que tratan del problema revolucionario ruso, serán traducidas y leídas cuidadosamente en Moscou. Allí no agradarán, porque los bolcheviques sólo agradecen la propaganda ortodoxa ardiente y fanática, nunca la crítica independiente. Las fronteras del gran pueblo en ebullición están cerradas para mí de manera definitiva. *Pero las declaraciones de los personajes con los cuales he hablado durante mi expedición no serán desmentidas nunca*, lo cual constituye para mí una legítima satisfacción, la más pura a que puede aspirar un periodista.

Hay una pausa en la conversación. Boukharin, que continúa de pie, abre unos telegramas que le entrega un mensajero. Las *tovarish piribotshi*, con las notas estenográficas de sus cuadernillos a la vista, vierten a tres o cuatro idiomas los conceptos rotundos del demagogo. A mi derecha, informándome más minuciosamente está Levidoff, director de *Pravda* —esta palabra, en ruso, significa “verdad”— un hombrecillo trigueño y vibrante que ha tenido tiempo, durante la peroración del maestro, de elogiarme los 700,000 ejemplares diarios que edita su periódico y los 600,000 que imprime *Izvestia*, así como el millón que lanza semanalmente a los campos la *Gaceta del Campesino*.

“La prensa revolucionaria —afirma Levidoff, que usa lentes y habla correctamente el inglés— tira como promedio diario la cifra de veinte millones de ejemplares, y es el instrumento más poderoso de que disponen los Soviets para mantener vivo el entusiasmo de las masas obreras. Después de que un pueblo aprende a leer, la máquina más

útil para conducirlo, calmándolo o irritándolo según la oportunidad, es el linotipo.”

No obstante la temperatura de la calle, en el interior del edificio se respira una atmósfera cálida, debido a la excesiva calefacción. Invitados por la voz dulce del *leader* nos acercamos a una ventana, bajo la cual en esos precisos instantes desfila un pelotón de cosacos, cuyos gorros azules dan una nota alegre a la sinfonía gris de la tarde aterida, húmeda y triste como todos los crepúsculos de aquel país igualitario, sin libertad y sin sol.

Boukharin tiene todavía algo que decir. Se apoya en la pared familiarmente y toma de nuevo el hilo de sus pensamientos, que las muchachas siguen con los ojos fijos en el movimiento de sus labios entreabiertos y sonrientes.

“Solamente —dice—, solamente después del hundimiento irremediable de los explotadores, una vez rota su resistencia, puesta fuera de combate la burguesía rencorosa que no nos perdona, es que se dulcificará la dictadura del proletariado, extinguiéndose gradualmente de Estado obrero hasta el momento en que toda la sociedad se transforme en una colectividad comunista sin clases... A partir de ese momento, que demorará veinte, treinta años tal vez, eliminado ya el parasitismo, es decir: la existencia de consumidores que no aportan nada y viven a expensas de los demás, todos los miembros de la nueva sociedad se entregarán a un trabajo productivo; desaparecerá la concurrencia en la industria y los hombres, libres del yugo de sus semejantes, no tendrán que luchar más que contra el yugo de la Naturaleza. La jornada de trabajo, reducida ya desde el próximo año a siete horas, será cada vez más corta; y los ciudadanos, dedicando sólo parte de su actividad: para atender a sus necesidades, se podrán

consagrar a su desenvolvimiento intelectual, elevando la cultura humana —me refiero a la cultura general, no a la cultura de clase— hasta un grado jamás alcanzado en las épocas pretéritas... La humanidad vivirá por primera vez una existencia razonable, en lugar de la vida abyecta y bestial que ahora arrastra...”

Ya era de noche. Entre las sombras taimadas que se habían posesionado de la ciudad sin un grito, sin una resistencia, sólo supervivía, muy lejos sobre el oleaje de los tejados, el brillo dorado de las cúpulas de la Catedral de Jesucristo, que daba un adiós heroico a la luz derrotada y fugitiva. Yo quise hacer una pregunta más, la última, inaudita e inesperada.

“Ese es el programa del Partido Comunista, —dije, a través de una joven impaciente que buscaba el *rouge* en su bolsa, indefectible señal de una próxima retirada— pero ¿no hay en la República de los Soviets otros partidos que persigan la felicidad por senderos distintos, con un programa igualmente bien intencionado, pero diferente en sus medios de acción?”

Boukharin me miró de arriba abajo, con esa amable tolerancia con que se mira a los que merecen perdón, porque no saben lo que hacen. Su respuesta, rubricada con una afectuosa palmada en el hombro, fue coreada por la alegre risa de Levidoff y demás rusos presentes.

“Sí, *tovarish* —tales fueron las postreras declaraciones del Benjamín de los apóstoles bolcheviques— en la U. R. S. S. también hay, como en los países burgueses, varios partidos políticos. Pero la diferencia estriba en que aquí hay un partido dirigente que está en el poder, y varios partidos de oposición, que están todos en la cárcel”

XXI

Vladimir Ilich Oulianoff, llamado Lenin, se parecía físicamente a Martí. La misma expresión de idealismo, la misma boca cerrada y enérgica, la misma frente amplia y potente que sube a las alturas vertiginosas, lisa e inaccesible como una muralla. Cuando Wells lo visitó —eran los primeros años atribulados de la Revolución— lo encontró primitivo e infantil.

Lenin —dice Wells en su famoso libro— *tiene un rostro agradable y moreno, de expresión cambiante, con una sonrisa vivaz y, debido a algún defecto de visión, tuerce y frunce un ojo cuando hace pausa. No se parece demasiado a las fotografías que hemos visto de él, pues es una de esas personas en quienes el cambio de expresión es más importante que la traza de las facciones. Al hablar accionaba un poco con las manos sobre un montón de papeles y hablaba de prisa, de un modo muy penetrante y ceñido, sin la menor 'pose' ni pedantería ni reservas, como corresponde a un hombre del buen tipo científico.*

Yo no apruebo los especiales métodos terroristas de Lenin —dice el Conde Herman Keiserling—; *si acudió a ellos, si tuvo que acudir a ellos, es porque su espíritu era en alto grado satánico.*

Este satanismo del Apóstol, que han heredado sus discípulos —observad las palabras y las fisonomías de Boukharin, de Trotzky, de Stalin, de Dhershinski³⁵— se

³⁵ Feliks Edmúndovich Dzerzhinski (Dzierzynowie, 11 de septiembre de 1877 - Moscú, 20 de julio de 1926) fue un revolucionario comunista soviético de origen polaco, famoso como el fundador de la policía secreta bolchevique, la Checa (*Chrezvycháinaya Komis-*

revela en su sonrisa sardónica, lancinante y cruel. ¡Lástima de rostro que adornan ojos tan inteligentes, de frente tan hermosa y diáfana, todo entenebrecido por un crepúsculo de perversidad que sube del horizonte de la boca!

Guillermo Ferrero, en su *Grandeza y Decadencia de Roma*, hizo una observación bizarra acerca de la psicología de César: su alegría en el trabajo, su entusiasmo intensivo en la acción. Esta fue también una característica del espíritu infatigable de Lenin: no descansó jamás; su vida fue una sucesión de combates prodigiosos; fue un dionisiaco de la turbulencia fecunda, renovadora de la juventud en ciertos temperamentos privilegiados. Como todos los gigantes de la lucha, tenía el cerebro frío y el corazón ardiente. Abrigaba en su cabeza, dura como un ariete, la concepción global del problema social y, separándose del evolucionismo de Martoff³⁶ y Plekhanoff³⁷, comprendió que para volver al revés la sociedad injustamente constituida no había más que un medio: el de la violencia. *Es necesario* —decía, respondiendo a la alocución de Plekhanoff sobre la necesidad de las huelgas— *tomar las armas más resuelta, más enérgica, más*

siya o Comisión Extraordinaria), agencia conocida por combatir a contrarrevolucionarios durante el llamado Terror Rojo y la Guerra Civil Rusa.

³⁶ Yuli Márto, Julius Márto o L. Márto (su nombre real era Yuli Ósipovich Zederbaum) (Constantinopla, Imperio otomano, 24 de noviembre de 1873 - Schömburg, Alemania, 4 de abril de 1923) fue un revolucionario socialista ruso que llegó a ser el líder de la fracción menchevique.

³⁷ Gueorgui Valentínovich Plejánov (Tambov, Rusia, 11 de diciembre de 1856 - Terijoki, Finlandia, 30 de mayo de 1918) fue un revolucionario ruso, teórico y propagandista del marxismo, del cual se considera el fundador en Rusia.

agresivamente. Debemos hacer comprender al pueblo la inutilidad de una huelga puramente pacífica y la necesidad de una lucha armada indomable y despiadada. Disimular la necesidad de la guerra sangrienta, desesperada y destructiva como objetivo inmediato de la próxima revolución, sería engañarnos a nosotros mismos y engañar al pueblo. Y eso fue toda su vida: un genial y formidable terrorista, como su hermano Alejandro, responsable de la muerte del Zar Alejandro II, que pagó en el patíbulo. La ferocidad, pues, era un común denominador en la familia Oulianoff.

Este gran jefe de hombres, que poseyó la agresividad del tigre, disponía asimismo de la astucia del zorro. El triunfo del bolcheviquismo —partido que él organizara definitivamente en 1906, después del congreso de Estocolmo—, se debió a la elasticidad maravillosa de su estrategia política. Fue un ortodoxo, pero no un fanático, porque supo modificarse sobre la marcha, adaptándose a los accidentes del suelo como una serpiente, sin perder jamás su objetivo único e inmediato: la conquista del Poder. En 1920 sorprendió al mundo con la implantación de lo que él llamara “la Nueva Política Económica”, una especie de retroceso de la doctrina hacia los principios del capitalismo —que Lenin estimó imprescindible para restañar las heridas profundas de la Revolución—, aceptado por la Tercera Internacional. La NEP dio origen a la reaparición del pequeño comerciante —*nepman*—, y del pequeño terrateniente —*kulak*—, burgueses de transición creados para contribuir a la distribución de los productos, labor que el Estado naciente, pobre e imperfectamente industrializado, no podía rendir de acuerdo con el excesivo programa prerrevolucionario. Esta rectificación

asombrosa, reveladora del espíritu práctico y sagaz del estupendo Dictador, requirió una nueva labor de propaganda paciente. Es fácil arrastrar las masas al incendio, al asesinato y al saqueo; pero después de lanzadas al galope resulta arriesgadísimo y estéril atravesarse con los brazos abiertos en su camino para pedirles cordura y transigencia con los enemigos a quienes apuñaleaba la vispera. Sin embargo, Lenin pudo llevar a cabo este sobrehumano cambio de ruta. Esgrimiendo todo su prestigio inmenso se plantó en frente de la multitud como en otro tiempo se plantara frente al zarismo y a la república de Kerensky, y la dominó con su voluntad de acero: el caso es único en la Historia. De esta época data la apostasía de Trotzky, hoy personero de la extrema izquierda del comunismo.

El año pasado, estando yo en Moscou, con motivo de una tentativa fracasada de contramanifestación el día del Aniversario, el Supremo Consejo tomó un acuerdo rudísimo, que publicó *Pravda* dos días después. He aquí el último párrafo de su parte dispositiva:

“Visto que la actitud de la oposición durante el período actual es la de un segundo partido trotskista-menchevique, el buró del Comité de Moscou juzga indispensable excluir del Partido a los camaradas Trotzky, Zinovieff, Kameneff, Smilga, Evdokimoff, Rakowski, Radek, Avdeieff, Mouraloff, Rakaieff, Choklowski, Peterson, Solovieff y Lizdine³⁸. El Buró juzga absolutamente inadmisibles permitir que continúen los leaders de la oposición en los puestos responsables de la U. R. S. S.”

³⁸ Además de Trotski y Zinóviev, se citan nombres de miembros destacados del Politburó, quienes oscilaron entre la oposición y la sumisión a Stalin. En su mayoría acabaron sus vidas fusilados o en campos de trabajo forzado conocidos como *gulags*.

Así de manera radical y cruel, se expulsó del templo a la flor del comunismo. Eran los más ardientes, los más marxistas, los más puros ortodoxos de entre los bolcheviques. Pero habían osado discutir las últimas palabras del Maestro, que contemporizó con las aborrecidas tradiciones hacia el ocaso de sus días. Y Lenin, inflexible como el cristal de roca, no conoció amigos ni colaboradores jamás, sino subalternos disciplinados e incondicionales, obedientes a la voz sobrehumana del Señor de los Fusilamientos, tan implacable en el mando como sublime en el sacrificio, para quien los hombres que se propuso redimir eran cuerpos inertes, pobres conejos de su laboratorio biológico, sin alma, sin individualismo, sin sentimentalidad.

El pobrecito Ilich, en su vida privada, era ferozmente virtuoso y honrado. Una de las cargas más pesadas para un pueblo es la de estar gobernado por un anacoreta. Cuando a un tirano le da por la modestia, el salir a la calle con una corbata nueva constituye casi un delito de lesa patria: los rusos no comenzaron a vestirse decentemente sino después de la muerte de Vladimir Oulianoff, que andaba con los zapatos raídos, con las mangas deshilachadas, tocado con su celeberrima gorrita de cincuenta kopeks, lo cual no era en él una “pose”, sino el hábito adquirido durante medio siglo de persecución y de miseria.

“En su departamento del Kremlin —cuenta Jaroslowski, uno de sus biógrafos— reina una simplicidad extraordinaria... Consta de un comedorcito con una mesa cubierta por un hule; en las ventanas, algunos tiestos con flores; y un austero dormitorio sin adorno de nin-

guna clase, en el fondo del cual figura una cama a la que sirve de cobertor una frazada de soldado... Lenin no habla más que de economía: el kopek soviético es para él algo precioso. El trabajo que realiza este hombre—continúa diciendo Jaroslowski— es extraordinario e inmenso. Cuando se pasa revista, a todo lo que ha hecho Lenin, a todo lo que ha escrito, a todo lo que ha pensado, se ve que no quedó un solo rincón ni una sola esfera de acción a donde él no haya llevado la luz de su pensamiento creador, el sello de su genio. Es difícil imaginar cómo un solo hombre ha podido realizar todo eso. Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, presidente permanente, casi nunca sustituido, del Buró Político, presidente efectivo del Consejo de Trabajo y de Defensa, principal informador en todos los congresos del Partido y en todos los congresos de los Soviets, él lo ha verificado todo por sí mismo, él lo ponía todo en movimiento con su iniciativa, con su infatigable esfuerzo creador. Y no era eso todo: además, Lenin comprobaba después de qué manera se ejecutaba la decisión adoptada, descendiendo a los más insignificantes detalles, penetrándolo todo, vigilándolo todo. Esto exigía una tensión sobrehumana del cerebro y de los nervios, de todo el organismo. Lenin ha agotado su vida, en cincuenta y cuatro años; quizás esta naturaleza poderosa habría podido resistir veinte o treinta años más de no haber estado sometida a surmenage tan tremendo.”

La felina acometividad del hombre-cúspide del maximalismo no conoció la derrota: el momento que él escogió para el asalto fue el momento único y preciso. “Ahora o nunca”, dijo cuando el gobierno provisional vacilaba entre las contemporizaciones fatales de Kerens-

ky y la resuelta determinación de Korniloff³⁹, amo de los soldados, cuyo papel pudo ser el mismo que el del General Bonaparte cuando, el 13 Vendimiario, salvó a la Convención de una irremediable catástrofe con cuatro descargas de artillería en los bulevares. Habiendo inyectado su fe a millones de hombres, el abogado visionario de Simbirsk —Lenin, expulsado de las universidades y hostilizado por todos los centros docentes, logró, a fuerza de tenacidad, hacerse licenciado en leyes— no tuvo nunca miedo de quedarse solo. *Si lo que yo predico es justo —decía— tarde o temprano todos estarán conmigo*. Todo, comenzando por sus afectos, lo sacrificó al ideal: a sus más fieles camaradas, cuando vacilaron o se acobardaron, los aplastó como si fueran sus más emponzoñados enemigos. La causa del proletariado fue para él un ídolo absorbente y carnicero, en cuyo altar ofició con la sangre de los hombres sin que jamás la conmiseración hiciera temblar su mano vindicativa y terrible. Cuéntase —esta es una de las innumerables anécdotas verídicas que los bolcheviques de hoy tratan de hacer olvidar—, que una vez instalado en el Instituto Smolny, Vladimir Ilich firmó la sentencia de muerte de “ciento ochenta mil personas”, acusadas por la Cheka —cuerpo de policía secreta que substituyó a la Okhrana zarista— de ser nocivas a la causa de la Revolución. El *pogrom* de los burgueses superó en cantidad y en salvajismo al *pogrom* de los judíos. Los

³⁹ Lavr Gueórguievich Kornílov (Ust-Kamenogorsk, 31 de julio de 1870 - Ekaterinodar, 13 de abril de 1918) fue un general del ejército ruso, comandante en jefe del mismo en 1917, más conocido por el intento de golpe de Estado al Gobierno provisional de Aleksandr Kérenski.

corchetes, los sicarios y los verdugos se arremolinaron en derredor de Trotzky pidiendo órdenes de asesinato y de encarcelamiento. *Por cada maximalista de buena fe* —exclamó cierto día el Padrecito Rojo— *hay sesenta imbéciles y treinta y nueve bandidos*. Como se comprenderá, este noventa y nueve por ciento fue vigilado, emparedado y fusilado en el santo nombre de la religión oficial.

En tanto, el primer Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo escribía sus libros magníficos —que tan pocos de nuestros estadistas conocen, desgraciadamente—, organizaba la Tercera Internacional y lanzaba el guante al rostro de las potencias, fuerte, sereno e intangible como un dios: el más ilustre de los dioses humanos que, de Napoleón acá, ha producido la edad presente. Su concepción de una nueva disciplina social —bebida en Marx y Engels, pero adaptada al mundo moderno y llevada al áspero terreno de la práctica por él— es la obra del genio. Nadie en el Universo, ni aún el propio Cristo, tomando como base una unidad de tiempo determinada, ha tenido el *following* titánico y misterioso que tuvo en vida, y aún después de muerto, ese diabólico redentor que hoy duerme al pie del Kremlin, a quien no podemos ver aún en toda su magnitud por una razón de perspectiva histórica.

Como todos los agresores insignes, fue también un genio militar: los principios que puso en práctica serán el catecismo de las futuras sublevaciones de los pueblos contra los gobiernos: *Es imposible* —dice el capítulo de sus

Pages Choisies que trata del levantamiento de Moscou—*luchar contra un ejército moderno, dotado de ametralladoras y de artillería de largo alcance sin contar con los cuartelazos.* He aquí por qué la propaganda comunista está enderezada especialmente a los hombres de tropa: por lo que veis, el autor de esa frase no tenía un pelo de tonto ni de soñador. *La estrategia es discutible*—decía—*pero a la hora de actuar es imprescindible dar las voces de mando bien claras, breves y terminantes.*

Fue un táctico expertísimo en motines callejeros, que consideraba de una efectividad suprema. Oíd sus palabras autorizadas:

“En la pelea de las calles hay que rendir el máximo esfuerzo, al cual no deben lanzarse los sublevados sin un absoluto desprecio de la vida. La agresión tiene que ser intrépida, violentísima y simultánea, llevando como finalidad el exterminio despiadado de todos los núcleos de resistencia. Nada de barricadas, nada de defensa al empuñar la acción: la victoria está en la ofensiva perpetua. Se aplaudirá a las tropas hostiles en los momentos en que no ataquen. Los hombres deben diseminarse en grupos de tres, de cuatro o de cinco que usarán, además de rifles, granadas de mano, desapareciendo rápidamente después de cada asalto. Se fusilará a todos los jefes que caigan prisioneros. Estos principios deben ser adoptados también por las guarniciones sublevadas, mientras la fuerza enemiga sea numérica o tácticamente superior.”

Todo esto forma parte del curso de estudios del “Leninismo” que se explica en las universidades, extenso curso dedicado a enseñar cómo se llega a la desmoralización total y minuciosa de un estado capitalista, desde la propaganda subversiva al ataque final, pasando por todos

los matices de la organización sindical y de las huelgas revolucionarias. La cosa es más seria de lo que parece.

Así pensó y así obró Vladimir Ilich Oulianoff, infeliz hijo de labradores que nació en Sirbirsk el 23 de abril de 1870. Todas sus culpas —¿quién será capaz de fallar contra él, después del horrendo crimen innumerable de la Gran Guerra?— pueden ser lavadas por su ingente y sincera idealidad libertaria, por su vida ascética, por su largo martirio coronado por una victoria que —tal es nuestra absurda psicología— parece borrar todo su largo padecimiento en el ostracismo, sus prisiones de Siberia, sus persecuciones interminables, su balazo en el pecho —fue víctima de un atentado en la fábrica de Mikhelson—, y más que nada, el trabajo incesante y fecundo que devoró prematuramente su existencia, consagrada por completo a conquistar la felicidad de los demás.

El comunismo ruso es, íntegramente, Lenin. La sombra del Maestro, desde su muerte acá, se está debilitando sobre sus huellas: el testamento que dejó es harto pesado para las débiles espaldas de sus discípulos. La jugada más peligrosa que ha hecho el bolcheviquismo fue la implantación de la Nueva Política Económica, cataplasma capitalística aplicada sobre el costado de la República ortodoxa e intransigente, y que poco a poco pudrirá sus carnes hasta llegarle al corazón. Sólo un hombre en el mundo podría levantar esa cura de emergencia: Lenin. Y Lenin se ha ido para siempre.

“No tenemos ya entre nosotros a Ilich —gemía León Trotsky en su oración fúnebre—. El Partido está huérfano, la clase obrera ha quedado desamparada, como un niño sin padre. ¿Cómo marcharemos en lo sucesivo? ¿Encontraremos, sin su ayuda, el camino? Apagada su

luz ¿acabaremos por perdernos en las sombras? Camaradas, ya no tenemos a Ilich.”

Un lustro apenas después de pronunciadas estas palabras, Trotzky, su edecán favorito, su hombre de confianza, la figura más eximia del socialismo ruso contemporáneo, degradado y maldito como un traidor, huye por las comarcas más remotas del territorio soviético, demorando una probable cita con la bala alevosa que para él tiene ya fundida el Supremo Consejo. Será el Mariscal Ney de la revolución proletaria.

Una noche de octubre yo descendí a la cripta donde reposa el agitador de los agitadores, bajo la severa tumba de madera sin pintar que constituye el monumento funerario más sencillo, más grandioso y más patético que he podido contemplar en mis largas andanzas sobre la faz del planeta. Allí, encerrado en una alta urna de cristal, duerme como un faraón el individuo extraordinario cuyas manos delicadas de marqués, cuyos labios finos y herméticos tan duramente sacudieron los destinos de la civilización. Lo guardan dos soldados, con sus bayonetas biseladas en forma de corta-hierro y encaladas en la boca de los rifles. Dos soldados y un termómetro. Está intacto, como si no hubiera muerto, como si jugase al emocionante juego de los fallecidos, y tiene los carrillos sonrosados; parece que acaba de dar un paseo por la Plaza Roja.

No podré olvidar mientras viva el cráneo poderoso del Reformador Inmóvil, de frente abombada, que brillaba igual que un diamante bajo las luces eléctricas. ¡Su cráneo poderoso, crisol oscuro donde hirviera una aleación

de generosidad y de frío desprecio a la vida ajena, de inmarcesible idealidad y de brutal materialismo, de heroísmo épico y de crimen!

XXII

“Usted debe observar —decíame Georges Masel en la Tintorería de Zindel— que los comunistas abundan poco: no pasan de un millón doscientos mil; la *Jeunesse Communiste* llega a la cifra de dos millones ciento ochenta mil afiliados, y los *Pionners Rouges*, es decir, los muchachos que por sus condiciones especiales de aplicación y por la pureza doctrinaria de sus padres merecen recibir una educación adecuada, suman un total de tres millones cuatrocientos mil miembros aproximadamente. Somos una exigua minoría. Después de la victoria son muchos los que quieren ser bolcheviques, pero es preciso una hoja de servicios demasiado impoluta y una lealtad extremada a la causa revolucionaria para formar parte de ese grupo selecto.”

“También serán los bolcheviques —insinué yo— los preferidos a la hora de las recompensas.”

“Se equivoca usted —responde Georges Masel—; somos los que más trabajamos, los que mayores responsabilidades nos echarnos al hombro, y también los que menos retribución recibimos en los cargos públicos. Un ejemplo inmediato: en ésta organización industrial de Zindel hay técnicos burgueses contratados por el Soviet, que busca los hombres capaces en donde quiera que se encuentren, ya que nuestro objetivo inmediato es intensificar la producción, y hay también técnicos que pertenecen al Partido; pues bien: los técnicos burgueses ganan como promedio seiscientos rublos mensuales⁴⁰, y

⁴⁰ Un dólar igual a dos rublos, aproximadamente, según el cambio actual. (Nota de Carbó).

los bolcheviques de igual categoría no cobran más que doscientos cincuenta. Somos una minoría devota, sólida, austera, casi apostólica, pronta para el sacrificio, resuelta a afrontarlo todo por la República, todo, hasta la muerte; vivimos para el pueblo, pero de verdad, no sólo en el terreno de las palabras, como los gobernantes de vuestros países decadentes. Esto parecerá raro, pero es rigurosamente cierto. He aquí el secreto de nuestra fuerza.”

Al escuchar este hermoso himno de gloria supraterráneo que no se oye más que en aquel país de ensueño dislocado, yo pensaba en la dificultad de mantener durante mucho tiempo semejante idealismo, tan reñido con la naturaleza humana. El reino de Cristo fue también impuesto por la exaltación. No existe aparato de destrucción más terrible que el hombre cuando renuncia a todo goce material. Pero hay una diferencia desconcertante: los mártires del Cristianismo lo abandonaron todo a cambio de un Imperio Invisible, donde los más puros goces no tenían fin a lo largo de la eternidad; los miembros del Partido Comunista Ruso, polarizados por un fanatismo político, se mortifican la carne en holocausto de la libertad humana, efímera y perecedera. ¿Puede ser este un incentivo bastantemente poderoso para mover a la próxima generación, menos ferviente que la que forjara en su escuela Vladimir Ilich Oulianoff?

Las máquinas de Zindel, lanzadas a velocidad de superproducción, hacen un ruido que ensordece. Es preciso hablar a gritos. La garganta duele. ¡Qué curiosas las rotativas de estampas lienzos a varios colores! Yo me acuerdo de las amadas plantas periodísticas, que tiñen poco a poco el pensamiento de la multitud: la fuerza expansiva de las ideas, mal comprendidas aún por los hombres de

gobierno, es más poderosa que la T. N. T. La revolución rusa se elaboró con letra impresa. El amor a la aviación, matiz predominante de la gigantesca edad que se inicia, también ha nacido al calor del editorialismo, la fuerza más incontrastable del Estado, una de las pocas que nunca podrá aherrojar definitivamente la tiranía. La prensa propiciará en un futuro todavía lejano la unidad política del mundo, última fase de la civilización actual. La prensa creará el lenguaje único, la producción armónica, el derecho ecuménico. Todo lo que legítimamente podemos esperar de la capacidad sobrehumana de la humanidad —el hombre es el único animal que se supera constantemente a sí mismo— será conducido por las voces innumerables de la prensa, que devora los bosques para transformarlos en ideas, la prensa, tan formidablemente categórica en lo que denuncia como en lo que silencia, porque su callar violento es también una estentórea acusación que entiende la multitud, fuente Castalia de todos los rejuvenecimientos del porvenir!

Las máquinas de Zindel tiñen sin cesar; de sus entrañas vibrantes surgen tiras policromadas, que mañana serán vendidas a bajo precio en las cooperativas. El Soviet las arrojará al mercado con un precio de acuerdo con el costo de producción y la cuantía de los salarios. Del producto de su venta nada se capitalizará en las cajas particulares...

“¡Ah, si tu viéramos máquinas suficientes!” exclama Georges Masel. “Nuestro problema capital es el maquinismo. Necesitamos aparatos para industrializarnos en grande escala, y las potencias no quieren abrirnos crédito de ninguna clase: los pagos se nos exigen *cash*. Podemos elaborar un automóvil, una cámara fotográfica, una pieza

de tela... pero lo que no podemos hacer inmediatamente son los grandes aparatos-herramientas, las máquinas-matrices para hacer los motores, los lentes para tejer los hilos... Estas máquinas fundamentales se hacen en Inglaterra, en Alemania, en Norteamérica, países plenamente industrializados; y nuestro tesoro público, demasiado recargado con las necesidades primarias del pueblo en reconstrucción, no dispone de los miles de millones que hacen falta para pagar al contado... Figúrese usted qué triunfo más definitivo si el Comunismo hubiese estallado en los Estados Unidos, por ejemplo... Pero nos exigen reconocer y pagar las deudas pre-revolucionarias y ahí surge el problema: si pagase esas deudas el bolcheviquismo se haría solidario y corresponsable con el capitalismo, que acabamos de barrer a sangre y fuego. Y preferimos andar más despacio, pero más seguros. Afortunadamente la próxima gran guerra no tardará. El enredo de China se pone cada vez más interesante..."

Después de saborear sendas tazas de té junto al enorme y humeante *samovar*, hemos recorrido toda la fábrica, respondiendo a las eternas preguntas de los obreros: "¿Cuándo estalla la revolución social en su patria?" "¿Qué tal ha encontrado a Rusia?" "¿Cuánto ganan los obreros de tintorería?" Las mujeres nos regalan hermosos pañuelos conmemorativos. Pasamos al club, dependencia obligada de toda fábrica del Soviet. En la pared, cuadros murales, curvas de producción, figuras estadísticas, láminas en las que se demuestra la utilidad de vivir higiénicamente, dibujos dedicados al cuidado del niño. Contigua, la biblioteca, donde los operarios de Zindel estudian y se perfeccionan en sus conocimientos técnicos y sociales. A la entrada del club hay un enorme pizarrón.

“En este encerado —dícenos nuestro cicerone— los obreros escriben con tiza sus quejas y exponen sus ideas acerca del funcionamiento de la fábrica y de las necesidades colectivas. El procedimiento ha dado resultados extraordinarios: de esa tabla negra, más de una vez, se han copiado ‘sugestiones’ para remitirlas al Consejo de Comisarios.”

Atravesamos un patio sombrío, donde los árboles se retuercen de dolor ante el soplo quemante del Invierno, y llegamos a la *crèche* y al Kindergarten. Empleadas nítidamente vestidas de blanco dan de comer a una turba de chiquitines, hijos de las trabajadoras: en el “Jardín de la Infancia” —¡qué nombre más sugestivo supo encontrar Froebel!— las maestras nos hacen observar que el Kindergarten ruso también ha sido revolucionado. “Aquí la enseñanza es puramente práctica; los colores, por ejemplo, no los enseñamos en abstracto jamás, sino con objetos y seres de la naturaleza, en excursiones campestres y urbanas. En esto —agrega orgulosamente la jovencita— hemos ido mucho más allá de la Montessori.”

Los botoncitos humanos, futuros campeones del leninismo, aprenden a asearse por sí solos. Nos aproximamos a una mesa no más alta que una silla corriente. donde un niño servía con bastante desenvoltura los manjares a sus compañeritos, todos provistos de platos de hierro esmaltado. “Es el que está de guardia hoy”, apuntó la joven educadora. “Todos por turno saben servir la mesa. Esto crea en sus cerebros la idea de la igualdad y de la colaboración.”

Pero en ese mismo instante hubo un inoportuno brote de indisciplina en la minúscula sociedad: dos pequeños bolcheviques, cuya edad sumada pudiera contarse con

los dedos de la mano, forcejeaban con furia por la posesión de un plato de sopa, golpeándose mutuamente con las cucharas del Estado.

“He ahí el atavismo pernicioso del derecho de propiedad —dijo Masel sonriendo—. El comunismo es producto no del instinto, sino del razonamiento: supone una super-civilización. ¡Los niños, como los salvajes, tienen un alma desconsoladoramente burguesa!”

Los colores abstractos sólo se pueden ver en la *Nursery*. Frente a la cama de cada pequeñuelo están pegados tres discos de papel —amarillo, rojo y azul—, para que la retina de los bebés vaya acostumbrándose gradualmente a la distinción de las apariencias cromáticas de la naturaleza. Cada dos niños están cuidados por una *nurse*. Las obreras tienen derecho a abandonar el trabajo de tres en tres horas, para darles el pecho. En el departamento destinado a los niños de un año, las paredes están materialmente tapizadas de litografías representando árboles, casas, letras, animales y máquinas de uso corriente, tales como locomotoras, automóviles, barcos y aeroplanos. “Esto se hace con la finalidad de ir familiarizando a la gente menuda con la vida real, que no solamente palpita en la naturaleza. El hombre del porvenir ha de vivir en un constante contacto con los artificios mecánicos”, musita la maestra adolescente.

¡Y donde quiera que se vuelve la mirada, los eternos carteles deprecativos, patente inconfundible y flor policromada de la cultura soviética, invitando a la vida colectiva, a la colaboración en el trabajo, al amor de las

instituciones, dirigidos a la infancia y a los mayores que los aman y los cuidan, preparando las humanas crisálidas para una existencia más noble que los mayores no han podido gozar sino tardíamente, porque el mundo es toda vía cruel y reaccionario, porque los millones de esclavos que sufren sobre el planeta no comprenden aún la buena palabra de liberación que trazaron con su sangre los mártires de la Aurora Roja!

AYUDAOS LOS UNOS A LOS OTROS —dice un letrero, que me traduce Masel—; LOS HOMBRES QUE SABEN AYUDARSE SON LOS ÚNICOS VICTORIOSOS.

CUIDAD AMOROSAMENTE A ESE NIÑO TARDÍO —reza otra cinta de seda, sobre un alto capitel—. ES PRECISO COMPRENDERLO PRIMERO, PARA QUE ÉL COMPRENDA DESPUÉS A LOS DEMÁS.

HUBO UN POBRE NIÑO, IGUAL QUE TODOS LOS NIÑOS —he aquí el texto de una maravillosa banderola—; ESTE POBRE NIÑO CRECIÓ Y SE LLAMA LENIN.

Me asomo a un tallercito, contiguo al Kindergarten. Obreritos minúsculos, con blusas azules, manejan los martillos, los alambres, los tarritos de pintura, mientras una auxiliar hace música en el piano. Las niñas fabrican muñecas de papel.

“Todos los años —nos explica la maestra— los niños de la ciudad y del campo se hacen visitas mutuas; ahora en invierno los de la ciudad se dedican a fabricar juguetes para regalárselos a sus amigos de la campiña, cuando llegue la primavera.”

Antes de marcharnos se nos enseña algo curiosísimo: el registro o empadronamiento de los miembros de la gran colectividad infantil. En este archivo figuran, además del nombre, la edad y las condiciones fisiológicas de cada pequeño, los datos siguientes, recopilados por una paciente labor que realiza la maestra haciendo numerosas visitas a los hogares: posición económica de los padres, su credo político, su educación, su raza, sus taras fisiológicas, su religión, su carácter; número de habitaciones que tiene la casa, número de miembros de la familia; si van frecuentemente al teatro; su oficio o profesión. ¿Hay armonía en el hogar? ¿Qué clase de literatura se lee en casa? ¿Cómo se trata y cómo se alimenta al niño? ¿Cuándo le brotó el primer diente? etc., etc.

“Este record biológico y moral —nos informa la joven maestra—, demasiado extenso tal vez para una organización pedagógica de tipo corriente, es fundamentalmente necesario para nosotros, que pretendemos realizar los ideales de una educación integral; necesitamos saber de qué manera debe ser tratado cada individuo, cuáles son sus tendencias hereditarias y hasta qué punto la educación de la casa completa o destruye la educación oficial: esta generación que acaba de nacer debe marchar unánimemente si lo que se desea es hacer perdurable la obra de la Revolución. Los maestros, para cumplir con nuestro deber, tenemos que realizar funciones de perquisición casi policíacas: Ud. no es capaz de imaginarse el dinero que esto cuesta y el legítimo entusiasmo que anima al inventor del procedimiento, nuestro gran Lunatcharsky.”

Nos retirábamos ya, atravesando por un salón donde las madres toman la temperatura del ambiente antes de recoger a sus hijos. La gran tintorería comenzaba a guardar silencio, y por las puertas desembocaban grupos de obreros sonrientes, con esa alegría sin paralelo de los trabajadores manuales cuando abandonan sus labores, duras a veces, pero deliciosamente exentas de responsabilidad. En uno de los patios, que al mismo tiempo era el patio de una escuela pública, evolucionaba una legión de muchachos, bajo la dirección de un instructor militar.

“Son los octubristas —me explicó Masel—, es decir, los *pionners* del Comunismo. Están sujetos a la instrucción, igual que los soldados. Ahora escuchará usted cómo prestan el juramento cotidiano, que yo le voy a traducir.”

Los muchachos estaban inmóviles, esgrimiendo sendos palos, con los ojos fijos en el rojo pabellón. Las campanas del Kremlin desgranaban allá en la lejanía sus notas cadenciosas y graves, último grito de la agonía crepuscular.

Entonces la voz del instructor hizo la pregunta sacramental, tan emocionada, tan lenta, tan apasionadamente que parecía una invocación dirigida a todos los niños de Rusia, árbitros del incierto porvenir:

—¿Estáis listos para combatir hasta la muerte por los derechos de los trabajadores?

—¡Sí! ¡Estamos siempre listos!

Tal fue la respuesta estentórea de la legión clamorosa y ardiente. Ninguno de aquellos gallardos mozalbetes rebasaba los quince años de edad. Cada uno era un volcán de ensueño, de loca aventura, de azul romanticismo.

Dentro de cada uno se escondía un vigoroso aliento caballeresco, una generosa sed de vivir inextinguiblemente en holocausto de algo inmenso y amado. Cada uno era la antorcha encendida de la esperanza, del sincero sacrificio. ¡Eran niños, niños de no más de quince años, la edad de los grandes amores, la edad de las profundas melancolías, de las emociones inolvidables, de los recuerdos altos como monumentos de mármol, la edad única que hace a la vida digna de ser vivida!

XXIII

Hace días vio la luz en las columnas del *Diario de la Marina* —periódico tan enciclopédico y universalizado— un trabajo del Dr. Juan Clemente Zamora⁴¹, Catedrático de Derecho Político de la Universidad, explicando, según una apreciación personal suya, cuál es la clave del sutil y complejo sistema ruso. Esta monografía, redactada en forma de *interview*, contenía, entre otras cosas, la siguiente digresión:

“Es indispensable que los alumnos estudien y que el público conozca bien la organización soviética. Hay muchas personas fuera de la Universidad que hablan de ella sin saber realmente lo que es, y en materia como ésta, *la ignorancia es sumamente peligrosa.*”

El Dr. Zamora se dirige a los alumnos y al público, reconociendo los peligros que para la cultura entraña una información equivocada acerca de asuntos de tal trascendencia para el desenvolvimiento de la civilización; y como yo acabo de venir de un largo viaje al país de los

⁴¹ Para la fecha, el susodicho catedrático era posiblemente la voz más autorizada dentro de la isla para hablar del tema de las constituciones en el ámbito académico, pues había publicado, entre otras obras, el primer estudio del siglo XX dedicado a la historia constitucional cubana: *Colección de documentos selectos para el estudio de la historia política en Cuba* (“El Siglo XX”, La Habana, 1925). Juan Clemente Zamora y López-Silvero (no confundir con Juan Clemente Zamora Munné, su hijo, eminente lingüista) fue un constitucionalista y hombre de letras que no redujo su campo a los estudios catedráticos, colaborando habitualmente con publicaciones periódicas de la Cuba republicana. Vivió entre 1866 y 1946.

Soviets y estoy relatando en *La Semana* mis impresiones, perfectamente extra-universitarias, me creo obligado a colaborar con el Dr. Zamora, tan bien intencionado, pero tan mal enterado de la materia que trata. Deseo, pues, que los estudiantes en particular y el pueblo en general conozcan la verdad acerca de la organización del estado soviético tal como es en realidad, contribuyendo a formar el concepto que de la gran cristalización revolucionaria deben tener las personas cultas, desorientadas por ciertos criterios de autoridad anclados pesadamente en las profundidades de los centros docentes, tan clásicos como sedentarios.

Creo que el Dr. Zamora tiene el espíritu noblemente abierto a las corrientes de la vida post-guerra, tan saturada de un “sentido” nuevo en todas las actividades humanas. Los textos que educaron a las viejas generaciones —los textos que todavía brillan como astros de primera magnitud en nuestros cursos de estudios—, han sido batidos por la metralla de la Gran Guerra, parca inexorable que segó vidas e ideas, la más asombrosa fuente de trasmutación de valores que ha contemplado la Historia. Para los hombres de vanguardia, Kant, Schopenhauer, Hegel, Comte, Newton, Montesquieu, Napoleón, Hugo, Herbert Spencer... son cadáveres realmente putrefactos. Hoy los plúteos de las bibliotecas crujen bajo el peso vertiginoso de Frobenius, de Spengler, de Bergson, de Einstein —tan evidente, tan indiscutible y tan incompletamente explicado todavía en las cátedras—, de Le Bon —un poco anticuado ya—, de Wells, de Barbusse —escritor de trascendencia infinita—, de Keiserling —el filósofo del mundo que nace—, de Freud —la torre más alta del psicoanálisis—, ciencia novísima. Para hablar de

teatros es necesario conocer a Bernard Shaw, a Crommelynck y a Lenormand. Para intervenir en una polémica artística es preciso haber leído a Jean Cocteau. Para disertar sobre política es imperativo abroquelarse con los escritos del viejo Marx, de Zinovieff, de Nicolai Lenin⁴²... ¡Es un mundo impetuoso o que se nos echa encima como una tempestad, Dr. Zamora, un mundo al que tenemos que dar beligerancia, porque es pensamiento y acción al mismo tiempo, porque no sólo alborota en letras impresas, sino que pega físicamente y les urge a los recalitrantes meditar seriamente en la transacción!

Hoy, Sr. Zamora, si uno dice que ama la música y no ha oído nunca *La Sacre du Printemps* de Stravinski se le echan a reír en la cara. No le conceden a usted que entienda lo que es un ballet si no ha visto *El Pájaro de Fuego* montado por Serge Daguileff. La vida se va poniendo imposible. Hay que leer y viajar y ver demasiado para especializarse. Lo peor es que —¡cosa rara!— nada de esto se enseña sistemáticamente en nuestra Universidad, en nuestras academias. Para enterarme yo de algo acerca del movimiento comunista y de su significado internacional tuve que molestarme mucho en París y acudir a ciertas conferencias de público limitado que se ofrecieron en la Sorbona, y a las disertaciones del Instituto Carnegie. ¡Eso, en París! Luego fui a Moscou, no como un turista, sino como un estudiante. ¡Qué difícil es ilustrarse, conseguir los pocos libros científicos y desapasionados que pueden informar sobre esa materia tan oscura, como Ud. dice con tanta razón, para penetrar en la cual es indispensable “situarse” —he aquí otro término endiablado de la

⁴² Sic.

tecnología estética que inventó Max Jacob— o como si dijéramos: abstraerse en un plano de negación jurídica, inaudito para los conocimientos que hasta ahora considerábamos modernísimos!

Su principal error, Dr. Zamora, es ese precisamente. Para apresar la ideología bolchevique se atrincheró Ud. en una posición solitaria de Derecho Romano y de ética democrática que nada tienen que ver con el nuevo status moscovita, que se puede aplaudir o combatir como cuestión de principios, pero no analizar con el escalpelo “capitalístico” en la mano, porque nuestras ideas políticas no tienen que ver nada con la génesis rusa, más honda de lo que parece. Es como discutir la distancia de la Habana a Guanabacoa, afirmando que la medida oficial está en kilómetros, y la nuestra particularísima está tomada en varas inglesas...

Cuando usted afirma —afirmación peregrina tratándose de hombre de cerebro amueblado— que “la Directiva del Comité Central Ejecutivo Soviético constituye lo que empleando un pintoresco modismo cubano llamaríamos una *piña*”, incurre en la equivocación de ignorar que la U. R. S. S. *no es régimen de derecho, sino la expresión de un poder y de una dictadura extra-jurídicos*. “El interés económico de la clase obrera —tema desarrollado por Lenin durante la sesión del Congreso Comunista del 4 de marzo de 1919— es la fuerza motriz y la ley fundamental del Estado”. Se trata de una dictadura de clase, no de un estado democrático. No sólo lo estatuye la constitución de la Gran República Federativa, sino las de las otras tres repúblicas que firmaron el pacto federal el 30 de diciembre de 1922: la República de Ucrania, la República de la Rusia Blanca —ambas unitarias—, y la República

de Transcaucasia, federación a la vez de otras tres repúblicas soviéticas: Azerbaiyán, Armenia y Georgia.

Dice el artículo primero de la constitución de Ucrania, modelo de clara ortodoxia oligárquica: *“La República Socialista de los Soviets de Ucrania es una organización de dictadura de las masas laboriosas y explotadas del proletariado y del paisanaje pobres sobre sus opresores y explotadores seculares, los capitalistas y los grandes propietarios rurales”*.

¿Comprenden ahora los estudiantes y el público —valga el pleonasma— el abismo que existe entre el derecho constitucional democrático cimentado sobre *les droits de l’homme* declarados en 1789 y el derecho constitucional comunista, que encuentra sus orígenes en los apóstoles socialistas del siglo pasado y su declaración en “los derechos del pueblo trabajador y explotado”, adoptada durante el Tercer Congreso Soviético de enero de 1918?

El desarrollo actual del estado —dicen los teóricos del socialismo científico— conduce a la dictadura del proletariado —*que es el instrumento de transición entre la dominación del capitalismo y el reino del comunismo*⁴³.

Para identificarse con el mecanismo íntimo de toda la grandiosa estructura alrededor de la cual se desenvuelve la Gran Federación —admirable y ejemplar en muchos de sus aspectos aunque imperfecta en la práctica, como todo lo que de la gestión humana depende— es preciso saber previamente lo que es una “clase” y lo que es un “partido”, de acuerdo con las doctrinas que rigen el movimiento

⁴³ Esteban Yaneff, Docteur en Droit de l’Université de Lyon: *La Constitution de l’Union des Républiques Socialistes Soviétiques*. (Nota de Carbó).

ruso. A los estudiantes que deseen especializarse en estos conocimientos demasiado extensos para desflorarlos en un artículo de periódico, les aconsejo que lean, aparte de las obras de Marx y de Lenin publicadas en francés, los escritos de Zinovieff⁴⁴, los de Sidney y Beatrix Webb, escritores de la escuela reformista-menchevista; de Vodovozoff, periodista *narodniki*, y algunos tomos del Instituto de Derecho de Lyon publicados bajo la dirección de Eduardo Lambert, profesor de Derecho Comparado de dicha Universidad. En lo que respecta al problema en conjunto, observado desde puntos de vista antagónicos, son recomendables Le Bon y sobre todo los libros del publicista americano Scott Nearing, diáfano observador del socialismo de vanguardia, estudiado por él sobre el terreno de los acontecimientos.

Este trabajo sería demasiado largo si yo me lanzase a analizar los “antecedentes del Soviet”, que tan originalmente desmenuza el Dr. Zamora en uno de los párrafos de su artículo. Me limitaré a rectificar algunos de sus errores no ya de concepto, como eso de la “piña” rusa —todos saben que el partido comunista no llega a la cifra de millón y medio de afiliados en un país de ciento treinta y cinco millones de habitantes, y que ellos no se ocultan para decir que son una minoría dictatorial. perfectamente respaldada por el derecho vernáculo—, sino lo que es peor: de número. No trataré de convencerlo de que Lenin no fracasó ruidosamente en la implantación de la NEP, como él afirma. Sería difícil seguirlo en su confusa y arbitraria exposición del sistema electoral, que atribuyo a una falsa

⁴⁴ G. Zinovieff: *Histoire du Parti Communiste Russe*. (Nota de Carbó).

fuente de información. No comentaré su terminante “lección histórica”, tan rotunda como mal argumentada, tan somera como antagónica en relación con los conocimientos del siglo. Es posible que el Dr. Zamora se deba a su puesto oficial; y esto hace que le perdonemos su actitud reaccionaria y su pontificación desdeñosa, tan parecida al exordio de un informe de la Policía Secreta. Unos cuantos datos elementales nada más, para provecho de nuestros estudiantes:

El órgano supremo del poder en la U. R. S. S. —abreviatura francesa— es el Congreso de los Soviets, que se reúne ordinariamente una vez por año. En los intervalos funciona el Comité Ejecutivo Central, compuesto del Soviet de la Unión y de las Nacionalidades. Los diputados al Congreso son elegidos a razón de uno por cada 25,000 electores en las aglomeraciones urbanas, y en los soviets de “gobierno”, es decir, de distritos de población dispersa o errante, a razón de un diputado por cada 125,000 habitantes. En las pequeñas localidades, aldeas, etc., de una población inferior a 10,000 habitantes se elige un diputado por cada cien, sin que cada caserío pueda contar con menos de tres y con más de cincuenta representantes: eso dice la Carta Fundamental.

Los congresos anuales son convocados por el Comité Ejecutivo, que puede convocar además en la fecha que estime por conveniente en circunstancias graves. El número total de representantes es de 414, de acuerdo con la proporcionalidad indicada.

Existe, además, otro organismo, quintaesencia de la dictadura: el Bureau del Comité Ejecutivo Central, supremo órgano legislativo, ejecutivo y administrativo, que a su vez funciona en los “intervalos” existentes entre las

sesiones del Comité Ejecutivo. Consta de 21 miembros, no de 35, como afirma el Dr. Zamora, profesor de nuestra Universidad.

¡Pero aún existe otro cuerpo en este sistema concéntrico y originalísimo, otra emanación sublimada del Congreso, tronco robusto del cual irradian en todas direcciones poderosas ramas que se bifurcan y retuercen en extraña arborescencia! Hablo del Consejo de Comisarios del Pueblo —que ellos llaman el “órgano ejecutivo” del Bureau. Consta del presidente y de los vicepresidentes —que no tienen cartera— y de los miembros que se enumeran a continuación: Comisario de Asuntos Extranjeros; Comisario de Guerra y Marina; Comisario de Comercio Exterior; Comisario de Transportes; Comisario de Correos y Telégrafos; Comisario de Inspección Obrera y Campesina; Comisario del Trabajo; Comisario de Finanzas; Comisario de Comercio Interior y Presidente del Consejo Superior de la Economía Nacional.

Lo que pudiéramos llamar “Ministerio del Interior” o “Secretaría de Gobernación” integra una nueva cartera que toma el nombre de “Dirección Política Unificada del Estado” —*Obedinenoé Gosoudarst-venoé Polititcheskoé Oupravlenié*— encargada principalmente de reprimir la contrarrevolución política y económica, el espionaje y el bandolerismo: el instrumento principal de este instituto es la terrible G. P. U., policía infatigable compuesta de polizontes, confidentes, agentes provocadores, sicarios y verdugos, que nada tiene que envidiarle a la famosa *Cheka* ni a la *Okhrana* imperial. Todo extranjero que penetra en el territorio puede contar de antemano con que la G. P. U. no le perderá pie ni pisada. Cuando al volver al cuarto del hotel nuestros papeles han cambiado de posición y

los forros de la americana están ligeramente forzados y recosidos, no protestéis ante el *tovarish* camarero: es la G. P. U. que ha pasado a través de las paredes, como un fantasma...

“Para afirmar la legalidad revolucionaria sobre el territorio de la Unión” funciona, también como dependencia del Comité Ejecutivo Central, un Tribunal Supremo.

Como se ve, uno de los caracteres distintivos de aquel derecho constitucional es el desconocimiento absoluto e intencional de la gran doctrina de Montesquieu, norma de nuestras burguesas organizaciones estatales, relativa a la separación de los poderes. Al viejo concepto de la repartición de los poderes ellos oponen otro dogma, *style nouveau*: el de “la dimensión del poder”. El análisis de tal modalidad requiere una preparación previa en el auditorio y sería fatigante y desmesurado.

Ahora, estudiantes cubanos, oíd algo exquisito, una característica original del parlamentarismo soviético que debía ser incorporada a nuestras costumbres, por sabia, por justiciera, por espiritualmente democrática; me refiero a las relaciones que existen entre los mandantes y los mandatarios.

Son tres: 1ª Mandato imperativo. —2ª Responsabilidad del diputado ante sus electores, y 3ª Posibilidad de revocación de mandato antes de expirar el tiempo por el cual ha sido conferido.

La propia determinación del diputado en calidad de magistrado popular, que tan malos resultados ha producido en nuestro corroído y fracasado sistema de falsa soberanía del Demos, ha sido barrida furiosamente por la revolución rusa, tan violenta, pero tan sincera: en la Unión, el favorito del sufragio debe seguir una imperiosa

línea de conducta, un programa concreto que le traza la asamblea electoral.

Todo diputado ha de presentar a la consideración de su distrito un informe detallado de su labor antes de cumplirse tres días después de la clausura de cada sesión, discutiendo previamente con su electorado el programa que desarrollará.

Cuando el mandatario no cumple lo prometido el distrito le revoca los poderes, eligiendo a otro más útil en su lugar. Como se comprenderá fácilmente es al elegido a quien le interesa no perder el contacto y cumplir rigurosamente su palabra. En esto como en todo el sistema soviético tiende a diseminar la autoridad organizando una máquina gubernamental de vigilancia recíproca en la que el funcionario es una entidad múltiple, físicamente personal sólo en el momento de las responsabilidades. Tal estado de cosas explica cómo los más conspicuos magistrados son con relativa frecuencia pasados por las armas, convictos de delitos contra el Estado.

Están privados del derecho del voto, así como de la elegibilidad —edad electoral para ambos sexos: 18 años—, las personas siguientes: los que viven del trabajo mercenario con intención de capitalizar, aunque sean proletarios; los que viven de ingresos que no son debidos al trabajo, —intereses capitalísticos, cupones, rentas, etc. Los comerciantes privados —*nepman*— y sus intermediarios; los sacerdotes y empleados de la antigua policía, gendarmes, detectives, etc., así como los miembros de la casa imperial derrocada... Bueno, ¡cuánto siento no poder extenderme en este trabajo, para informar a los discípulos del Dr. Zamora de tantas cosas interesantes y bellas, conocidas a medias por personas que debieran

saberlas hondamente, no como las conoce la generalidad del público, culpables unos y otros de la *peligrosa ignorancia* que insinúa, harto de sensatez, el profesor universitario!

La doctrina económica del Soviet, el concepto de la propiedad, del comercio y de la mercancía, la “no concurrencia” de la producción y el análisis certero del imperialismo contemporáneo, tal como lo han estudiado los rusos... ¡Qué florilegio precioso de conocimientos para ser ofrecidos a la juventud que bosteza en las aulas académicas, hambrienta de un fresco manjar espiritual de nueva marca que no llega a nuestras temperaturas sino de tarde en tarde, y eso, endurecido y mixtificado en el refrigerador de la educación reaccionaria y de la pedantería!

¡Es la Edad de las Multitudes que nace, que se está desarrollando, que avanza a redoble de tambor, apoyada en intereses contrapuestos a los nuestros, pobres neonatos que vimos la luz en el piélago oscuro que separa los dos continentes ideológicos; es un mundo que nace, que nos hiere, contra el cual posiblemente nos veremos obligados a empuñar las armas, pero que no debemos condenar sin conocerlo, puesto que Ud. y yo, y los estudiantes —oh, Dr. Zamora— debemos a la libertad inefable del pensamiento, a la soberanía sin tasa de la inteligencia, que sobrevivirá a todas las catástrofes telúricas y humanas!

XXIV

El Dr. Juan Clemente Zamora, profesor de Derecho Política de la Universidad, a quien ya creía completamente convencido después de la documentada rectificación que hice a su primer artículo publicado en el *Diaria de la Marina*, se aparece ahora con un segundo artículo, que no pueda dejar sin respuesta.

Palabras del joven profesor:

En su artículo parece dejar sentada el señor Carbó la tesis de que, para poder discutir los asuntos de un país cualquiera, es indispensable visitarlo.

No he dicho eso, Dr. Zamora. Si alguna tesis he dejada sentada, aunque tácitamente, es la de que muchas personas, *fuera de la Universidad*, conocen la organización soviética; y otras muchas, dentro de ella —y va sin alusiones— pueden no saber una palabra de tales asuntos: la ignorancia académica es mil veces más peligrosa que la ignorancia de las masas.

No comprendo en qué razones se funda el señor Carbó para determinar mi orientación ideológica en un sentido conservador y suponerme “atrincherado en una posición solitaria de derecho romano y de ética democrática”.

Es que el Dr. Zamora se olvida de su peregrina afirmación, tan impropia de un especialista en derecho político: *La directiva del Comité Central Ejecutivo Soviético constituye lo que empleando un pintoresco modismo cubano llamaríamos una “piña”, y de que yo le demostré —¿recuerdan los estudiantes?— que la U. R. S. S. no es un régimen de derecho, sino la expresión de un poder y de una dictadura extra-jurídicos.* Aunque después de

saber que para hablar de bolchevismo el doctor Zamora se apoya en Kautsky⁴⁵, me lo explico todo.

Paso por alto las infantiles acotaciones del Dr. Zamora, cuando afirma que yo he dicho que “tendré que combatir con las armas en la mano el empuje triunfal de las nuevas ideas”. ¿Por qué ese empeño cruel en echarme a pelear solito contra el Ejército Rojo, contra la Universidad Nacional, contra los “vanguardistas”, entre los cuales dice que figura el implacable flagelador de la Nueva Política Económica de Lenin, tan desdeñoso hacia la obra admirable y heroica de Vladimir Ilich? El Dr. Zamora, en eso como en otros muchos meandros y recodos de su contrarréplica, se aparta del fondo de la cuestión: y seguirlo sería demasiado fatigoso y trivial.

Quiero solamente poner en evidencia un error técnico en el cual insiste con una extraña tenacidad: me refiero a su reiterada afirmación de que el Bureau del Comité Central Ejecutivo de la Unión está integrado por “treinta y cinco” individuos. Para mantener semejante enormidad —una equivocación tan elemental, repetida públicamente por labios universitarios constituye una enormidad—, el Dr. Zamora modifica a su gusto el artículo 26 de la Constitución Soviética, obcecado por la preocupación, impropia de un académico, de no dar su brazo a torcer.

He aquí la versión personal que del Artículo 26 ofrece el Dr. Zamora en el *Diario de la Marina*, edición de 10 de julio de 1928:

⁴⁵ Karl Johann Kautsky (Praga, 16 de octubre de 1854 - Ámsterdam, 17 de octubre de 1938) fue un teórico marxista. Tras la I Guerra Mundial, Lenin lo clasificó de revisionista, llamándolo “oportunista” y “renegado”. En 1934 publicó su obra *Marxismo y bolchevismo: democracia y dictadura*.

“Art. 26.—En los interregnos del Comité Central Ejecutivo de la Unión, el órgano supremo del Poder será la Directiva del mismo, designada por este y compuesta de 21 miembros. También formarán parte de esta Directiva las Mesas de los Soviets de la Unión y de las Nacionalidades.”

Ahora, he aquí el Artículo 26, tal como aparece en el texto de la Ley Orgánica que incluye las modificaciones del 2º Congreso de los Soviets, aprobadas en Moscou el 31 de enero de 1924 y autorizadas por Kalinine⁴⁶, presidente, y Enoukidzé⁴⁷, secretario. Copio el texto francés sin traducirlo, tal como lo da el Profesor de la Universidad de Lyon, Stefan Yaneff, que lo vierte directamente del ruso: *“Art. 26.—Dans l’intervalle des sessions du Comité Executif Central de l’Union des R. S. S., l’organe supreme du pouvoir est le Bureau du Comité Exécutif Central de l’Union des R. S. S., formé par le Comité Exécutif Central au nombre de 21 membres, Y COMPRIS les bureaux du Soviet de l’Union et du Soviet des Nationalités au complet. Pour la formation du Bureau du Comité Exécutif Central de l’Union des R. S. S. et du Conseil des*

⁴⁶ Mijaíl Ivánovich Kalinin (Tver, 19 de noviembre de 1875 - Moscú, 3 de junio de 1946) fue un revolucionario bolchevique y político soviético, fundador de la Unión Soviética en representación de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia. Se desempeñó como presidente del Presidium del Soviet Supremo de la URSS entre 1938 y 1946.

⁴⁷ Avel Safronovich Yenukidze (Kutaisi, 19 de mayo de 1877 - Moscú, marzo de 1938) fue un bolchevique georgiano. Secretario del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia y del Comité Ejecutivo Central de la URSS entre 1918 y 1935. Fue ejecutado durante las purgas estalinistas de 1938.

Commissaires du Peuple de l'Union des R. S. S., il est organisé conformément aux articles 26 et 37 de la présente Constitution, une séance conjointe du Soviet de l'Union et du Soviet des Nationalités, le Soviet de l'Union et le Soviet des Nationalités votent séparément."⁴⁸

¡Ese es el artículo 26! Es posible que el doctor Zamora, tan bien enterado como yo de su redacción, haya traducido la expresión francesa: *y compris*, por “también”, y haya “mochado” el resto del artículo porque la campana de clase lo llamaba en esos momentos a ejercer su inefable ministerio pedagógico. En este caso, cogido “infra-ganti” el nervioso profesor, es preferible confesarse reo de ignorancia que de mala fe.

Aunque no hace falta, quiero aportar una nueva ilustración en la materia, copiando textualmente un párrafo de la *Guide to the Soviet Union*, libro editado en Moscou en 1925 por el Departamento de Publicidad de la U. R. S. S. y redactado por la VOKS; es decir, una publicación oficial. Cuando yo lo adquirí en Rusia no existían más

⁴⁸ “Art. 26.—*En el intervalo entre sesiones del Comité Ejecutivo Central de la URSS, el órgano supremo de poder es el Presidium del Comité Ejecutivo Central de la URSS, formado por el Comité Ejecutivo Central. Este Presidium tiene 21 miembros, que incluyen por completo a los presidium del Soviet de la Unión y del Soviet de las Nacionalidades. Para la formación del Presidium del Comité Ejecutivo Central de la URSS y del Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS es necesario, en virtud de los artículos 26 y 27 de la presente Constitución, una sesión conjunta del Soviet de la Unión y del Soviet de las Nacionalidades. El escrutinio, en esta sesión común, tiene lugar por separado en estos dos órganos.*” (versión en español de la Comisión del Centenario de la Revolución Socialista de Octubre, disponible online. Nótese que hay una errata en la edición original, al trocar 27 por 37).

que dos ediciones: la inglesa y la alemana. He aquí el párrafo en cuestión:

*The Central Executive Committee meets at last three times annually, holding brief sessions. The permanent body is the Presidium of the CIK, which is composed of 21 members and which transacts all of the current legislative, and part of the administrative work.*⁴⁹

Los textos que acabo de citar están a la disposición del doctor Zamora y de cualquiera otra persona que se interesase en estos asuntos.

Con todo lo dicho creo que este asunto ha terminado definitivamente, y espero que el doctor Zamora, si es verdaderamente un intelectual, no pretenderá llevarme ahora a una indigna escaramuza de sofismas o de bizantinas digresiones, con aparatoso acompañamiento bibliográfico perfectamente grotesco. Los libros están al alcance de todos, y yo tengo tantos, por lo menos, como pueda tener el Dr. Zamora. La cuestión es, en cada caso, saber hojear el libro que hace falta: después de todo la cultura no es más que el arte, casi mecánico, de saber manejar los libros anotados en un índice mental que ocupa muy poco espacio.

Tanto en este trabajo como en el anterior yo he citado solamente los libros que concretamente afirmaban lo contrario de lo que afirmó el Dr. Zamora, y para no dar lugar a dudas he copiado al pie de la letra, sin traducir, labor elemental —cualquiera sabe un poquito de francés y un poquito de inglés— que dejó a mis lectores.

⁴⁹ *El Comité Ejecutivo Central se reúne al menos tres veces al año, llevando a cabo breves sesiones. El cuerpo permanente es el Presidium del Comité Ejecutivo Central, el cual se compone de 21 miembros y gestiona todo sobre la legislación actual y parte del trabajo administrativo.* (El texto citado dice *at last*, debería decir *at least*).

Siento en el alma haberme visto obligado a rebatir públicamente las afirmaciones de un catedrático de la Universidad, pero no fue mía la culpa. Él se lanzó a hablar en las columnas de los periódicos —mi palestra natural— sin consideración ninguna a una serie de artículos escritos no a humo de pajas, sino después de un viaje azaroso y penosísimo, que no emprenden muy frecuentemente ni los periodistas ni los profesores de Hispano-América. Es como si yo me aventurase a disertar sobre derecho político en el Acrópolis que se yergue al final de la calle de San Lázaro afirmando, de sopetón, que “hay muchos ignorantes fuera del periodismo que hablan de las teorías estatales de Bluntschli y de Roberto von Mohl sin saber una palabra de ellas; en esta materia la ignorancia es sumamente peligrosa”. ¿Verdad que los maestros de la asignatura, los estudiantes y hasta los bedeles me lo tomarían como una indelicadeza?

Ya es hora de que aprendamos a respetar a los periodistas y escucharlos atentamente, como ocurre en todos los pueblos civilizados. Y es hora de que empecemos a confiar en su modesta capacidad para hablar de problemas corrientes fuera de la política de barrio, aptitud que el doctor Zamora cree monopolio exclusivo de la Universidad. Piense el Dr. Zamora que en su cátedra él es escuchado por cincuenta, por cien, por doscientas personas y que un escritor, desde la suya, llega a la inteligencia de miles de ciudadanos. Por mucho que me estime el Dr. Zamora no podría concentrar la atención pública sobre mí de manera sensible sino después de largos años de repetir mi nombre en sus conferencias: yo, en cambio, puedo hacer célebre en menos de un mes al Dr. Zamora. Es cuestión de procedimiento, de circulación. Lo cual

quiere decir que los periódicos —los verdaderos periódicos de autoridad— tienen una importancia para el desenvolvimiento cultural tan grande, por los menos, como los profesores de Derecho Político, cuando éstos son verdaderos profesores y tienen autoridad científica.

Aún queda mucho que decir acerca de aquel hermoso país de Rusia, que hoy ha saltado al tapete de la actualidad nuevamente con motivo del salvamento heroico de los tripulantes del “Italia”, realizado por los aviadores y los marinos del Soviet. Mi cuaderno de notas —una libreta roja, repleta de anotaciones ininteligibles— aún contiene material para unos cuantos artículos más, y mi memoria guarda unos cuantos recuerdos florecidos inmarcesiblemente de emoción: pero lo principal está dicho ya. Otros habrán escrito sobre Rusia con más detenimiento, enfocando los problemas desde un punto de vista sociológico y político; pero mi intención ha sido traer un poco de aquel ambiente, un poco de aquella vida palpitante a estas columnas de *La Semana*.

Cada pueblo tiene olor, su sabor, su color. ¡Dichoso el artista, traductor de los llamamientos misteriosos, que sabe reproducirlos hasta el punto de hacer desear apasionadamente las cosas desconocidas! He aquí lo que me falta en estas crónicas sencillas: el divino soplo de las musas. En cambio —este es el penacho cyranesco que nadie podrá arrebatarse a mis “Impresiones”— están plenas de veracidad. No he hablado de ellas más que de lo que he visto con mis ojos, de lo que he oído con mis oídos; porque he procurado mirar siempre la vida a través de la

vida y no a través de los libros, única fórmula, en mi concepto, de colaborar un poco a la obra de la cultura. Sólo debemos recurrir a los libros cuando la única manera de decir las cosas está dicha ya, cuando alguien ha enfocado y fotografiado determinado aspecto de modo definitivo e insuperable, o cuando se trata de un estudio técnico más allá de nuestra especialidad y de nuestras capacidades. Nadie pretenderá hablar de los mercenarios de Cartago, por ejemplo, sin recordar a Flaubert; nadie osaría describir la vida de los insectos sin citar la obra minuciosa de Fabre.

Por lo demás, el vehículo más veloz y más sólido del conocimiento es la claridad diáfana de los sentidos; son pocos los seres privilegiados que disponen de un perfecto aparato emocional. Vivimos perturbados por las pasiones, por las taras hereditarias, por los prejuicios emocionales. El instrumento del lenguaje, por desventura, no se posee sino después de haber leído mucho: es una inmensa desgracia para la Humanidad que no sea congénito. El narrador ideal sería aquel hombre de que hablaba Eça de Queiroz, recién llegado del centro de África a los bulevares parisinos, sin más bagaje que su curiosidad sin límites, su frescura mental y su sensorio intacto. ¡Qué maravillosos artistas, qué desconcertantes poetas no contaría la civilización si los niños supieran escribir!

Pongo aquí, pues, punto final a las “Impresiones de un Viaje a Rusia”, que debieran llamarse con más propiedad, “Impresiones de un Viaje al País de los Soviets”. Atendiendo al ruego de muchos lectores, las coleccionaré en forma de libro. En estos últimos meses ha habido en todo el Universo cierto movimiento de simpatía a favor de los bolcheviques, culpables de tantos errores, pero admirables por la gallarda valentía con que han afrontado

la Historia. Su obra audaz y radicalísima dejará hondas huellas en la colectividad de los hombres, orientándolos para una nueva y más pura democracia que llegará a su pináculo dentro de muchísimos años; cuando la ciencia haya esclavizado para siempre y de manera absoluta las fuentes de producción, cuando todos hablemos el mismo lenguaje, cuando las enfermedades hayan desaparecido y el tipo humano tienda a la homogeneidad, por la selección y el cruzamiento. Entonces, sólo entonces, comenzaremos a vivir plenamente una vida espiritual.

He aquí las bellas palabras con que termina una de las comedias de Bernard Shaw, y que él pone en labios de Eva, nuestra madre simbólica:

El hombre no debe vivir siempre de pan sólo: hay otras cosas más. Todavía no sabemos lo que es, pero algún día lo descubriremos. Y entonces viviremos de ello sólo, y no habrá más cavar, ni hilar, ni pelear, ni matar.

EPÍLOGO

Al releer, en pruebas, las notas de viaje que acaban de terminar, me invadió una penetrante emoción, y no quiero despedirme del público, sin consignarla. Son las horas redivivas y plasmadas de un trozo de mi vida que no vacilaría en recomenzar. El tiempo madura las frutas y hace germinar las remembranzas: filtrada y decantada por él, yo saboreo extasiado la vibración de mi estancia en Rusia, tan llena de intensidad, de meditación, de cosa rara e imprevista. Madrecita Moscou, tan próxima porque estás tan lejos, lúgubre y negra y enfocada a un tiempo mismo por las luces buidas de una aurora: déjame gozar la noble pena de los días consumidos en tu retazo.

Cierro los ojos y me veo bajo la lámpara de la gorostinitza, rodeado de un entrevero cosmopolita y cordial de hombres y mujeres desclasificados en nuestros países, hablando todas las lenguas y cubiertos por todas las indumentarias: aquellas mujeres y aquellos hombres, sin embargo, tenían un ideal común y estaban galvanizados por un entusiasmo desconocido en el resto del mundo, que agoniza de hastío. En sus ojos cabrilleaba la bella exaltación, ante los magníficos mirajes de una doctrina nueva que los hacía vivir por encima del dolor y de la miseria. Algunos, ásperos, tenían la pugnacidad irrazonable de los primeros cristianos, y en sus voces resonaban como cánticos de catacumba: pero hablaban del advenimiento de la Justicia con una firmeza tal, que hacía latir apresuradamente el corazón. ¡Amores puros y odios puros como el diamante eran sus deprecaciones y sus anatemas! El mundo es incómodo y frágil aún para

albergar en él una existencia armoniosa: pero aquellos vagabundos habían apresado ya la visión integral de la tierra prometida, y vivían lujosamente de las grandes anticipaciones, como otros gozan con frenesí sumergidos en el agua perfumada de los recuerdos. Bienaventurados los que creen con todas las potencias de su alma, porque de ellos es el Reino de la Serenidad.

...Cierro los ojos y, en otros episodios de la película mental, veo a Rikoff lanzado a lo alto por los vigorosos brazos de los soldados, que lo aclaman con “hurra” triunfales. ¡Manera bizarra de festejar a los héroes que sólo puede contemplarse en el país de los Soviets! Veo también un ágora deslumbrante, alfombrada por el azúcar refinado de la nieve: es la Plaza Roja. Al fondo, el contraste irónico de la humilde pirámide funeral, donde reposa Lenin, con las altísimas águilas bifrontes del Imperio derrumbado, que la superan sólo en perspectiva y en inútil fastuosidad. ¡Luces de la tarde que rebotáis hace siglos sobre las cúpulas de la Iglesia de los Arcángeles, odioso relicario para los huesos de Iván el Terrible y de su hijo, por él asesinado! ¡Cuánta tragedia, cuánta negra sangre que fluye, cuánta aspiración infinita, cuánta recaída en la vieja enfermedad de la esclavitud guardas, oh Madrecita Moscou, en tu entraña fértil y dolorosa! De vuelta a las tierras donde reptan todos los aburrimientos, donde las palabras no son más que “cadáveres de las cosas nombradas” —así dijo el poeta Marinello—, yo me inundo con la ondulación de tus rojizas claridades, y mi espíritu levanta la cabeza del surco, tocado en la frente por misteriosos céfiros de amanecer, porque percibe en medio de tu algarabía infernal una campanita de plata que clamorea o que convoca a oración, tan fina,

que parece próxima a quebrarse, pero que da la nota inconfundible de la Verdad.

Madrecita Moscou, caleidoscopio de milagros, hoguera de todas las posibilidades, panorama y escuela, cofre de arte y templo grandioso de fe: hoy mi pensamiento vuela a ti, en melancolía y en ofrenda.

ÍNDICE

Sergio Carbó en Rusia / 7

Un viaje a la Rusia roja, de Sergio Carbó / 11

Nota a la presente edición / 15

Este libro contiene... / 19

Prólogo / 21

I / 27

II / 35

III / 43

IV / 47

V / 53

VI / 57

VII / 61

VIII / 65

IX / 69

X / 75

XI / 81

XII / 87

XIII / 93

XIV / 95

XV / 97

XVI / 105

XVII / 109

XVIII / 115

XIX / 121

XX / 127

XXI / 137

XXII / 149

XXIII / 159

XXIV / 171

Epílogo / 181

